El Caballero, la Dama y el Arcipreste

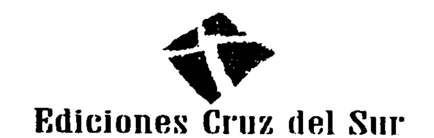
y otros relatos

Mauro Barboza



Mauro Barboza

El Caballero, la Dama y el Arcipreste



Ediciones Cruz del Sur

ISBN: 978-9974-8243-5-5

Título: El Caballero, la Dama y el Arcipreste
Autor: © Mauro Barboza
Ediciones Cruz del Sur

Montevideo, Uruguay
Abril 2010.

PRÓLOGO

He de hilvanar, complacido, unas breves reflexiones introductorias a estos tres relatos tan distintos en su género, que Mauro Barboza me invitara a prologar. "El caballero, la dama y el Arcipreste" es, hasta donde yo sepa, un caso único en nuestra literatura nacional, en el que se recrea el mundo español de mediados del siglo XIV, apelando a una rescritura del "Libro del Buen Amor" de Juan Ruiz, Arcipreste de Hita, intercalándolo con pasajes y personajes de algunas de las obras más representativas de la Edad Media española. La evocación de aquella realidad de caballeros y rufianes, damas y meretrices, burgueses ricos y criados menesterosos, se realiza con jocunda vitalidad; hay escenas, como la del torneo caballeresco que abre la primera secuencia del relato, que se desarrolla con un realismo de detalles y una acuidad de visión que la vuelven imborrable en su dimensión marcial y colectiva. Pero lo que parece más valioso en este ejercicio de intertextualidad en el que se rescriben textos modélicos de la literatura española, es el espléndido dinamismo que cobran ciertos relatos y escenarios que, al menos para los legos, hoy en día pudieran adolecer de cierto halo de anacronismo en sus fuentes originales. Así, vemos resignificarse y cobrar vida singular, a algunos de los episodios más señalados del "Libro del Buen Amor", sentencias del Quijote, decires del Mio Cid, personajes del Lazarillo, pasajes de "La Celestina" y versos de Manrique. Todo ello, sin perderse un ápice de expectativa ni amenidad en la andadura de las historias, o de riqueza y verosimilitud psicológica en los personajes y tipos humanos convocados. Asistimos, a través del vívido y misérrimo cortejo, al escrutinio del expirante mundo medieval, y a las nacientes

condiciones socioeconómicas del Pre-renacimiento; esas que harán enloquecer poco después a un cariacontecido hidalgo, convertido en extemporáneo caballero. En medio de la visión festiva y desprejuiciada de la corrosiva atmósfera de este siglo, vemos enlazarse el Libro del Buen Amor con el turbio desenlace del Lazarillo, la resblandecida moral del clérigo inescrupuloso, los delirios irrisorios del escudero y la nueva y consentida situación del pícaro de Tormes.

En "La playa de la Calavera", se narra una historia policial contemporánea que transcurre en un mundo de hampones y prostitutas, con buen manejo del suspenso, en el que -según lo declara el propio autor- rinde tributo a algunos de sus autores preferidos en el género. Pero tal vez lo que le presta mayor valor al relato, y a nuestro juicio lo redimensiona, es que esta trama se enraba con otra, cuyo desarrollo se remonta a una época de piratas y conquistadores. La ucronía del empalme nos asoma a un fondo permanente de lo humano, en el que un plano de la acción es la réplica perfecta del otro, en el que también se verifica una realidad de codicia, de crimen y traición.

En el tercer relato, el más breve de todos, "La liga", a despecho de lo que el autor declara sobre su interior designio de homenajear a los futboleros de barrio y la épica humilde de los clubes chicos, nos asomamos a una realidad humana penosa y sobrecogedora. La de ese hombre que a través del relato en primera persona, nos impone de su yo solitario, aferrado dramáticamente a ese delirio empedernido que lo va enajenando del mundo y de los otros; ese partido que semanalmente sueña, es el emblema de su realidad sentimental vencida, la íntima y suprema compensación a su desolada interioridad, a la asfixia de sus días de funcionario gris, a su misérrimo modo de sobrevivencia cotidiana. Pequeño antihéroe moderno, se aferra a la épica soñada del mediocampo, en la que viernes a viernes le va la vida.

En los tres relatos, tan diversos entre sí, Mauro Barboza hace gala de su versatilidad de inspiración, revelando una decantada y vivencial

lectura de sus obras predilectas, y una profunda empatía, no solo hacia los personajes de ficción que recrea e incorpora a un renovado río de vida, sino también al hombre de carne y hueso, los "vivientes" que pueblan el territorio de nuestra aventura existencial.

Juan Francisco Costa.

EL CABALLERO, LA DAMA Y EL ARCIPRESTE

I. Banderas y pendones

Banderas, pendones, címbalos y trompetas, caballeros de armaduras brillantes y escudos repletos de cuarteles, palafreneros lujosamente ataviados, y en las tribunas damas espléndidas, todas pedrerías, colores y plumas en sus ampulosos trajes de fiesta.

- *¡Paso a los caballeros que van a la arena!*

El grito se oía estentóreo mientras algunos criados robustos y serviciales abrían paso de malos modos entre el gentío y desde las tiendas erizadas de banderas, recortadas sobre el fondo del bosque, avanzaba un grupo de caballeros, erguidos sobre sus enormes cabalgaduras, bestias de gran talla y casi una tonelada de peso, las únicas capaces de soportar sobre su lomo a aquellas máquinas blindadas. Los seguían de cerca sus escuderos, quienes portaban solícitamente las armas de sus amos, orgullosos de servir a aquellos hombres que eran la flor y nata de su tiempo. Para ellos había, también, miradas de admiración de la muchedumbre.

La multitud se iba abriendo y silenciosos, soberbios, sabedores de la admiración y el temor reverencial que provocaban a su paso avanzaban los caballeros. Nunca se había visto nada igual. Eran sobrevivientes de la cruzada, nobles, buscadores del Santo Grial, caballeros de fortuna. Castellanos la mayoría, pero también catalanes,

aragoneses, vascos franceses, y extranjeros: bretones, normandos, lombardos, borgoñeses, todos parecían estar allí. Algunos venían de oriente, habían caminado quizás por las tierras del Señor, habían estado cerca del Santo Sepulcro, habían visto aquellas criaturas increíbles de las cuales se conocía solamente el relato de los viajeros: los esciápodos, seres de una sola pierna pero que corrían dando saltos con increíble velocidad, o aquellos otros sin cabeza, que tenían el rostro empotrado en el tórax, los blemas. Habían visto también los ríos de la tierra prometida, habían peleado mil combates contra infieles y herejes, habían difundido su nombre y su gloria por todo el orbe conocido, habían combatido el mal abatiendo monstruos, endriagos, brujos, y malhechores de todo tipo, beneficiando a viudas, huérfanos, desheredados y víctimas de injusticias, acá y allá, dondequiera que fueran habían sembrado el bien, si se daba por cierto, naturalmente, lo que contaban las novelas de caballería. Y allí estaban ahora, en Toledo, para participar de un torneo como nunca se había visto en el cual el rey de Castilla celebraba su epifanía personal. La presencia de aquellos caballeros se veía recubierta para la gente sencilla de un halo de grandeza, de misterio y de santidad. Esto último era algo que ciertamente la mayoría de ellos no poseía, pero para la gente común, para el pueblerío, eran modelo y dechado de virtudes sin mácula.

Los caballeros se dirigieron a saludar al estrado del rey, donde inclinaron la cabeza y la lanza en señal de vasallaje. Luego se acercaron a la tribuna de las damas donde todo era alegría, risas y miradas de fervor y lascivia. En la punta de cada lanza fue quedando prendido un pañuelo perfumado, de colores vivos y encajes, con el cual cada una de aquellas damas nobles favorecía al caballero de su elección, y esperaba quizás el premio de la victoria. Si alguna no tenía un caballero con el cual hubiera concertado previamente la entrega del pañuelo y talismán, se apresuraba a colgarlo en la primera pica que le pasaba cerca, temerosa de quedarse con el mismo en la mano, triste y desairada. Todo esto era seguido rigurosamente por la mirada envidiosa de las mujeres del pueblo que no tenían acceso a la tribuna de las favorecidas.

Cumplidos que fueron los ritos, a una orden del Maestro de Campo, los guerreros se ubicaron en dos filas enfrentadas mientras sonaban nítidas trompetas. De repente callaron, hubo un momento de silencio y expectación profunda, entonces un pañuelo cayó flotando como una sombra blanca desde el estrado del rey y en un instante todo fue estruendo y griterío, los caballeros se abalanzaron hacia su oponente de turno tan rápido como lo permitían sus rollizas que no veloces cabalgaduras, y el combate se extendió por todo el campo. Ambas filas se acometieron vigorosamente y cayeron varios caballeros con estrépito de lanzas rotas, relinchos y maldiciones muy poco piadosas. Varias damas se llevaron las manos al pecho angustiadas al ver sus hermosos pañuelos arrastrados por el polvo. Algunos hombres se levantaron, maltrechos y sucios, cubiertos de pasto y de tierra, y echaron mano a la espada, solo para ser abatidos sin piedad por las lanzas de punta roma que ya los arremetían de nuevo sin darles tiempo a recuperarse. Luego los que aún permanecían sobre sus cabalgaduras se volvieron unos contra otros y se produjeron nuevas caídas, y algunos caballeros sangrantes, golpeados, con sus armaduras y cabezas rotas fueron retirados presurosamente por sus criados, como podían, algunos alzados entre dos o tres, con serio riesgo de ser atropellados por los que se acometían furiosamente entre el polvo y la gritería. El combate proseguiría, se sabe, hasta que sólo uno permaneciera de pie, ese sería el dueño del campo, el campeón, y para él serían la admiración, la gloria, el premio y quizás también una noche entre almohadones perfumados donde amorosas manos femeninas cuidarían de sus heridas y mitigarían el dolor de los golpes con caricias y ungüentos orientales.

En medio de la confusión, el estruendo y la polvareda, un caballero protegido por una armadura que había sido brillante, ahora abollada y enlodada, cubierto a medias por una túnica azul desgarrada de arriba abajo, se alejó gateando de los cuerpos de personas y caballos que se revolcaban en la arena, emergió de entre el polvo y se escurrió bajo la barda, metiéndose entre el gentío. Varias manos se tendieron solícitas para prestarle ayuda pero las desechó, orgulloso, se puso de pie

y con aire displicente, sacudiéndose la tierra con sus manos y afectando elegancia para cubrirse con los restos de su colorida túnica, se alejó hacia el campamento mientras la gente le abría paso respetuosamente.

Cuando llegó a su tienda se sentó en un banquito frente a la puerta, solitario, los brazos cruzados sobre el pecho, el gesto entre torvo y cabizbajo. Poco le importaban la fiesta y el jolgorio. Ensimismado, irritado, dolorido, meditaba sobre la terca indiferencia de la diosa fortuna, que una vez más le daba la espalda.

Ya menguaban la exaltación y la grita cuando un siervo, vestido con el típico jubón pardo que caracterizaba a su clase, un tanto grasiento y raído por el uso prolongado y la falta de cuidados, apareció de repente por la senda trayendo a rastras a un pesado alazán dorado, más parecido a un percherón que a un caballo de andar, y en la otra un escudo abollado y una lanza partida, de dudosa utilidad ambos. Al ver al caballero desde lejos prorrumpió en voces alegres, y echando todo a un lado corrió hacia él, solícito. Un traspié lo hizo caer cuando llegaba junto al caballero, quien se paró y le colocó un pie encima impidiéndole levantarse.

- *¡Dónde estabas, maldito, mientras yo me jugaba la vida en la arena sin duda tú tratabas de seducir a alguna de esas siervas cándidas y lujuriosas que poblaban las tribunas, que te vi más atento a ellas que a tu deber para conmigo!*

- *¡Me ofendes señor, estaba buscándoos a riesgo de mi vida entre el polvo y esos brutos salvajes que arremetían contra todo! ¡En un momento estabas ahí, en la arena, gallardo y poderoso como siempre y un momento después ya no, os perdí de vista! ¿Cómo salisteis del campo, por dónde? ¡Sin duda habéis obrado un milagro semejante al de Paris Alejandro, al que los dioses sacaron del campo envuelto en una nube y lo transportaron hasta el mismo lecho de la ansiosa Helena!*

- *¿Te burlas de mí, villano? ¡Por mis propios medios y a riesgo de mi vida, abriéndome paso entre la caballería pude abandonar el campo, y al no encontrarte, desarmado, no pude regresar al combate como hubiera sido mi voluntad!*

- ¡Os juro que no señor, os busqué con desesperación, hasta que un espectador me dijo que os había visto, creo que usó el término "escabulliros" entre la gente! ¡Lo tomé del cuello, furioso, y le grité "mi señor no se escabulle ante nada, ruin plebeyo, algún accidente debe haberle ocurrido, cosas de caballero que tú no entiendes", y luego me vine hasta acá tan rápido como pude, arrastrando vuestro caballo, que dicho sea de paso se mueve menos que el caballo de Troya, que el pueblo entero tuvo que empujarlo para su perdición!

- ¿Te parece que es éste momento para mostrar tu erudición mitológica?

- ¡Que no señor, es la alegría de veros a salvo lo que me impulsa a decir sandeces! ¡Pero dejadme levantar y os ayudaré a quitaros esa armadura y a restañar vuestras heridas!

Reflexionó el caballero que su criado, aunque un tanto burlón y confianzudo, no tenía la culpa de su frustración, y en lo que se refiere a heridas no tenía ninguna, salvo la del orgullo, y el dolor de un buen porrazo. Nada grave. Retiró su pie y ordenó, seco: *"pues cállate un rato, ayúdame con la armadura y luego ve a buscar agua fresca, que de mis heridas me ocupo yo"*.

Y tras quitarse la armadura se quedó maldiciendo para adentro y para afuera soltando tacos a viva voz. Lamentaba como siempre su desdichada suerte, él que se soñaba coronado de laureles, compartiendo la mesa de duques y príncipes o reclinado sobre almohadones de seda, rodeado de damas hermosas y solícitas que tañían el laúd y lo acariciaban con largos cabellos de oro en las alcobas umbrías de los palacios.

II. Tierra de pícaros

Al día siguiente, al caer la tarde, el Caballero de Lanz, sobre su robusto caballo leonado y seguido de cerca por su criado que tironeaba de una mula sobre la cual habían colocado la tienda, las armas y otras pocas pertenencias, se dirigió a una antigua venta o posada, junto a la puente de piedra que está a la salida de Toledo. Arregló con el ventero un precio conveniente para sí y para sus animales, dejando a su criado que se las acomodara como pudiera.

- *¡Un lugar en el establo estará bien para él!*- dijo-, *le bastan una manta y un poco de paja en un rincón. Así cuida mejor de las bestias, ¡que mi caballo es tal que no lo cambiaría ni por el Babieca del Cid!*

Su criado lo miró con sorna y a punto estuvo de reclamarle los sueldos adeudados, pero se contuvo pensando que la bolsa de su amo estaba mucho más flaca de lo que quisiera, y que en épocas mejores, que no habían sido muchas ni muy próximas había sabido ser mucho más generoso.

Optó por aceptar su suerte, y tras encerrar a las bestias en el corral y poner a resguardo las pertenencias de su amo tanteó una moneda escondida en un doblez de su camisa y se dirigió a comprar un longaniza y un jarro de vino para completar su frugal cena de pan y agua.

A todo esto el caballero de Lanz, bastante repuesto de sus magulladuras, se instaló en el comedor de la venta, extraordinario lugar donde se mezclaba un heterogénea muestra de la España de los caminos: soldados licenciados, lisiados que decían haber sido soldados, sacerdotes, mozas del partido, arrieros, preceptores, comerciantes, vagos pendencieros y perdularios, rufianes, comediantes, peregrinos y falsos peregrinos, un ciego con su niño guía al que reprendía constantemente y sacudía a coscorrones por cualquier cosa, y si alguno lo recriminaba por esta actitud respondía contando una serie de engaños y tropelías de los que había sido víctima por parte de aquella "inocente criatura", y con esto se reunía a su alrededor un montón de

gente que reía y disfrutaba de las anécdotas que contaba y le pagaban lo que consumía mientras el niño agazapado a un costado del perverso no sabía si reír o llorar; y en fin, también había estudiantes, los peores, con sus túnicas sucias y raídas, sus libracos que jamás abrían, siempre dispuestos a jaranear y a gorronear todo lo que pudieran. Y ahora se agregaba un nuevo personaje, un caballero algo venido a menos que contemplaba todo con aire distante y un tanto crítico.

Cenó sopa de pescado con algunos fideos y un trozo de pan, lo único que le permitían sus casi inexistentes recursos, ya hacía varios meses que no recibía una soldada decente, que no conseguía un noble que lo tomara a su servicio y una causa a la cual seguir, y su participación en el reciente torneo no le había reportado más que dolores y unas cuantas abolladuras aún por reparar.

Mientras degustaba lentamente los escasos fideos que pudo atrapar en el fondo del plato, paseaba su mirada buscando algún mercader con apariencia medianamente adinerada, a cuyo séquito quizás pudiera unirse ofreciendo sus servicios como protector en los caminos. Así obtendría comida y quizás una módica recompensa hasta llegar a otra ciudad, a otro torneo, o a algún marquesado con problemas fronterizos donde pudiera tentar una mejor suerte.

Pero esa noche sólo había un comerciante de sedas de Murcia, rodeado por un grupo de gañanes mal entrazados y con cara de pocos amigos, que con la albarda en una mano y la pica en la otra parecían ser defensa suficiente ante cualquier asaltante de caminos. De todas formas no parecían gente con la cual fuera conveniente mezclarse, no fuera cosa de ir por leña y salir trasquilado. En estas cavilaciones estaba cuando llamó su atención un sacerdote rubicundo , grande de cuerpo pero de cabeza y manos pequeñas, de modales alegres y aspaventosos, quien devoraba manjares y portaba un laúd atravesado a la espalda, a la manera de juglares y trovadores. En nada parecía un sacerdote, salvo por la sotana, que había arremangado por encima de la rodilla para que no le molestase ni le diera calor mientras comía. Advirtió el curita la curiosidad del caballero, y en un momento en que sus

miradas se cruzaron alzó su copa y lo saludó con un gesto amistoso, casi bonachón. No pudo sino hacer lo mismo nuestro hombre y se quedó pensando que en los tiempos que corrían mejor sacerdote que caballero. Un instante después entró una anciana embozada y cubierta de trapos quién oteó un instante sobre la concurrencia y habiendo encontrado lo que buscaba se dirigió hacia el sacerdote, y muy lisonjeramente le habló al oído. Pareció satisfecho el sacerdote y con expresión complacida metió una mano entre sus ropas y extrajo algo, presumiblemente una moneda que entregó a la mujer quien se retiró haciendo reverencias, agradecida. Pagó su consumición el monje y se dispuso a partir, pero al instante fue rodeado por un grupo de alegres comensales que le reclamaban que como podía irse sin cantar unas coplas y él que asuntos urgentes lo reclamaban en el obispado y ellos que sí, como no, que sabían bien los asuntos que lo requerían y que de allí no se iba sin alegrar un poco la velada. Suspiró el sacerdote y encogiéndose de hombros, resignado, les preguntó si habían oído hablar del combate de Don Carnal y Doña Cuaresma, y ellos que por supuesto que sí pero igual querían oír lo que tenía para contar, y que venía muy bien con el tono y el propósito de aquella reunión, que no querían oír de cosas tristes ni de sacrificios ni de milagros sino de la alegría y el goce de los sentidos. Reclamaron silencio a viva voz y tomó entonces el laúd y comenzó a extraerle dulces acordes.

- *Muy bien-* dijo-, *sabréis entonces que se enfrentaron a la hora del yantar de un jueves lardero, las vísperas de Carnaval y tal fue la batalla que tuvieron-* y con voz agraciada, afinada en muchas mañanas de misales y con un dejo de *bon vin,* entonó:

"Yo tenía a don Jueves por huésped a mi mesa,
Levantose bien alegre y dijo: No me pesa,
Alférez de don Carnal soy contra esa loca Cuaresma,
Yo pelearé con ella, del ayuno abadesa,
Puso en línea delantera peones:
Gallinas y perdices, conejos y capones,

Ánades y grullas y gordos ansarones,
Su lugar ocuparon como bravos campeones.

Detrás de los escudados venían los ballesteros:
Gansos, buenos tocinos, costillares de carnero,
Piernas de cerdo fresco, los jamones enteros,
Luego detrás de estos los recios caballeros:

Grandes trozos de vaca, lechones y cabritos,
Que saltaban y daban al andar grandes gritos..."

Reía y festejaba la gente y el caballero con ellos, aunque se le hacía agua la boca al escuchar mencionar tantos manjares, sobre todo cuando miraba de reojo a su esmirriada sopa. A todo esto en la voz del juglar llegaron las tropas enemigas, compuestas por nobles productos del mar: sardinas, arenques, salmones, moluscos, cangrejos, delfines, atunes y hasta ballenas combatían por doña Cuaresma, aludiendo naturalmente a la ingesta habitual de la Semana Santa:

"Pelearon un buen rato y pasaron gran pena,
Si por don Carnal fuera don Salmón no la cuenta,
Pero vino en su contra la gigante ballena,
Abrazó a don Carnal y lo derribó a la arena.

Los más de sus soldados habían fallecido
Y los sobrevivientes rápido habían huido..."

Y continuaba el sacerdote desgranando sus graciosas coplas y aumentaba la algazara, y la batalla se extendía por el campo y por la sala, donde los clientes reclamaban a gritos los manjares de los que hablaba el juglar, y las mozas yugueras revoleaban sus faldas y jugaban su juego, hasta que el sacerdote reclamó silencio y dijo:

- Duró esta batalla tres días, y al anochecer del tercero la batalla se inclinó definitivamente a favor de quien debía, que así lo quiere Dios:

"... mandó doña Cuaresma que a don Carnal guardasen
Y a doña Cecina con don Tocino colgasen.

Los mandó colgar bien altos, como en una atalaya,
Y ordenó que a descolgarlos ningún soldado vaya;
Luego los enhorquetaron en una viga de haya
Y el pregonero dijo: "Quién mal hizo que mal haya" *

Y protestaba la gente a la cual este final no le placía, pero ya el sacerdote saludaba con el laúd en alto y se retiraba entre la gritería y los aplausos y algún que otro trozo de pan que volaba y se estrellaba contra la puerta.

"Un hombre demasiado carnal para ser sacerdote", pensó el caballero, que había disfrutado más el espectáculo que la cena, y algo más reconfortado, pero no más satisfecho, decidió estirar las piernas para combatir el entumecimiento y meditar sobre sus próximos pasos, que no eran nada sencillos. Se veía sin dama, sin amo y sin blanca, sin ninguna guerra en el horizonte, ninguna empresa, nada a que aferrarse. Abandonó la posada y se metió por las oscuras calles, resignado, pensando que Dios aprieta pero no ahorca y que ya saldría de aquella situación como había hecho otras veces. Todavía le dolía el cuerpo, pero más le dolía el orgullo por los golpes recibidos en el torneo.

Una luna blanca y redonda derramaba su lechosidad sobre los tejares cuando el caballero llegó a la orilla de aquel hilillo escuálido de agua que los toledanos llamaban río. Con la mano en la empuñadura de la espada, pues sabía que en dichas márgenes pululaban los malhechores, trataba de recordar el camino de regreso. Orientándose por el río dobló por una de aquellas callejuelas esquivando charcos de

* *Los textos en verso han sido extractados del Libro de Buen Amor, del Arc. de Hita.*

orines y montones de inmundicias que se apilaban en los canalones, hasta que desembocó en una plazuela. De uno de los ángulos de la misma, semicubierto por los saledizos y las glicinas, le llegó una viva conversación y luego unos gritos de auxilio: "*¡Favor, favor de la justicia que me asaltan!*" gritaba un hombre mientras trataba de defenderse de dos agresores que no tardaron en someterlo, y mientras uno le sujetaba el otro le recitaba una especie de sentencia diciéndole:

- *¡Un unto de miera y un tajo de una cuarta en la cara, para que no ande rondando mujeres ajenas, de parte del comendador que usted conoce y que no mencionamos por motivos del honor!*

El caballero echó mano a le empuñadura de su espada y la extrajo a medias de la vaina, normalmente se hubiera interpuesto en el acto, pero esta vez titubeó: aunque no le gustaba la impunidad ni la catadura de aquellos esbirros, acechar mujeres ajenas tiene su costo, y el que lo hace sabe a que se expone, en un país en el cual el honor era más importante que la verdad, la justicia y la vida misma. Estaba por empujar nuevamente su espada hacia abajo cuando escuchó claramente la voz del asaltado:

- *¡Caballeros, favor, acá hay una equivocación, soy un sacerdote, un arcipreste, os habéis confundido, además tengo algo de dinero en mi alojamiento, llevadme allí y aunque soy inocente con gusto os lo daré si no me hacéis daño, y Dios y la Iglesia os lo reconocerán como un gran servicio, y sin duda ganaréis mucha indulgencia y...!*

- *¡Basta-* dijo uno de los tahúres-, *que nosotros también tenemos honor y cumplimos nuestras obligaciones como el que más y no defraudamos a quien nos paga, que cumplir hoy hará que tengamos trabajo mañana!*

Un relámpago iluminó la memoria del caballero quién reconoció la voz del juglar que lo había divertido un rato antes en la taberna. Recordó su gesto amistoso, su risa gozadora, su rostro rubicundo que denunciaba a un hombre dispuesto a disfrutar de todos los placeres de la vida y mucho más inclinado al goce terrenal que a ganarse el

Paraíso prometido. Se dijo que un hombre así, aunque pecador, no era esencialmente dañino y no merecía esa suerte.

Cuando ya uno de los esbirros tomaba impulso con un balde repleto de una sustancia maloliente con la cual pretendía bañar al pobre hombre y el otro esgrimía la navaja vengadora, y nuestro personaje acorralado, gimoteaba y se cubría como podía, apareció el caballero que con su salto y dos certeras estocadas derribó el líquido inmundo y la navaja rufianesca por los suelos. Dos estocadas certeras dejaron indefensos a los malhechores, tomándose cada uno su mano cortada y sangrante, lo miraban atónitos a la luz de la luna.

- *¡De donde diablos sale éste y quién es!-* apuntó uno.

- *¡Señor-* agregó el otro-, *éste no es vuestro asunto, este hombre que se dice sacerdote de Dios enloda el nombre de un honrado caballero aprovechando su ausencia para ofender a su dama con propuestas deshonestas, sólo queríamos darle lo que merece!*

- *¡Pues por lo que oí tampoco es vuestro asunto, a menos que recibir dinero para atacar a un hombre desarmado sea una cuestión de honor, y decidle a ese tal comendador que quien fue a Sevilla perdió su silla, y poco importa ahora además, porque yo no permitiré que dañéis a este hombre indefenso, y basta de palabras y fuera ya antes que termine aquí lo comenzado! -* y dicho esto revoleó la espada sobre la cabeza de los malandrines que huyeron despavoridos, aunque ya lejos y protegidos por las sombras prorrumpieron a voz en cuello con amenazas de todo tipo y otras palabras que más vale no repetir. El caballero prefirió no responder y en vez de eso se dirigió a su flamante protegido:

- *¿Estáis bien? Pero decidme, ¿qué clase de sacerdote sois?*

- *De los que se usan, caballero. Contad desde ya con mi agradecimiento, pero decidme, ¿os conozco?*

- *Si aguzas la memoria y la vista quizás me reconozcas, me viste hace un rato en el mesón donde ambos yantábamos, y vos nos entretuviste con algunas coplas.*

- *¿Ah, eras el caballero de la sopa de pescado? Me llamaste la atención porque eras el único que portaba espada de caballero y por lo frugal de*

vuestra cena, perdonadme que os diga, y pensé que vuestra fortuna no es la que quisieras en estos días... a menos que seas una especie de eremita, alguno de esos locos, ¡perdón quise decir santos buscadores del Grial!

- La verdad es que estoy más cerca de vuestra primera reflexión que de la segunda... pero no me quejo, que no es de caballeros, ¡esta vida que llevamos tiene sus altas y sus bajas, que hoy estamos en el llano y quizás mañana nos veamos en la cúspide de nuestra gloria!

- Así sea- dijo el sacerdote-, *y ahora es mejor que nos alejemos, y rápido, antes que regresen esos rufianes con más gente de la Corte de los Milagros, ¡y os advierto que esos no bromean, y son muy peligrosos!*

- ¿Corte de los Milagros? Curioso nombre, ¿qué clase de corte es ésa?

- ¡Una corte de harapientos donde los ciegos ven, los sordos oyen, los paralíticos caminan! ¡Y si eso fuera todo! Tienen su rey, sus capitanes y un escuadrón de rufianes dispuestos a todo por un precio, y se juzgan muy honrados porque nunca dejan de cumplir con sus contratos. Tienen todo estipulado y por un unto de miera y un tajo en la cara deben cobrar sus buenos riales, y en el cumplimiento de lo pactado está su prestigio en juego, por lo que es mejor que abandonemos las calles,¡y rápido, antes que vuelvan con más gente!

- No le temo a rufián alguno- contestó el caballero-, *de todas formas ya casi llegamos, ya veo las luces y oigo el ruido de la posada, no sería mala idea que el ventero mandara callar, que ya es sobrada la hora del retiro...*

- Escuchad, caballero...

- Álvaro de Lanz es mi nombre, ¿y el vuestro?

- Juan Ruiz, Arcipreste de Hita, para servirlo. Os propongo algo, quizás vuestra fortuna esté empezando a cambiar, no os ofrezco gloria ni dineros, pero si me escoltas a Hita serás mi huésped durante el tiempo que quieras, y no os faltará nada.

- Pues, un camino me da lo mismo que otro, y como no conozco esa villa que mencionas, acepto gustoso, ¿y cuándo partiremos?

- Antes del amanecer, nos conviene a ambos poner tierra por medio, ¡que un caballero como vos no tiene miedo a nada ni a nadie, pero no es inmortal ni invulnerable, y estos ruines son muchos y traicioneros!

- *Así se hará*- contestó don Álvaro de Lanz-, *partiremos una hora antes del amanecer, que tampoco conviene a mi rango caballeresco contender con rufianes sin blasón y sin ley.*

De esta manera quedaron concertados y una hora antes del alba tomaron el camino de Hita, el caballero sobre su descomunal cabalgadura, el sacerdote sobre una jaca mansa y baja de cruces, y Florisbelo, el escudero, en el sufrido mulo, profusamente cargado.

En un alto del terreno se volvieron a mirar la ciudad de Toledo, que despertaba a un nuevo día.

- *¡No volveré a hacer este camino si no me traen de viva fuerza como la otra vez, muchos y poderosos enemigos dejamos atrás!*- expresó enfáticamente el Arcipreste, quién había tenido que comparecer ante un tribunal eclesiástico y había estado preso algún tiempo en esa ciudad, por entonces capital de Castilla. Pero esa es otra historia.

- *Yo tampoco*- dijo el caballero-, *Toledo no me ha dejado buenos recuerdos...*

- *Ni yo*- se sintió obligado a decir Florisbelo-, *porque, porque...*- y no se le ocurrió nada.

III. Donde el Arcipreste nos cuenta una divertida historia

El sol ya estaba alto cuando el caballero, aburrido, rompió las meditaciones en que iban sumidos, salvo Florisbelo que roncaba estrepitosamente a lomos de su mula.

- *Contadnos vuestro asunto, ¿por qué quería esa gentuza cortaros en tiras, quién los mandó? ¿Es cierto lo que decían, que sos de los que andan rondando mujeres ajenas?*- inquirió - *Y no te enojes ni me tomes por indiscreto, el camino se hace largo, una buena historia lo acortaría bastante...*

- *¡Mujeres ajenas y un demonio!*- vociferó exaltado el Arcipreste, con lo cual despertó al escudero, y luego bajando el tono y santiguándose agregó- *Perdón Señor por esta blasfemia. ¡Ah, no saben vustedes la historia de la pobrecita, abandonada durante largos meses, hambrienta de afecto, ¡y ni siquiera es la esposa de ese canalla, que también la tiene abandonada, que por atender a dos no atiende a ninguna! ¡Es su barragana, que el que tiene dineros, hace lo que quiere! Y ahí andaba la infortunada, mustia y abandonada; el cielo sabe que quise resistir la tentación, aquella bella y tierna palomita que quizás el mismo Jesús puso entre mis manos, pero era tanto su sufrimiento que el deber cristiano me obligó a darle consuelo...*- dijo esto con expresión contrita y se santiguó mirando a lo alto como corresponde a un cristiano de ley.

Le soltó un capirotazo el caballero a su ayudante una fracción de segundo antes que este dejara escapar una villanesca e insolente carcajada, se ahogó el escudero en su propia risa, y protestó sonoramente:

- *¡Ay, ay, ay! ¿Qué haces señor caballero, que mosca os picó?*

- *¡A mí no, a ti, ingrato, que tenías una hormiga león en la capucha, presta a picarte en el cuello! ¿Recuerdas lo que pasó la otra vez, que te*

hinchaste como un sapo? ¡Otra picadura y no lo cuentas, así que calla y agradéceme!

Se quedó mirando desconfiado a uno y otro lado Florisbelo mientras se acariciaba la cabeza y prosiguió el caballero, dirigiéndose al Arcipreste:

- *¿Y en qué circunstancias fuiste descubierto, cómo llegó a oídos de su protector vuestro asunto, si estaba siempre de viaje?*

- *De la forma más curiosa que puedas imaginarte-* contestó el Arcipreste-, *y por la obligación que os tengo y para amenizar el camino lo voy a contar, a riesgo de que os parezcan graciosas las circunstancias que casi me cuestan la vida...*

- Os escucho.

- *Bien, un rico comerciante al que llamaremos Pitas Payas, por darle un nombre, que yo soy persona discreta y no me gusta airear las miserias ajenas, que yo también soy hombre y soy pecador, y como la oveja descarriada...*

- *¡Conozco la historia de la oveja descarriada-* le interrumpió el caballero, pues el Arcipreste se iba por las ramas-, *mejor contad la vuestra, que ya me habéis intrigado!*

- *Pues este comerciante que os decía se fue de viaje de negocios a Flandes, y tardó casi dos años en volver. ¡Tenías que ver cómo languidecía la pobrecilla! Triste y ojerosa llegó a mí con sus confesiones; es ella de naturaleza dulce, pero apasionada, y tiene una vieja guardiana, viuda de un soldado, que no la deja ni a sol ni sombra, y va con el cuento a su amo el burgués de todo lo que ocurre en su ausencia! Sus únicos paseos eran a la Iglesia y a la confesión, siempre con aquella sombra a su espalda, y no podía ella deshacerse del pesado yugo porque la pobrecilla carece de toda fortuna, y de lo que el comerciante ministra medran ella, su madre y sus hermanos...*

- *Pesada carga sin duda-* dijo el caballero-, *¿y cómo se inició vuestra conversación, viviendo ella en Toledo y vos en Hita?*

- *Llegó ella a Hita para visitar una tía suya, siempre con su doña guardiana a la vera. Como corresponde a una buena cristiana fuese a*

la iglesia a misa y a confesarse. Fue verla y quedar impresionado de su belleza, oírla y sentirme prendado de su inocencia y demás cualidades, dime cuenta de su sufrimiento, que no era ella mujer para estar encerrada. No os contaré las cosas que me dijo, porque como sacerdote estoy obligado por las leyes de Dios a guardar el secreto de confesión, pero os diré que comenzó a venir con frecuencia, y sus palabras eran cada vez más apasionadas y expresaban más necesidad, el confesionario se me tornaba una cámara de torturas, subíanme el calor y los colores... en resumen, hombre soy, y habiendo practicado una puerta disfrazada en el confesionario, un día del que no me arrepiento confeséla en mi recámara con abundantes abluciones, mientras su dueña la aguardaba en la iglesia ... Vínose al tiempo ella a Toledo y yo detrás, y eso es todo, o casi todo...

-*¡Casi todo!*- expresó asombrado Florisbelo-, *¿es que hay más aún?*

- *Lo hay*- contestó el Arcipreste-, *¡y precisamente en lo que falta radica la mayor curiosidad de la historia!*

- *¡Oigamos pues!*- replicaron a un tiempo caballero y escudero.

- *Pues bien, como os decía partió don Pitas por negocios a Flandes, y poco antes de partir el adúltero y traidor, celoso de la belleza y juventud de la niña hizo llamar a un viejo pintor de miniaturas y diciéndole a ella que quería dejarle un recuerdo que no se borrara con el tiempo de su ausencia, le hizo pintar un corderillo en el estómago, sí, como oís, un tierno corderillo en tintas azules y oro. ¡Ah, nunca se vio moverse corderillo alguno con tanta gracia como lo hacía aquél, yo le hacía cosquillas y el corderito saltaba en aquella blanca pradera y parecía querer refugiarse juguetón en el bosquecillo umbrío! Pero solo advertimos el artificio cuando el corderillo, por efecto del roce y frotamiento empezó a borrarse... allí estaba la prueba del hecho, ¡ah canalla, que eres como el perro del hortelano!*

Disfrutaban mucho el caballero y su escudero con el cuento del sacerdote y le instaban a continuar. El arcipreste por su parte, viendo el éxito de su historia no podía contener su naturaleza de juglar, y continuó lo más animadamente que podía, con palabras y gestos.

- Borróse pues el corderillo y hecho el daño perdimos reparo de ello y nos olvidamos del dichoso animalillo. Pero he aquí que toda dicha tiene su fin, anunciáronle un día a mi amada que su carcelero estaba a las puertas de la ciudad, escuchar esto y acordarse del corderillo fue una sola cosa, salió disparada hacia la casa del pintor y le ordenó que le pintara un cordero exactamente igual al de un año atrás. Pero estaba el viejo algo senil, y ya no se acordaba de los detalles, ¡así que en vez de un cordero pintó un carnero con sus cuernos bien cumplidos! ¡En sus nervios e impaciencia olvidó ella toda precaución, y en cuánto pudo corrió a su casa, dónde llegó con el tiempo justo para meterse en cama simulando estar con calenturas! Llegóse el comerciante que antes de ir a la casa matrimonial donde le aguardaba su vieja, fuese directo a la casa de su mantenida. Le recibió ella con grandes muestras de alegría y con reproches por su larga ausencia. Pienso que alguien le había llenado la cabeza en el camino, porque arrimose a la cama casi sin decir palabras, echó a un lado las cobijas y exigió ver la pintura de marras. Grande fue su sorpresa al ver aquellos enormes cuernos: "¿cómo es esto- exclamó furioso-, que yo dejé cordero y al volver encuentro carnero?". Cayó ella en el error y más que rápido contestó: "¡Señor, habéis tardado casi dos años en tornar, fuerza es que en ese tiempo la cría se hiciese adulta, el cordero se volvió carnero!".

Reían a carcajadas y sin recato alguno el caballero y su mozo ante esta anécdota, el arcipreste los acompañó al principio, pero luego comenzó a amoscarse pensando que sus compañeros se burlaban de él, por lo que contuvieron su risa y le rogaron que contase el fin de la historia.

- Y... el final es el que viste y participaste tú, ¡y acá estoy yo de regreso a Hita, apartado de mi amada y bajo amenaza de un gran daño si quisieran mis malandanzas llevarme de nuevo a Toledo! ¡Por suerte en mi tierra tengo reparo y amigos y hasta allí no me seguirán estos malvados!... pero mucho he de extrañar a mi amada, que no hay en todo el reino mujer como ella: más bien baja, ancheta de caderas y con un rostro tan alegre como gracioso, que esas son las mejores, acordaos de lo que os digo.

- *Paciencia,* -dijo el caballero- *que sin duda en Hita encontrarás quien te consuele, ¡si no lo tienes ya! ¡Y puesto que las anécdotas como la reciente corren rápido y son las más disfrutadas de todos, creo que algún día los hombres engañados por sus mujeres serán llamados "cornudos", gracias a vos!*

IV. Camino de Hita

Esa noche pernoctaron bajo unos arbolillos, donde hicieron fuego para asar unas salchichas, acompañadas por un tinto nada despreciable, todo esto proporcionado por el arcipreste, naturalmente. Antes de dormir charlaron largo rato. El caballero se mostró un tanto reticente al principio, pero a impulsos del vino terminó por confesar que se llamaba Álvaro Bercells, que provenía del municipio de Lanz, en la Catalunya, y que era un segundón, hijo de un hidalgo, quien lo había entrenado en el uso de armas, pero no le había legado título ni bien alguno, y que había obtenido su condición de caballero por su desempeño en un enfrentamiento con los moros cerca de su villa natal. Había concurrido a ese lugar para ponerse al servicio del Conde de Barcelona que había llegado allí al mando de una tropa, y llegó justo en el momento en que los catalanes se veían asaltados por una partida de moros bribones que habían invadido secretamente el condado. Se quedó un rato mirando en que quedaba el combate hasta que desde su escondite entre los árboles pudo ver como un moro se infiltraba detrás de las fuerzas cristianas y se acercaba al distraído Conde con la intención de ultimarlo por la espalda. Vio la situación aparejada a su gusto y fue entonces que apareció como por encanto y con un lanzazo derribó al artero enemigo salvando así la vida del Conde. Nadie le preguntó donde había estado durante la escaramuza, el mismísimo don Ramón de Berenguer, Conde de Barcelona, le agradeció efusivamente su providencial aparición y su heroísmo, y terminada la contienda lo

llamó a su tienda, y allí, delante de toda su gente, en el momento más glorioso de toda su vida le dio un espaldarazo y le llamó *Caballero de Lanz,* título que llevaría orgullosamente hasta el último día de su vida y trasmitiría a sus descendientes, si los tuviera. Pero después de haber servido un tiempo a sus órdenes su ingrato señor lo había olvidado, y resintiendo su oscura condición de ladero sin futuro se había echado a los caminos en busca de mejor suerte, y había servido a más señores y con menos fortuna de la que quisiera, hasta que sus pasos lo habían llevado a ese día y a ese lugar. "*Y a mí con él*" dijo Florisbelo, agregando que no le disgustaba aquella vida de los caminos, y la prefería antes que ponerse al servicio de algún molinero o carnicero y terminar sus días tristemente sin haber conocido mundo y habiendo trabajado para el enriquecimiento ajeno. Que también esperaba el favor de la Fortuna, pero mientras tanto seguía en aquella vida más seducido por el nomadismo y la falta de responsabilidades que por un premio concreto que nunca llegaba. Que no era un servidor cualquiera, que había hecho estudios en un monasterio benedictino en el cual lo habían recogido cuando niño por carecer de padres y abrigo, y tenía sus conocimientos de latín, historia y hasta de mitología, que uno de aquellos monjes que se pasaban el día copiando textos antiguos cuando llegaba la hora de la cena solía narrar cuentos que en los libros antiguos encontraba, y como niño que era todo aquello le había quedado prendido en la memoria.

- *Y como me vieron despierto y de ingenio quisieron que tomara los hábitos, razón por la cual un buen día hice mi bultito y me mandé mudar sin despedirme. Fui mozo de cuerda, comediante de la legua, acemilero, y acá estoy en los caminos, esperando que llegue el día en que el de allá arriba se acuerde que existo...*

- *Pues ya cambiará mi suerte, y con ella la tuya, que al cabo de la soga está el caldero-* le interrumpió don Álvaro, y luego instó a don Juan Ruiz a que hiciera lo propio, contando de dónde provenía, su carrera y fortuna, etc.

- No hay mucho que contar- contestó el interpelado-, *tengo una canonjía en Hita, la que compré con mucho esfuerzo, aunque ando por todos lados, cumpliendo mi misión evangélica...*

- Misión que llevas a cabo ayudado con un laúd, por lo que veo.

- La música ayuda, soy un trovador, y no de los peores; canto a Jesús, a la Virgen, a los sentimientos cristianos ¡y también a los pecadores, que todos somos humanos, y la tolerancia y la caridad son los sentimientos que más aprecia Dios!

- ¡Amén!- dijo el caballero- *y ahora, para cerrar la velada, ¿qué tal si nos mostráis algo de vuestro arte?*

- ¿Y por qué no?... ¿decís que la anécdota del cordero que se volvió carnero es tan donosa como discreta? Pues bien, mejor que la cuente yo antes que otro cualquiera. A ver si por aquí vamos, que os parece...- y tomando el laúd encabezó su historia:

- "Este es el ejemplo de lo que aconteció a don Pitas Payas, pintor de Bretaña".

-¿Cómo pintor, que no era comerciante de telas, y nativo de Toledo?- interrumpió Florisbelo, asombrado.

- ¡Deja, necio, que debo acortar y disfrazar la historia, si quiero alejarla de mí, y escucha lo que sigue sin interrumpirme, que a un artista no se le corrige con verdades!- y esto diciendo, comenzó a desgranar festivos versos:

"Del que a su mujer olvida te contaré la hazaña,
Si creyeras que es burla, cuéntame otra patraña.
Era don Pitas Payas un pintor de Bretaña,
Casó con mujer joven, ufano de tal compaña." *

Y con ésta y otras coplas se fueron entreteniendo hasta que los ganó el sueño.

---

* *(*) La historia de Pitas Payas, comerciante de Bretaña, pertenece al Libro de Buen Amor y su inclusión en este relato obedece a la intención de exponer mi convicción de que la expresión "cornudo" para referirse al marido o amante engañado se origina en este episodio narrado en verso por Juan Ruiz, Arcipreste de Hita. Pasó al sur de Italia en el siglo XVI, cuando la dominación española, y de allí al mundo.*

V. Días tranquilos en Hita

Llegaron sin contratiempos a Hita, y se alojaron en casa del Arcipreste, a un costado de la iglesia, una casa amplia y cómoda que ocupaba toda la esquina. Allí comían y bebían copiosamente el Caballero y su escudero, y dormían largamente en camas mullidas, desquitándose y muy bien de la frugalidad y penurias pasadas.

- *¿Todavía existe la puertita de marras, la que permite el paso directo del confesionario a vuestra alcoba?*- preguntó un día curioso don Álvaro mientras roía una pierna de cordero.

- *¡Existe, pero no se usa, que esa puerta fue abierta para una sola persona, y me harías gracia si no lo repetís mucho, que la gente oye y murmura, y para peor el arzobispo no me mira con mucha simpatía!*- dijo amoscado el arcipreste.

- *Así se hará, no os preocupes, que soy hombre de honor*- respondió el caballero, dejando a un lado el hueso para empinar una jarra de vino.

Y con esta y otras razones transcurrían plácidamente sus días y sus noches sin otra preocupación que comer, descansar y pasear un poco para estirar las piernas.

Un mediodía, no mucho tiempo después, golpearon quedamente a la puerta y acudió presto el Arcipreste, regresando un instante después acompañado de una anciana. Era ésta algo encorvada, miraba de costado como perro apaleado, y una sonrisa de conveniencia y una inclinación de cabeza acompañaron su entrada. La impresión general provocaba desconfianza, pero no condecía esta imagen con la actitud del dueño de casa.

- *¡Ésta es mi vieja, mi luz, mi embajadora y mi consejera!*- exclamó entusiasmado el cura- *¡Ella es quien derriba las barreras de la hipocresía y revela la verdadera naturaleza humana, con todas sus virtudes y debilidades!*

Coligió el caballero que se trataba de una alcahueta, pero hizo una cortés reverencia y se presentó:

- Don Álvaro Bercells, Caballero de Lanz.

- *¿Un caballero?, me siento honrada-* dijo la vieja, y agregó- *Me llamo Urraca, pero me conocen como Trotaconventos, porque voy de iglesia en iglesia, de convento en convento, y a todos, monjes y monjas, nobles y plebeyos, jóvenes y viejos sirvo por igual. Consideradme vuestra servidora. Y ahora, si me disculpáis, debo hablar un momento a solas con el arcipreste, traigo importante noticias de un asunto que sólo a él atañe, es una cuestión delicada que tiene que ver con su ministerio...-* y llevándose al cura a un costado cuchicheó un instante con él, quien realizaba manifestaciones de viva aprobación y reía, satisfecho. Poco después despidió a la vieja, no sin antes meter en su bolsa una buena porción de carnero, una botella de vino y una hogaza de pan. Volvió luego a sus contertulios con expresión por demás alegre.

- *He de dejaros, con perdón, que un importante asunto me reclama, este ministerio no tiene horarios-* dijo.

- *Pues no debe ser un asunto muy espiritual, si como interpreto la señora Urraca, o Trotaconventos, es una alcahueta* – acotó el caballero. *Me imagino los asuntos que se trae. ¿Debéis quizás consolar a alguna viuda, a alguna esposa abandonada, a alguna huérfana de la fortuna? Y decidme, ¿tenéis una tercera aquí y otra en Toledo?*

- *Estas viejas son maravillosas-* dijo el interpelado-, *"a las duras peñas promoverán a lujuria si se lo propusieren". Todo hombre debe tener una ayudante tal. He visto vuestra mirada, no la desdeñes, es ella un manantial al que quizás tengáis que ir a beber un día... Y en cuanto a lo otro, confiaré en vuestra palabra y discreción-* continuó ufano, ya que su contento le volvía tan comunicativo como imprudente-, *se trata de una viuda joven, cuyo nombre me guardaré. ¡Quedó sin marido y sin amparo ha poco tiempo, y sus familiares no encontraron otra solución para mejor preservar su honor que encerrarla en un convento, y llora todo el día la pobre, pues nada tan ajeno a su naturaleza y voluntad! ¿Decidme si no es caridad cristiana concurrir presto a auxiliarla? En suma que me concertó la vieja un encuentro para esta tarde con esta desconsolada mujer. Se hará en su casa, sitio recóndito y escondido, muy conveniente por cierto*

a su decoro y al mío... le pago bien, ¡que es justo que cada uno viva de su trabajo y éste es el suyo!

- *Veo que sos incorregible, y que dar cristiano consuelo a mujeres solas es vuestra especialidad-* dijo el caballero- *¿y que haremos nosotros mientras tanto?, ya comienza a aburrirnos la blandura de esta vida...*

- *¿Queréis volveros al camino? Pues ahí lo tenéis-* dijo desde la puerta el sacerdote- *y si no, pasead por el pueblo y buscad una ocupación que os acomode. Por el arroyo arriba hay un sitio donde lavan la ropa jóvenes mujeres, vos sos un caballero, con vuestra apariencia y un poco de labia conseguirás quizás lo que necesitas, ¡y sin tener que abrir la bolsa!*

- *¿Y cómo sabes vos lo que yo necesito?-* contestó algo irritado don Álvaro.

- *No es tan difícil saberlo, por dos cosas trabaja el hombre, una es por haber mantenimiento, la otra es por haber ayuntamiento con hembra placentera. No temo errar en esto, y adiós.*

Un rato después salió el caballero, pero solo para contrariar al arcipreste no se dirigió al arroyo, sino a la iglesia de Santa María a oír misa. Quién oficiaba era el sacristán, ya que el arcipreste sólo los domingos se preocupaba de dicho menester. Ingresó a la nave principal de la modesta iglesia y un poco desganadamente se arrodilló en la última fila de bancos para pedir, como tantas veces, un golpe de fortuna que lo sacase de su continuo vagabundear. Fue entonces que al cabo de la pequeña nave transversal vio una Virgen iluminada por un par de cirios, pero no fue aquel altar que la gente llamaba "el Camerín de la Virgen" lo que le llamó la atención, sino una esbelta bien que rotunda figura femenina que se levantaba y tras una piadosa reverencia se aprestaba a retirarse. Vio brillar sus ojos en un encuentro fugaz con los suyos, unos ojos oscuros, profundos, de esos que hieren con una sola mirada. Desvió ella la vista y pasó a su lado, pudo apreciar entonces aquel perfil clásico, nacarino, dibujado. Cuando se deslizó hacia la salida su figura se recortó en la luz. Admiró sus caderas soberbias, su andar cadencioso, la larga cabellera renegrida que se fugaba bajo la pañoleta. Luego de unos instantes de éxtasis reaccionó y salió tras

ella. Le pareció ver como un rastro de encajes que doblaba la esquina, se dirigió hacia allí sólo para ver un portal que se cerraba a mitad de cuadra. Un vendedor de empanadas que pregonaba su mercadería venía por la calle, parsimoniosamente. Se le acercó presuroso y lo interpeló:

- *¿Has visto a esa dama misteriosa, que cruzó recién la calle e ingresó por aquel portal, o era una sombra, una alucinación?*

Se sorprendió el vendedor de la enajenación y vehemencia del caballero, y contestó, apaciguador.

- *Ninguna alucinación ni sombra ni bulto que se menea, señor, conozco a la dama que decís, todos la conocen en Hita, pero debo continuar con mi pregón, permitidme, ¡empanadas, empanadaaas, empanadas frescas!*- entonó con voz potente, volviéndose hacia la calle.

-*¡Alto truhán, responde, que estás hablando con un caballero!*

Hizo una breve reverencia el vendedor y dijo:

- *Las empanadas no se venden solas, señor. Disculpadme, ¡empanadas, empanadaaas!*- y continuó su camino.

- *¡Alto maldito, ven acá, te compraré algunas empanadas que ya entiendo por donde vienes, pero contesta mi pregunta!*- dijo exaltado don Álvaro, echando mano a su faltriquera de donde rascó un par de blancas.

- *Doña Elvira Valenzuela, tal es su nombre, y es sobrina y ahijada y protegida de don Ximeno Ximénez de Ortube, almacenero real, quien administra su herencia.*

- *¿Almacenero real, en Hita, y eso que significa?*

- *Controla los graneros reales. Cuenta y almacena el grano que reciben los recaudadores, y de aquí lo envía adonde disponga el rey.*

- *Es hombre acaudalado, por lo tanto, y decidme, ¿es honrado?*

- *En eso no me meto yo, que no es asunto que me importe, y en boca callada no entran moscas, y la palabra es como la piedra, que una vez lanzada no vuelve atrás, así que el hombre pobre...*

- *¡Basta, que hace un momento no querías hablar y ahora eres un hablador! ¿No es ella casada, entonces? ¿Y quién la pretende, está*

prometida a alguien, cómo es su vida, es ella honesta?- las preguntas se amontonaban en la boca de un ansioso don Álvaro.

- Señor, no me meto en vidas ajenas a cuenta de que no se metan en la mía, si gustáis puedo conseguiros una bota del mejor vino del arcipreste, pero preferiría que otro os hable de otras cosas...

- ¿Vinos del arcipreste, de qué arcipreste hablas?

- Del de Hita, por supuesto, don Juan Ruiz, ¿quién otro? Yo soy su pregonero.

- Ya veo, largo es el brazo del Arcipreste... oye, es mi conocido, de hecho estoy alojado en su casa, así que puedes hablarme con confianza.

- Yo he jurado no hablar de nadie si nadie habla de mí y de mi familia, y con quien hiciere lo contrario juré matarme si es necesario. Tal hice para vivir tranquilo, que me perseguían habladurías de mi mujer, aunque no me refiero a vuestra merced, por supuesto, vusted es un caballero y yo soy un pobre hombre y un hombre pobre cuya única preocupación es mantener su casa.

- Mira, patán, marrullero, si no quieres no hables, que no me sacarás más dinero Yo averiguaré el resto... ¡y vete ya, pícaro, que me irritas con tanta reticencia!

Hizo una inclinación de cabeza el hombrecillo y siguió con su camino y su ruidoso pregón. Se quedó don Álvaro mirando hacia el portal por donde había desaparecido la joven mujer. A los lados del mismo, a una altura de dos metros, veíanse ventanas enrejadas, cada una con su cantero de alegrías, glicinas y caléndulas. Por un momento creyó ver tras los blancos cortinados de encaje un rostro atisbando la calle, pero enseguida los resplandores del dorado atardecer rebotando en los vidrios ocultaron la visión. Pero bastó ese instante para que el caballero se retirara de la esquina con el corazón volteándole como una campana.

Se quedó un rato en las inmediaciones, masticando lentamente las empanadas para mejor entretenerse, esperanzado en que se repitiera la visión, pero se le pasaron las horas y nada ocurrió. Anochecía cuando regresó a la casa del arcipreste con una mezcla de

exaltación y ensimismamiento. El sacerdote ya se encontraba a la mesa cuando entró, bebiendo plácidamente un vino en cuya etiqueta se leía, dibujado con primorosa caligrafía "Vinos del Arcipreste". Le extendió una copa al caballero y le dijo: "*¡Toma, bebe, éste es el mejor producto de mi bodega, y luego comenta y extiende su fama allí donde vayas*!" "*Estamos de festejo*", pensó don Álvaro, tomó la copa y bebió a sorbos pequeños, poniendo cara de gran satisfacción para agradar a su amigo. Levantó el vaso y lo puso al trasluz, era un líquido oscuro con reflejos rojizos, bastante seco y suave al paladar, ligero. Lo degustó con fruición y luego prorrumpió con los esperados elogios. Feliz el arcipreste llamó a su servidor y le pidió la cena.

- Hoy he pensado en agasajaros –dijo- *y ordené un manjar muy apreciado en esta tierra.*

Regresó el criado portando dos cabezas de carnero doradas y adobadas, relucientes. Tragó saliva el caballero, quien no era castellano sino catalán, y al cual no le parecía éste un manjar ni cosa que se le pareciera. Pero hizo de tripas corazón para no desairar a su anfitrión. Tomó el arcipreste la cabeza con sus manos y comenzó a comerla a grandes dentelladas, mientras alentaba a su amigo a que lo imitara, que no hiciera ceremonias. Prefirió el caballero cortar algunas lonjas de carne adheridas a la cabeza, haciendo grandes aspavientos como si comiera abundantemente; luego llamó a Florisbelo y le dijo:

- Tiempo ha me venías diciendo que querías degustar este manjar, ¡toma pues, aquí tienes la oportunidad, que yo lo compartiré contigo, come y triunfa!

Hízole mil morisquetas su escudero pero terminó aceptando el presente, y se sentó a roer la cabeza en una esquina de la habitación, pensando que más valía eso que contentarse con caldo y pan. A todo esto el arcipreste le daba fin a la suya, no habiendo dejado ni un rastro para repostar: ojos, lengua, sesos, todo fue a dar a su abultado vientre, y tras roer los huesos de la quijada hizo el plato a un lado; satisfecho, bebió un gran trago de vino y se limpió la boca con la manga de la sotana, que lucía encerada y brillante.

- *O sois de natural inapetente o no aprecias mucho las comidas de esta tierra...*- dijo entonces el arcipreste.

- *Ni una cosa ni otra, sino que he debido comerme una media docena de empanadas esta misma tarde-* -respondió don Álvaro, aunque no habían sido más que dos-, *y eso y otras cosillas me han quitado el apetito-* y siguió contando el episodio vivido esa tarde, expresando enfáticamente el deslumbramiento provocado por aquella mujer apenas entrevista en la iglesia, y como la siguió y la posterior conversación con el pícaro, sin olvidar mencionar las empanadas, y lo que éste le había dicho.

- ¡*Estoy seguro que ella se quedó allí-* agregó-, *mirándome a través de las persianas, pude presentirlo, incluso en un momento me pareció ver su blanco rostro asomarse entre el cortinaje!*

- *¡Cuánta sensibilidad e imaginación!-* expresó asombrado el Arcipreste- Co*nozco a la joven que dices, doña Elvira Valenzuela, pero no es mucho lo que puedo deciros, pues le he tomado confesión y casi todo lo que sé de ella está protegido por el voto de silencio...os confirmo que es ahijada de don Ximeno Ximénez, Almacenero Real, quien es un grave escollo para cualquier pretendiente. Habéis elegido un hueso duro de roer, os hubieras ido al arroyo, como os aconsejé...*

- *¡Decidme más, por favor! ¿Tiene asignado un esposo, pretendientes poderosos, la espera el convento, por qué es tan difícil llegar a ella?*

- *Pues... me parece que el pretendiente poderoso no es otro que el propio don Ximeno... y no diré más porque me estoy exponiendo a cometer pecado mortal. Mi consejo es que vayas a golpear otras puertas.*

- *¿Don Ximeno, su propio tutor, su tío? ¡Malos diablos se lo lleven y lo hagan arder en el Infierno! ¿Puede haber un canalla mayor que alguien que pretende a su propia sobrina y pupila? ¡Tomaría a ese villano por el cuello y lo arrastraría por la plaza a la vista de todo el mundo!*

- *¡Teneos, que esto que os digo no salga de acá, que pondrías en riesgo mi situación y mi fortuna! Don Ximeno tiene poderosos amigos, entre ellos el propio Comendador de Hita. No os recomendaría una acción tan descubierta, debes ser discreto y astuto si es que estás tan enajenado*

como para no aceptar razones, de lo contrario no llegarás a nada y sólo expondrás tu vida... y la mía!

- ¿Qué puedo hacer entonces?, decidme vos, que tanto conoces del mundo... No tengo mucha experiencia en cosas del amor. Ya escapé una vez a un matrimonio poco atractivo allá en mi tierra de Lanz, cuando huí para unirme a las huestes del Conde, y desde entonces sólo he tenido experiencias desafortunadas; he vivido en los caminos, y poco sé yo de galanteos. ¿Qué me aconsejas?

- ¿Qué os aconsejo? Bueno, creo que vas a necesitar alguna ayuda, os encomendaré a mi vieja, mi benefactora, Trotaconventos, a quien ya conoces, ¡si algo se puede hacer, ella lo hará! Y os brindaré los medios, os lo debo, pero recordad que estoy fuera de esto, ¡estáis por la vuestra!

- Asumo el riesgo, pero decidme, ¿qué debo hacer para ganar su corazón?

Se rascó la nariz el Arcipreste, y contestó:

- Pues respondo mejor a eso con mis coplas- bebió un generoso trago de vino, tomó el laúd y comenzó a extraerle plañideros acordes.

- ¿Conoces los consejos que Amor le dio al gran Ovidio?- y sin esperar respuesta entonó:

"No todas las mujeres con tu amor bien se avienen
No pretendas amar damas que no te convienen
Gastar amor en vano de gran locura viene
Siempre pobre será quien amor falso tiene"

- ¿Y cómo podré yo saber si es amor falso o verdadero, si sólo he visto a la dama una vez? Aún no hablo con ella ni escucha mis razones... ¡pero lo que decís me abisma y me aterra! ¿Y si ella me rechaza?- respondió anhelante el caballero.

- Para todo hay remedio, oye:

"Si no tienes pariente toma una de estas viejas
Que frecuentan iglesias y conocen callejas,

Con santos en el cuello su experiencia es añeja,
Y con magia de lágrimas encantan orejas".

"Son estas viejas incansables,
Las llaman Trotaconventos,
De ellas usan frailes, monjas y beatas,
¡Pocas mujeres de ellas escapan!"

- Te agradezco el consejo, pero, ¿cómo he de presentarme? ¡No soy caballero de alcobas, muy breve es mi experiencia, de hecho las pocas que he tenido terminaron desastrosamente! Sólo soy un caballero de fortuna, y muy poca por cierto...

- Ya lo veo, en lides amorosas eres un aprendiz, pero has dado con el mejor maestro- dijo el Arcipreste, y continuó con sus coplas:

"Dale joyas hermosas cada vez que pudieres,
Y cuando dar no pudieres o cuando no quisieres
Promete mucho y bueno aunque no lo dieres,
Luego ella confiada hará cuánto pidieres.

- No es ese consejo muy cristiano- acotó el caballero.

- Si lo que quieres es hacer méritos para el Cielo mejor hazte ermitaño, que no te aconsejo convento ni monasterio, pero si lo que quieres es gozar de tu amada, sigue los consejos de Amor, escucha:

"Sírvela, no te canses, que sirviendo el amor crece,
Que siempre el gran trabajo todas las cosas vence.
Requiérela a menudo, no tengas vergüenza
Cuando con ella estuvieres, estando con mujer
No hagas alarde de pereza ni miedo, trabaja
Diligente el buen fuego mientras arde".

- Das por sentado que semejante esfuerzo siempre obtiene lo que se propone- objetó melancólicamente el caballero.

- *Amor a amar obliga,*- respondió el Arcipreste- *y una vez que hayas obtenido lo que deseas recuerda el dicho:*

"Mujer, molino y huerta siempre requieren uso:
Molino andando gana
Huerta mejor labrada da la mejor manzana,
Mujer muy atendida siempre está fresca y lozana" *

Rieron de buena gana el caballero y su escudero, recuperando aquél su buen humor y su optimismo, a lo que también contribuyó el generoso consumo de vino. Levantó su copa y a su invitación dieron los tres varios ¡hurras! al dios Amor y a todas las dueñas, jóvenes y viejas que en el mundo han sido, luego se tendió en el banco y se quedó profundamente dormido.

VI. Cuando comienzan los trabajos y se termina la tranquilidad. Visita a Trotaconventos.

Siguiendo de los consejos del Arcipreste el que mejor le venía, *"sírvela, no tengas vergüenza"*, fuese el caballero a la calle donde vivía la joven y acechó durante varios días, dejándose ver en la esquina o pasando frente a su casa con aire despreocupado. Un día le pareció verla, y al otro, y al otro también. Ella se había percatado de su presencia, no había duda, y sus intenciones debían estar claras para la mujer, así que ahora restaba esperar la oportunidad. Si ella estaba interesada, actuaría en consecuencia. El domingo, extasiado, volvió a verla en misa. Esta vez ella lo miró fijamente, apenas un instante, y luego volvió la vista, sonrojada. El caballero recordaba los versos del Arcipreste, según éste las mujeres aprecian más al hombre decidido, que sabe lo que quiere y

* Es redundante repetirlo: Estas coplas provienen del *Libro de Buen Amor*

no lo esconde, así que resolvió seguirla. Iba ella del brazo de una dueña madura que tenía visibles dificultades para caminar, quién en ningún momento pareció darse cuenta de nada, pese a que ella miró un par de veces por sobre el hombro, riéndose francamente y sacudiendo la cabellera, ahora libre de la cárcel de la pañoleta, segura del efecto que causaba. Le agradó esto, ella sabía que estaba allí, no había duda, y estaba "actuando" para él. Cuando se detuvieron en una esquina pasó caminando a su lado, siguió unos pasos y se quedó discretamente oculto tras unos saledizos. Desde allí escuchó una breve discusión. La joven terminó por despedir a su acompañante, que no valía la pena que la acompañara, que ya estaba llegando a su casa, que debía cuidarse esa pierna, etc., etc.; luego risas, besos y cada cual por su camino. El corazón le quería salir del pecho, pero se dispuso al asalto. "*¡Ay Dios*-pensaba-, *qué talle de garza, qué cabellos, qué andar, cuánta dulzura y belleza!*"

- *¡Perdón señora, una sobrina mía que vive en Toledo sus saludos os envía!*- Dijo saliéndole al paso, tras voltear a uno y otro lado la cabeza para asegurarse que la calle estaba vacía esa plácida mañana de domingo.

- *¡Caballero, ni os conozco a vos ni a esa persona de la cual me habláis, y no conviene a mi decoro hablar con desconocidos a media calle!* – fue la rápida y esperable respuesta.

- *¡Pues mucho mal harías si no me dejaras hablar! ¡Muy buenas señas me dio de vos, de manera que fácil fue reconoceros: me dijo que no hay nadie que os iguale, así en gracia como en discreción y honestidad!*

Un relámpago juguetón y prometedor iluminó los ojos de la joven, al menos eso juraría después el caballero, aunque ella diría que no, que había sido una mirada burlona, ante la obviedad de sus intenciones.

- *¿Y cómo se llama esa señora que decís?*- dijo ella, entreteniendo el paso.

- *Doña Inés tiene por nombre*- contestó él, que empezada a ver el asunto aparejado a su gusto.

- ¿Doña Inés...? Creo conocer a muchas con ese nombre, pero decidme: ¿importa acaso? Muy audaz es vuestro comportamiento, no se aborda a una mujer decente en plena calle, señor...

- Álvaro Bercells, caballero de Lanz, por mis padres y por mi señor natural, el Conde de Barcelona. Y si me permitís me dijo mi sobrina que es vusted la dama más hermosa de Hita, por ese dato os reconocí, ¡y me dijo también que el caballero que obtuviera vuestro favor sería el más afortunado del mundo!

- Muchas cosas os dijo vuestra sobrina, y muy aduladoras por cierto, pero permitidme, ya me habéis dado esos saludos, debo seguir mi camino...

Instintivamente le cerró el paso el caballero, desviándola hacia un amplio y sombrío portal, oculto por los saledizos y las enredaderas que colgaban de los mismos, a lo que ella no pareció oponer resistencia, y allí le dijo con gran fervor:

- Señora, escuchadme antes, mi sobrina me habló tanto de vos que sin conoceros mi corazón rebosaba de amor y pasión, y ahora que os conozco siento que no os hice justicia. Ardo en vuestra contemplación como dicen que ardían los santos en la contemplación beatífica, decidme una palabra sola de esperanza para que mis días sean más llevaderos. ¡Una palabra y seré vuestro más devoto servidor, y si no es así permaneceré bajo vuestro balcón día y noche, con sol y con lluvia, hasta ablandaros el corazón!

La mirada de la muchacha pareció calibrar a su interpelante, y lo que vio seguramente no le desagradó. Era don Álvaro un hombre joven, de buena planta y facciones agradables. Era una mirada prometedora, pero las palabras fueron graves y recatadas.

- La calle es libre- dijo-, *pero no os recomiendo que permanezcas mucho tiempo bajo mi balcón, no es bueno para vos ni para mí. ¡Y ahora debo irme antes que mi tío extrañe mi retraso, o que llamemos la atención de algún viandante, que el honor de la doncella es como la endrina, que apenas la han tocado el dedo le dejan señalado! Dejadme marchar, si sois un caballero como decís.*

- ¿Y cómo y cuándo señora, podré hablar con vos?- reclamó angustiado.

- *Los hombres tienen libertades de las que las mujeres carecemos-* fue la contestación de la joven, cuando ya su vestido dejaba una estela en la memoria del caballero. Pero lo más memorable fueron sus últimas palabras, que sembraron en la tarde un reguero de esperanza- *El cómo y el cuándo lo debes encontrar vos, y espero que sea tanta vuestra discreción como el afecto que declaras...*

Se quedó arrobado contemplándola hasta que ingresó a su casa, y le pareció que volteaba la cara al entrar para ver si seguía él allí. Por supuesto que estaba, sombrero en mano, enmarcado por un arco y como emergiendo de las sombras en un atractivo contraluz, y allí permaneció largo rato reviviendo el momento, evocando su rostro, su figura, el timbre de su voz, e interpretando sus últimas, promisorias palabras.

En los días siguientes rondó la casa de su amada, pero recordando sus advertencias no se detenía. Pasaba distraídamente y se quedaba feliz si alguna vez veía, o le parecía ver un rostro blanco tras los cristales, que daba por hecho era el suyo. Pero la cosa por ahí no iba, demasiado bien sabía cuán guardada debía estar, como toda dama joven de buena familia, sobre todo si tenía pretendientes encumbrados y un futuro cifrado en un desposorio ventajoso. Así que una vez más se refugió en los consejos del Arcipreste.

- *Sus palabras y actitudes os permiten concebir esperanzas-* le dijo éste-, *pero recuerda que tienes un enemigo poderoso. Su tío y tutor tiene todo lo que vos carecéis: influencias, dinero, gente; en vuestro favor sólo juegan la juventud y apostura, sin duda cuando ella os compara con su protector o sus posibles pretendientes vos ganáis en el cotejo, pero debes ser prudente, no debes contender abiertamente con él. ¿No os decía yo que debías mirar con respeto a mi vieja?, ¡pues muy rápido las cosas vienen a dar en que necesites sus servicios, si es que quieres llegar a algo... y no arruinarte en el intento!*

- *¿Y es ella tan buena como decís?*

- ¿Qué si es buena en su oficio? ¡Más de mil virgos se han hecho y desecho por ella en la ciudad! ¡A las duras peñas promoverá a lujuria si se lo propone!

- ¿Lujuria? ¡No es ese mi propósito, que soy enamorado y respetuoso de su virtud!

Esbozó una risita el sacerdote pero la cortó abruptamente ante la mirada recriminatoria de don Álvaro y rápidamente acotó:

- ¡No pongo en duda su virtud, es de la naturaleza humana que descreo, o más bien creo, creo que somos todos iguales! No juzgues ser diferente, eres como todos los hombres, ¡y ella es como todas las mujeres! Yo te encaminaré a Trotaconventos, y verás como el asunto se apareja a tu gusto.

Al otro día el Arcipreste acompañado por el caballero y su criado se encaminó hacia las afueras. Llevaba el primero ropas seglares y una capa oscura y con capucha que le ocultaban totalmente la figura y el rostro, *"que no conviene que me vean dirigirme a casa de Trotaconventos, y menos acompañado por vos, que grandes problemas os aguardan, si mucho no me equivoco".*

Vivía ella en una zona apartada, cerca de las curtiembres.

- Mal olor le siento a este asunto- dijo el caballero apretándose la nariz. El olor de los cueros a medio preparar y las piletas de orín de vaca cuyo amoníaco se usaba para el proceso invadían el aire.

- Pues ahí está la ganancia de mi vieja, que es experta fabricante de perfumes y cremas que disimulan todos los olores; ¡en ningún otro lugar podría tener más fortuna que en éste ja, ja, ja!- rió francamente el arcipreste.

- Pues este barrio no es muy recomendable, ¿como podrá ella entrar en casa de sociedad?

- Entrégate a sus designios, sé lo que hablo, y mira, sé generoso, que la pobre vieja debe alimentarse a sí mismo, a sus numerosos hijos que andan diseminados por el mundo, que ninguno tiene profesión conocida, y a sus discípulas, buenas muchachas desheredadas y abandonadas de la fortuna.

"No veo de que manera podría yo ser generoso" pensó el caballero, mirando de reojo a su escudero, quien instintivamente llevó la mano a la faltriquera para proteger sus escasas monedas.

- *Aquí es, muéstrate alegre y reconocido al verlas, que a estas mujeres les gusta ser apreciadas, como a todas.*

Llegaron a una vieja casa de dos pisos, un tanto destartalada, protegida de las miradas por un trozo de muralla de un antiquísimo *castrum* romano. Golpearon la aldaba y desde el otro lado de una puerta desvencijada se oyó una voz de mujer joven, con típico acento de suburbios:

- *¿Quién es, y qué buscan vuestras mercedes por estos contornos?*

- *No preguntes-* contestó el Arcipreste en voz baja, tratando de hacerse sentir por las rendijas de la puerta- *y ábrenos, que soy harto conocido de vuestra ama.*

- *Es el cura, el de la monja y la otra, y viene acompañado, ¿abro?-* gritó a voz en cuello la mujer del otro lado, mientras el arcipreste se quejaba por lo bajo de la falta de discreción de algunas mujeres.

- *¡Es mi querido arcipreste, el mejor hombre de Hita y el más galán, abre, abre mujer!-* escuchó la voz de la vieja que ya conocía.

Oyeron todavía unos murmullos y la voz queda de un hombre. Arrimó el oído curioso el caballero y escuchó la voz femenina que decía *"¡sube, sube, que vienen visitantes de alcurnia, salte por la ventana de arriba, que encontrarás una escalera arrimada a la pared!"*

Se miraron el arcipreste y el caballero y aquél encogió los hombros, hizo un gesto y dijo:

- *Aquí deberás dejar tus prejuicios del lado de afuera de la puerta, y atenerte sólo a lo que vienes, no lo olvides.*

Cuando por fin abrieron la puerta se ofreció a sus ojos una mujer bastante joven, no fea, con el busto apretado por una ancha faja que lo empujaba hacia arriba, y que se mostró en toda su redondez cuando se inclinó cortésmente para hacerlos entrar, lo cual hizo que Florisbelo diera un gran tropezón en el único escalón y cayera abrazado a la joven puertas adentro.

Se levantó ella riendo y mirando con picardía al escudero quien avergonzado trataba de balbucear una excusa, pero aún así los ojos le brillaban y no los podía apartar de la mujer.

- *Elisa-* dijo la vieja, dándose cuenta de los bueyes con que araba-, *atiende a este mozo, llévalo arriba mientras yo me entiendo con estos señores. ¡Y quita ese ramo de flores que está a la ventana, que ya han tomado suficiente sol! Esta sobrina mía, siempre tan descuidada! ¿Qué pensarán los señores?*

- *¡Ya voy tía, es que no esperaba a nadie hoy! Y tú, ven conmigo, que estos señores tienen que hablar cosas de caballeros.*

- *Esta es mi vieja querida, Trotaconventos,* - dijo el Arcipreste con expresión arrobada- *tu ya la conoces, séle franco y dile lo que te quita el sueño.*

- *¡Señora, de vuestra gloriosa ancianidad espero la ayuda y consejo que me abrirán las puertas del Edén!* – exclamó con exaltación don Álvaro-. *Me ha dicho el arcipreste que vos tenéis la llave que abre las puertas y los corazones, en vos cifro todas mis esperanzas...!*

- *Pues vamos entonces por el camino más corto-* le atajó la anciana- *que como decían los antiguos "la vaca no habla, pero da la leche".*

- *¿"La vaca no habla", y eso que significa?-* preguntó por lo bajo el caballero al arcipreste.

- *"Res non verba"-* respondió el interpelado-, *Trotaconventos tiene su propia traducción... creo que quiere hablar de su ganancia antes que nada.*

- *Bien señora, sabed que sufro por amores de una dama, doña Elvira de Valenzuela, ahijada de don Ximeno Ximénez, en cuya casa vive, y creo que no le soy indiferente, pero tiene un tutor celoso y de malas pulgas según me han dicho, que no le permite ni asomarse a la ventana. Necesito verla y hablarle en un lugar reservado, que la mitad del camino creo que está andado. Dinero no tengo, soy un caballero de fortuna que no ha tenido demasiada, pero podéis contar con un par de anillos y un collar que guardo como reliquias, que los primeros me los dio mi madre cuando me hice al camino, y el collar es un obsequio del Conde de Barcelona, el*

más magnífico de los príncipes- y diciendo estas palabras don Álvaro se quitó un anillo y lo depositó sobre la mesa. Era un anillo de plata y sobre un engarce de oro mostraba una piedra roja que emitió destellos cuando Trotaconventos la expuso a un rayo de sol que se filtraba por una ventana.

- *No hay muro que no penetre ni corazón que no ablande, pero habéis elegido mal rival, habrá que andarse con mucho cuidado pues nuestra ruina está a la vuelta de la esquina. Los gastos naturalmente serán mayores... de la piedra tengo dudas, pero servirá para los primeros gastos-* expresó Trotaconventos, mientras guardaba el anillo y con la vista codiciosa buscaba el otro, cuya piedra azul refulgía aún en el anular del caballero, no por mucho tiempo seguramente.

- *Será tuyo-* dijo éste exponiendo la mano a la luz- *con todo lo que tengo si consigues lo que deseo.*

- *Habladme de vos entonces, contadme algo con que pueda enternecerla, y decidme con que contáis, vuestra fortuna y vuestro origen, aunque creo que todo lo que tienes es lo que está a la vista... que no es poco. ¡Ah, si yo tuviera unos cuantos años menos os olvidarías de esa dama tan sólo al verme, que en mis tiempos mozos jamás estuve en lugar alguno que no fuera tema de conversación, y era andar por la calle para que hasta el aire se conmoviera!*

- *No lo pongo en duda-* respondió el caballero-, *¡pero el tiempo es cruel, y el mío también pasa y tengo urgencias que me están matando!*

La conversación se extendió por un rato más yendo al punto, hasta que el caballero se retiró haciendo mil reverencias, seguido por el arcipreste. Cuando cayó en la cuenta que no había ni rastros de su criado llamó desde la puerta:

- *¡Florisbelo, Florisbelo,! ¿Dónde estás hombre de Dios?*

- *¡Aquí, señor aquí!-* contestó éste, bajando la escalera desatacado y con el rostro brillante y sudoroso.

- *Vaya-* le dijo el caballero ya en la calle- *¡sí que aprovechas el tiempo, si no estuvimos más de media hora!*

- ¡Más que suficiente señor, que esa mujer tiene el diablo en el cuerpo, y que cuerpo, uy!

- Y dime, Florisbelo, como arreglaste lo tuyo, ¡no parecía una mujer desinteresada, precisamente! El ramo que estaba a la ventana cuando llegamos me da que pensar...

- ¿Que es una ramera, dices? ¡Puede ser, pero de corazón muy tierno, no le hice más que promesas, la próxima vez que la visite le traeré un regalo, una falda, o una camisa, si os dignáis pagarme alguno de esos realitos que me debéis!- contestó el aludido.

- ¡Ya veo por donde vienes, pícaro, esas visitas tuyas van a costarme caro! Tú sabes que mi suerte no es la que yo desearía, debes tener paciencia, Florisbelo, por no echar la soga tras el caldero, que yo te resarciré con creces tu lealtad.

- ¡Paciencia, paciencia, de promesas vivo yo, que me habéis prometido de todo!, ¿qué será lo próximo, un reino, una ínsula?- contestó el escudero, y continuó rezongando por lo bajo.

También refunfuñó algo el caballero entre dientes, pero prefirió no seguir con el tema y volvió todos sus pensamientos hacia su amada y un futuro del que lo esperaba todo.

VII. Trotaconventos en acción

Un par de días después el caballero tuvo noticias de su amada, naturalmente por conducto de Trotaconventos, como la llamaba el Arcipreste por su profesión, aunque Urraca era su nombre de bautismo, y ambos muy adecuados, por cierto.

- Señor- le espetó sin más trámite- *acá vengo a dar razón de vuestro encargo. Logré acercarme a doña Elvira bajo pretexto de venderle unos ungüentos muy buenos de mi propia hechura, ámbar, algalia, pachulí, almizcle, exóticos ingredientes adquiridos a mercaderes árabes en la*

frontera, de esos que transportan el alma y los sentidos, y vuelven a las damas más sensibles y dispuestas a los placeres...

- Es música lo que decís, pero id al grano que ardo de impaciencia, ¿qué os dijo ella, me recuerda, está bien predispuesta hacia mí, podré encontrarla algún día en un lugar donde hablarle pueda a mi gusto?- interrumpió impaciente el caballero.

- ¡Cuánto apuro hombre, que ni Dios con todo su poder hizo todo en un momento, que se tomó seis días y todavía el séptimo descansó!

- ¡Señora por favor hablad!- imploró aquél.

-¿Qué si se acuerda de vos? ¡No se que medio has usado para encantarla, pero bastó mencionaros para que os describiera con pelos y señales! Escríbele una nota conceptuosa, y es seguro que aceptará encontrarse con vos en algún sitio escondido.

- ¡Balsámicas palabras! Así se hará, volved hoy a la tarde y te daré la carta que solicitas.

-Señor, que tengo mis años y mis piernas, que antes fueran las mejores del mundo, ya no me sostienen como quisiera, y además es peligroso andar por esas calles luego del anochecer, que hay muchos santos y también muchos pícaros en los caminos de Dios..

-Está bien, os mandaré la misiva por mi escudero, y temprano.

- Mandad también algo que haga liviana la tarea, si es que me entendéis...

- ¡Que os entiendo y muy bien! Tendrás vuestro pago cuando concientes la entrevista.

Y diciendo esto despidió a la mujer con grandes muestras de deferencia y se quedó pletórico y algo preocupado a un tiempo. Para los siguientes pasos iba a necesitar recursos de los que andaba escaso. La respuesta fue recurrir una vez más al arcipreste, a quien le pidió que escribiera la carta, ya que la lanza y la espada eran su fuerte que no la pluma.

- Os daré letra- dijo el arcipreste, y empuñando la mandolina agregó- *¡Escribid!*

- *¡Ah no, que escribir no es mi fuerte, no he sido entrenado en esos menesteres!-* llamó a su criado y le ordenó que escribiera los dichos del arcipreste, alcanzándole un trozo de papiro raspado.

- *A ver que os parece esto-* recitó don Juan:

"¿No ven vuestros ojos esta triste figura?
Sacad de mi corazón la saeta que perdura,
Curadme esta herida con amor y dulzura,
Que no queden sin bálsamo mi llaga y mi amargura."

- *¡Bellísimos versos, quien podrá resistirlos, si yo mismo estoy tentado de saltaros encima y comeros a besos!-* exclamó el caballero, oyéndole extasiado.

- *¡Espero que no, que eso pondría fin a nuestra amistad!-* respondió el juglar, y continuó:

"¿Hay mujer en el mundo tan brava y tan dura
Que al que es suyo, tan herido, le niegue su cura?
Ante vos me hinco rogando, con amor y quejura
*Que el gran dolor me hace padecer sin mesura."**

- *¡Cuanta galanura, cuánta invención! ¿Y los habéis creado de intento y para mi usufructo?*

- *¡Oh no, son de un libro que estoy forjando, en el cual cifro todo mi esperanza de gloria futura, de esa que excede el humano tiempo! Pero me agrada prestaros su uso y autoría, si así voy comprobando su efecto...*

---

* *Libro de Buen Amor- Estrofas 605 y 606.*

VIII. Donde el caballero alcanza sus propósitos

- *¡Hermosos y conmovedores versos!, ¿puedo ser tan dura para no escuchar lo que me susurran dulcemente al oído?*

- *¿Qué dices, Elvira, con quien te encuentras?*

- *¡Aquí, tío y señor mío, con esta vieja que ha venido a ofrecerme algunos ungüentos y maquillajes que me harán ver más hermosa!*- contestó la aludida escondiendo la carta en el escote abultado por la apretada camisa.

- *No hay mayor belleza que la frescura y la sencillez*- dijo el hombre entrando de improvisto a la habitación. Era un sujeto alto, cincuentón, cuya cara casi no se veía por efecto de una gran barba y espesas cejas bajo las cuales apenas se entreveían unos rasgos muy escuetos, casi inexistentes, excepto por una cumplida nariz que parecía extenderse sobre todas las cosas. Vestía una gran casaca negra, de anchas mangas y faldones, y zapatos de chapín. La impresión general era funambulesca, y hubiera movido a risa de no ser por la posición social y el aire amenazante de su portador.

- *¡Qué poco entendéis de mujeres señor, que sin esos afeites estamos como desnudas e indefensas ante las injurias del tiempo! ¡Necesario es que adquiera algunos para mantener la lozanía y frescura, que bien os placerá que me vea siempre joven y bella!*

- *¡Somos gente de guardar, no conviene andar aquí con cosas frívolas, así que terminad rápido vuestro asunto y enviad fuera a esta mujer, que su presencia en esta casa no es grata ni anuncia nada bueno!*

Trotaconventos inclinó la cabeza en señal de acatamiento.

- *Ya me iba señor*- dijo, y luego dirigiéndose a Elvira-; *perdón hermosa joven, no quise causaros problemas, y como testimonio de buena voluntad y agradecimiento a vuestra benevolente acogida os obsequio esta crema que tanto os ha agradado.*

- *¡No aceptamos dádivas en esta casa-* interrumpió colérico don Ximeno-, *toma lo que quieras de esos ungüentos y menjunjes y yo lo pagaré con gusto si con ello abreviamos la presencia de esta vieja!*

Escuchó la cifra fijada por Trotaconventos, quien no desperdició la oportunidad para subir el precio y obtener una buena ganancia. Protestó el dueño de casa, que eran muy caros, que seguramente eran groseras falsificaciones, que se aprovechaba de la ingenuidad de Elvira, y Doña Urraca que no, que la injuriaba gratuitamente, que los había recibido esa misma semana de un mercader de Venecia que traficaba con los turcos del Mar Negro, que todos los ingredientes eran legítimos, ámbar, algalia, almizcle, estoraque, y que la mujer que los usara prolongaría la juventud y lozanía de su piel por todos los días de su vida y que...

- *¡Basta-* interrumpió colérico don Ximeno- , *toma, confórmate con esto y salte ya de mi vista!-* y tiró sobre la mesa unas monedas sacadas al voleo de su bolsa. El ojo clínico de la vieja le permitió advertir de un vistazo que entre blancas y medias blancas había un par de maravedíes, y que era excelente la ganancia por unas cremas creadas en su cocina con sus propias redomas e ingredientes de baja calidad. Rápidamente hizo desaparecer las monedas en su faldón y se retiró haciendo reverencias y protestando su honestidad, que así no se trataba a una honrada comerciante, que iba a pérdida, que no buscaba sino la felicidad de sus clientes, etc., etc. Le siguió la joven con el pretexto de franquearle la salida, y por lo bajo alcanzó a decirle Trotaconventos:

- *Esta noche a las nueve mi criada aguardará respuesta bajo vuestra ventana.*

- *¿Qué dice la vieja?-* preguntó desde adentro el desconfiado tutor.

- *¡Que use la crema todas las noches-* respondió más que rápido Elvira- *para conservarme perfumada y tersa como una flor!*

Gruñó algo el hombre y luego, suavizando la voz agregó: *Ven, hay un asunto que quiero tratar con vos...*

- *Un momento-* exclamó Elvira, quién dirigiéndose a una ventana entreabierta, arrojó la crema de Trotaconventos sobre un montón de

basura que en la calle estaba y se limpió las manos con gesto de asco-, *ya estoy con vos...*

Esa noche, cuando don Ximeno dormía, aunque con la llave bien guardada y los oídos siempre alerta, doña Elvira tuvo pronta su respuesta, que como estaba previsto dejó caer a través de la reja. Poco después la misma estaba en manos del caballero.

"*Caballero y señor mío...*" leyó penosamente y se reprochaba por no haber prestado más atención a los intentos de su preceptor por enseñarle los placeres de la lectura, pero como el Arcipreste dormía y Florisbelo había ido muy de su gusto a acompañar a Elisa, la pupila de Trotaconventos, hasta su casa, debió hacer de tripas corazón y a la luz insignificante de la vela continuó su lectura. *"Mi corazón y mi alma ambicionan libertad, pero mi cruel tutor me encierra bajo siete llaves..."*. El corazón le saltaba por la boca mientras maldecía a don Ximeno y besaba el papel una y otra vez. "*La vieja que vos conocéis me ha ofrecido su auxilio. El domingo próximo iré a misa, como siempre, me encontraré allí con su criada quien de forma escondida me conducirá hasta un sitio donde podamos vernos y hablarnos. Pero para ello antes debes enviar lejos a mi tutor o distraer su atención con cualquier artificio y mantenerlo ocupado durante el tiempo suficiente para que mi partida y regreso pasen indaver... invaert... inadvertidos" ¡eso es, idverna..., bueno, como sea!-* exclamó el caballero y continuó a tropezones la lectura- "*debes actuar con discreción y buen juicio, no compor...comprometas mi honor ni el tuyo*".

- *¡Oh, claro que no, mil veces no, amada, seré un modelo de discreción y respeto, no os daré motivo de queja! "Bajo siete llaves me encuentro, pero de vos espero un gran esfuerzo de imaginación y valentía, que no hay torre que procure más satisfacción ganar que aquella que está mejor guardada. Vuestra, quien vos ya sabéis." ¡Dios, Dios,-* exclamaba a voz en cuello el caballero- *que gran premio, que alto honor, la promesa basta para elevarme hasta los serafines y los ángeles que se gratifican en la presencia del Señor!"*.

Estos gritos despertaron al Arcipreste, quien se presentó en la sala con los ojos lagañosos y expresión malhumorada.

- *¡Gracias a Dios has despertado, toma, lee!*- le espetó el caballero sin más trámite, y siguió atentamente las expresiones del cura mientras leía- *¡Tarea harto difícil se nos presenta, siete llaves dice!, a menos que no hable en serio sino... como se dice...*

- *En sentido metafórico, pero no te preocupes, cuando una mujer desea algo no son suficientes siete puertas ni siete eunucos armados para detenerla, ¡ella obtendrá lo que se propone! ¡Si ella quiere, ya tienes ganada la partida!*

- *¡Tus palabras me excitan! ¿Pero que haré? ¡Necesito tu ayuda más que nunca!*

- *Os lo debo, pero estamos en el punto en que debemos andar con pies de plomo. Es posible que tengamos que separarnos, al menos en apariencia. Ya os he dicho que don Ximeno es hombre de cuidado.*

- *¡Pero yo soy un caballero!*

- *Eso importa poco acá, estás en su tierra, los tiempos están cambiando, y los villanos ricos, como Ximeno Ximénez tienen mucho poder. Mira, no puedes seguir alojándote en mi casa, estaremos más a cubierto si vas por tu camino y yo por el mío. Te daré consejo y dinero, debes alquilar una casa en lugar reservado y hacerte ver poco, mientras tanto deja todo en manos de Trotaconventos.*

- *¿Pero cómo haré para alejar a su tutor, que siempre está como el perro pastor encima de su oveja?*

- *Bien, ya veremos, déjame pensar en algo...*

Ese domingo, muy temprano, un hombre pobremente vestido, larga barba, encapuchado, llegó a la puerta de la casa de don Ximeno Ximénez. De su cayado colgaban varias perdices vivas, atadas por las patas.

- *¡Perdices frescas, más que frescas, de las que todavía aletean y sueñan con verdes prados, muy baratas, a mitad de lo que valen, que*

quiero llegar rápido donde mi familia me aguarda para un bautismo!- dijo a la criada cuando esta asomó la cabeza por la puerta.

- ¡Calla, impertinente, que mi ama aún reposa y no hay quien duerma con tu alharaca! Espera, aquí, callado, que yo iré a consultar al señor de esta casa- fue la respuesta.

- ¡Un maravedí y serán todas suyas, ocho perdices gordas, de aquí salen sobrados almuerzo y cena!

Don Ximeno estuvo de acuerdo en que el precio era muy conveniente, y un momento después volvía la criada con el maravedí.

Se deshizo en agradecimientos el perdiguero y como quien no quiere la cosa preguntó:

- ¿Vuestro amo es pariente quizás de un tal Ximénez que tiene una quinta con su casa de retiro como a tres o cuatro horas en el camino de Segura?

- Podría ser, ¿por qué lo dices?

- Ayer tarde, cuando caminaba hacia aquí, vi una casa ardiendo en llamas, y unas gentes que retiraban cosas y las cargaban en carros, pregunté a un campesino que acertaba a pasar a quién pertenecía la casa y me contestó que a un tal Ximénez de Hita. Le pregunté qué estaba pasando y me dijo que no sabía nada y que no era asunto suyo, ¿qué raro no?

Escuchar estas palabras la criada y meterse a la carrera en la casa fue todo uno. Un instante después volvía acompañada por un desaforado don Ximeno, quien a los gritos y totalmente alterado le hizo repetir palabra por palabra lo que había dicho a la criada. El vendedor repitió y agregó detalles en medio de protestas y quejas de que en mala hora había hablado, que el no sabía nada, que era un soldado licenciado y en el camino se había hecho de aquellas perdices para no volver sin blanca a su tierra de Calatrava, donde le aguardaban para el bautismo esa misma tarde de un hijo suyo que le había nacido en su ausencia, y juraba y lloriqueaba, y decía que se sentía muy infeliz porque no recordaba cuando había hecho aquel hijo, y dudaba que fuera suyo, etc., etc.

Pero ya don Ximeno no lo escuchaba, solo profería amenazas contra el mundo entero, incluido el mensajero, y lo más rápido que pudo mandó preparar su coche y acompañado por dos criados armados partió poco después hacia el camino de Segura. A voz en cuello gritaba que iba a escarmentar a todo el mundo, que no se podía confiar en nadie, y como último gesto antes de perderse en el camino esgrimió su puño contra el perdiguero y le amenazó con todos los tormentos y que no tendría lugar en el mundo para ocultarse si había faltado en un punto a la verdad.

Un rato después el vendedor de perdices, ya sin barba y con el jubón enrollado bajo el brazo entraba en casa del arcipreste.

- ¡*Vaya-* decía-, *qué hombre tan desconfiado, con gente así es imposible tratar, todo lo pone en duda, hasta la palabra de un honesto vendedor de perdices, de Jesús dudaría si lo tuviera enfrente!*

- *Pero, ¿te creyó?-* le preguntó ansioso el caballero.

- ¡*Claro que me creyó, que para eso está mi pasado como cómico de la legua, ah, esos fueron buenos tiempos, que no sé por que dejé el oficio para servirte, me acuerdo una vez que...!*

- *¡Es suficiente, seguro ya me lo has contado! ¿Qué hizo don Ximeno?*

- *¡Pues me hizo rodear por sus criados y contarle lo que había visto con pelos y señales, que por suerte me había informado bien con el arcipreste y el miedo le dio alas a mi lengua, que si no, no estuviera yo aquí contigo!*

- *¿Y dónde está ahora? ¡Contesta rápido que no tengo tiempo que perder!*

- *Tomó el camino de Sotos Albos, y no volverá antes de seis u ocho horas.*

- *¡Excelente, vamos pues a casa de Trotaconventos, ya!*

- *Bien, de camino os contaré de aquella vez que la Santa Hermandad le cerró el paso a nuestro carretón de comediantes, y tuve que hacer la mejor de mis actuaciones para convencerlos de que nada teníamos que ver con unos jamones serranos que habían desaparecido de un monasterio donde los habían puesto a ahumar sobre unos braseros, y ocurrió que*

pasando nosotros cerca nos nubló la razón y la conciencia aquel olorcillo y...- pero ya Don Álvaro se había encasquetado el sombrero y con su larga pluma azul a la rastra tomaba la calle rumbo a las afueras- *¡eh, un momento por favor, no me dejes atrás que a mí también me esperan y por éste y otros servicios no olvides de aquí en más la ínsula prometida!*

- *¡Qué dices, villano, que no recuerdo haberte prometido nada por el estilo!*

- *¡Bueno, vos no, pero a un tío mío, muy rústico por cierto, un anciano caballero se lo prometió una vez por acompañarlo en no sé que descabelladas empresas, y aconteció que...!*

- *¡Cállate ya, que no debemos llamar la atención!*- le cortó el caballero, quien embozado y ansioso volaba por las callejuelas, mientras su escudero resoplaba, sudaba y murmuraba sobre la desconsideración de su amo.

Caminó por una calle de aleros bajos y columnas de madera, se metió por un callejón de olor fétido insultando profusamente a quienes arrojaban sus excrementos y demás residuos a la acera, pasó sin prestar atención al chistido de las rameras ni al reclamo de los mendigos, llegó a las primeras estribaciones del cerro de Hita, rodeó los restos del antiguo castrum y emergió como guiado por la Estrella de Belén junto a la casa de Trotaconventos.

- *¿Ha llegado?*- preguntó ansioso en cuánto le franquearon la entrada.

- *Calma, señor, que la joven dama cumplirá su promesa, como espero que cumplas la vuestra... me refiero al pago prometido.*

- *¿Cómo dices? ¡En este momento no puedo pensar en eso, mis pensamientos amorosos son demasiado puros para envilecerlos pensando en dineros, yo os pagaré, palabra de caballero!*

- *¿Ah sí? ¡Pues lástima, entonces permanecerás en ayunas! Había preparado vino, pan, dulces y fiambres, como me has encargado, pero tendré que devolverlo todo, ¡soy una mujer muy pobre para costear placeres ajenos!*

- *¡No, no hagas eso, que ya viene mi amada y debo agasajarla como ella merece...!* – y mientras decía estas palabras se tanteaba buscando algo de valor, pero ya nada le quedaba, todo lo había sacrificado en el aras de aquel amor. Cuando la mano llegó a la empuñadura de la espada una idea y un dolor punzante entraron al mismo tiempo en su mente. "*¡La espada-* pensó-, *lo mejor, lo más valioso de cuánto poseo!*".

- *¡Señora-* exclamó con súbita resolución-, *la necesidad me obliga a ofreceros mi bien más valioso y preciado, digno de un duque o un conde!-* y extrayendo la espada de la funda la colocó delicadamente, sobre sus palmas y la ofreció a la vista de la alcahueta.

- *¡Acero de Toledo, el mejor del mundo-* bramó exultante- *que yo no diera esta espada por nada que no fuera el amor de la más hermosa y pura doncella de esta tierra! Os la ofrezco a cambio del hospedaje y la comida, ¡pero sólo como prenda, que yo vendré con el pago a rescatarla, y ay de vos si no la recupero!*

- *¡Un momento, señor, y sofrenad vuestro orgullo, que hemos de justipreciar el bien!-* examinó la espada Trotaconventos y no le pareció tan valiosa como afirmaba el caballero. Un par de piedras semipreciosas engarzadas a la empuñadura no le llamaron la atención, pero la hoja era de buena calidad, fina y bien templada- *¡Acepto la prenda, pero si no me resarcís lo acordado al cabo de treinta días tendré que venderla, que no sacaré gran cosa por ella, pero no soy yo prestamista, ni tengo casa de empeños, que Dios y la Iglesia no lo permiten, sólo soy una pobre vieja que trata de vivir honestamente de su trabajo!*

Refunfuñó el caballero algo sobre que la espada valía muchas veces lo adeudado y se propuso recuperarla lo antes posible, pero esa era de momento su segunda preocupación, otra mucho más urgente lo apremiaba.

- *Alguien viene-* alertó Florisbelo desde la puerta- *son dos mujeres embozadas...*

- *¿No tienes nada que hacer?, necesito algo de privacidad...-* le espetó el caballero a la vieja, oscilando entre el mal humor que le provocaba haber entregado su arma y la expectación del ansiado encuentro.

- *Tengo que hacer algunas entregas-* respondió Trotaconventos-, *pero mi criada permanecerá en la casa, será discreta, está acostumbrada, y os servirá en cuanto necesites.*

- *¡Sólo vamos a hablar!*

- *Si, claro, por las dudas la cama está aprestada con finas sábanas de holanda y las viandas dispuestas... que os aprovechen, pero no os aconsejo extenderos mucho más allá de la media tarde. Por lo que sé don Ximeno estará de regreso a la caída del sol, y es conveniente para todos que encuentre a la dama en su casa...-* dijo Trotaconventos y se marchó.

Se quedó don Álvaro pensando que a su vida siempre le faltaba algo, sin la espada no se sentía un verdadero caballero. La irrupción de una mujer encapuchada y envuelta en una larga y tosca mantilla de lino le sacó de sus cavilaciones. Los latidos de su corazón le dijeron que se trataba de Elvira. Detrás de ella venía Elisa, quien se había quitado la capa y se veía provocativa en su escotada almilla. La seguía su escudero, con los ojos casi fuera de las órbitas.

- *Ven* – le dijo la mujer tomándolo de la mano y conduciéndolo a la habitación contigua, que era la suya.

Se quitó entonces su caperuza doña Elvira y el caballero cayó a sus pies, tomando su mano y besándola apasionadamente. Era aquella la primera vez que tocaba la piel de su amada y el contacto le comunicaba una inefable, vibrante felicidad. Le parecía lo más hermoso que hasta entonces había visto, le hizo mil promesas de amor al tiempo que ella bajaba púdicamente lo ojos para confesarle que sentía la misma atracción, pero que el amor era cosa seria y quería conocerlo más para estar segura, y con estas y otras consideraciones fueron los enamorados tomando confianza y aproximándose el uno al otro. Una copa de vino encendió las mejillas y la mirada de Elvira, cuya mano se alzó para acariciarle el rostro. Sintieron ambos sus cuerpos estremecerse. Los suspiros y tiernas miradas dejaron lugar a un buscarse de manos y cuerpos, las bocas unidas, pero todavía retenidos por un velo pudoroso que les impedía dar el paso más importante.

En ese momento en que parecían estancarse en gestos repetidos, algo vino en su auxilio. De la habitación contigua llegaron gemidos, grititos sofocados a medias, y un golpeteo acompasado, inconfundible.

- *¡Florisbelo, maldito imprudente, como te atreves, voy a matarte!* – exclamó por lo bajo don Álvaro. Miró a su amada, temiendo que saliera disparada de su lado, molesta, herida en su honestidad. Pero lo que vio fue el rostro de su amada súbitamente iluminado por una luz desconocida. Se diría que un pequeño demonio danzaba en sus ojos al tiempo que la boca dibujaba una sonrisa plena de picardía. Era una Elvira desconocida, nunca soñada siquiera. Tomó ella su mano y lo llevó hasta la pared donde aplicó primero su oreja, dejando escapar una risa que con su mano libre intentaba vanamente sofocar. Buscó luego una hendija, lo que no fue difícil encontrar en aquella desbastada medianera, y arrimó un ojo. Hizo lo propio el caballero y vio lo mismo que su amada, a Florisbelo resoplando sobre la desnudez de la criada, la cabeza hundida entre sus voluminosos pechos, mientras esta gemía y se revolvía como una poseída.

- *¡Esto es demasiado, voy a...!-* alcanzó a decir don Álvaro, antes que Elvira le interrumpiera con un chistido imperioso a la vez que le apretaba fuertemente la mano. La miró y vio una expresión extasiada, la boca abierta, hasta le pareció que un hilillo de saliva le resbalaba entre los labios abiertos. Su propia cabeza se volvió un revoltijo de emociones encontradas, pero imperiosas. Tomó suavemente a su amada por detrás y la besó en la nuca. Con un hondo suspiro aflojó ella el cuerpo, luego se volvió y asiendo su cabeza le hundió la lengua en la boca casi ahogándolo. Segundos después el vestido de la dama con todos sus complementos caía a sus pies ofreciéndose a los ojos extasiados del caballero los muslos más espléndidos de la creación. Con los vestidos de época nunca se sabía antes de llegar a la intimidad con qué se iba a encontrar un hombre bajo la falda, y lo que a su vista se ofrecía sin pudores superaba largamente sus expectativas. Cayó a sus pies con una audacia inesperada para sí mismo y le besó frenéticamente

las manos, los muslos, los senos. Un instante después, entre bramidos y estertores se revolcaban sobre la cama olvidados del mundo.

Tras los apasionados transportes del amor se cubrieron apenas, satisfechos y sin pudores, y se sentaron a la mesa, disponiéndose a disfrutar de la comida: jamones ahumados de la Sierra Madre, vinos del Arcipreste (faltaba más), quesos de Francia, perdices en escabeche, conserva de higos negros y fino pan blanco, exquisiteces prohibidas para el común de las gentes, pero que por el momento no le hicieron recapacitar sobre el alto costo que habían tenido. Se contemplaban arrobados, los ojos del uno puestos en el otro, mientras devoraban con sensualidad aquellos manjares que les permitían recuperar fuerzas para homenajear una y otra vez al amor, hasta quedar completamente exhaustos y satisfechos... durante un breve lapso.

¿Cuántas horas pasaron, tres, cuatro, cinco? Unos golpes cortos, imperiosos, les devolvieron a la realidad.

- *Señores, debo recuperar mi casa-* se escuchó la voz de la anciana-, *además ya van corridas tres horas de la tarde, cuanto menos, debe retornar cada uno a su vida habitual mientras hay tiempo...*

Recordó el caballero que la ida y vuelta de don Ximeno hasta su finca rural era cosa de media jornada a lo sumo, por lo que hubieron de vestirse más que rápido, mientras se juraban amor y reencuentros futuros una y mil veces. Se despidieron cálidamente y hubo de apretar el paso Elvira para regresar a su casa. Le acompañó el caballero, con el rostro rigurosamente cubierto ambos, hasta que abandonaron la protección de las cerradas callejuelas. La dejó ir con pena, contemplándola hasta que desapareció por los portales de la plaza. Tomó entonces su propio camino. Una inenarrable sensación de plenitud y placer le adormecía los sentidos, pero a otro nivel le preocupaba cuándo volvería a ver a su amada, dónde y cómo, ya que sus menguados recursos no le ofrecían buenas perspectivas, sin contar que llevaba permanentemente la mano al costado, donde sentía la ausencia de la espada como la falta de un miembro.

En ese momento unos jinetes pasaron a su costado con sus cabalgaduras resoplando, trepando la cuesta que conducía al barrio acomodado de Hita. Reconoció a don Ximeno y sus criados. *"¡Justo a tiempo!"*- pensó el caballero, aunque este pensamiento le provocó cierta pesadumbre, le hubiera gustado tomar del cuello al acomodado burgués y exigirle ahí mismo la libertad y la dote de su amada. Se sintió frustrado porque la vida de ella, y por lo tanto la suya dependían de una voluntad ajena y porque iba a ser muy difícil repetir las expansiones de aquella tarde. Ignoraba por falta de experiencia que los placeres robados eran los más sabrosos y lo que la monotonía hace al amor. De momento sólo le interesaba la disposición plena de su amada, cuya ausencia le dolía cada minuto. Con las caricias de la tarde aún retenidas en su piel y prometiéndose renovados placeres llegó a casa del Arcipreste, *"tengo mucho que contarte"* le dijo, pero no pudo, se fue quedando dormido, cansado, feliz, preocupado.

IX. Las peripecias de un enamorado

En los días siguientes volvió a rondar la casa de Elvira, ansioso, enamorado, hasta que una carta cayó misteriosamente a sus pies cuando pasaba frente a la misma, no muy casualmente.

"Señor mío: cada hora de mi vida me lleva al recuerdo de la maravillosa tarde que compartimos. Pero debo preveniros y solicitaros: alejaos de esta calle, mi tutor se volvió muy desconfiado desde el día en que lo enviaste falsamente a Segura. Y a vuestro criado que ni asome la nariz por aquí, si llega a sospechar siquiera que se trata de la misma persona que lo engañó es capaz de ordenar acuchillarlo en el acto. Y vos tampoco os dejéis ver, tiene siempre consigo dos hombres armados y resueltos a todo. Es gente artera y dispuesta a cualquier traición, más diestra con el puñal que con la espada. Daos por avisado, no quiero que vuestra vida corra peligro, que en ello va también la mía. Pero se me ha ocurrido una idea para paliar nuestra necesidad: debes hacerte de cualquier forma con las llaves de una casa desabitada que está como a media cuadra de la calle principal, junto a la tienda de mimbres. Linda por los fondos con la casa de dos costureras que a más de encargarse de mis vestidos son mis amigas y confidentes. Desde una casa puedo pasar fácilmente a esotra por los altos sin que nadie me vea ni sospeche nada. Es una casa vieja y medio derruida, por lo que descuento que llegarás a un acuerdo con su dueño; si es así en un par de días iré a las susodichas modistillas a probarme unos vestidos, temprano, a la hora en que don Ximeno acude a los graneros con sus guardianes, y allí se pasa toda la mañana esquilmando a la pobre gente. En un santiamén pasaré a vuestra casa y haré allí según vuestro deseo y el mío. Por favor, sé paciente y discreto y todo será a nuestro gusto.

Vuestra, quien vos sabéis".

Estrujó apasionadamente la carta, la besó, volvió a leerla, ahora con menos dificultad porque recordaba cada palabra, y luego la guardó contra su pecho como la mejor prenda de amor que hubiera recibido en su vida.

Al día siguiente, alquiló la tal casa de altos, grande pero maltrecha y absolutamente desprovista de mobiliario, cerca de la calle principal. Se comprometió a pagarle al dueño dos reales a la semana, que no imaginaba de donde iba a sacar como no contara con la generosidad del Arcipreste. Agregó un par de maravedíes por el alquiler de un camastro y un colchón delgado como un galgo. Hizo transportar una mesa y un par de sillas desde la casa del Arcipreste. Eso, un candelabro, una aljofaina y una jarra completaban el mobiliario y los utensilios. No lo conformaban, pero la casa era una excelente fachada para sus pretensiones de respetabilidad, y además ganó en libertad y se alejó de la casa del Arcipreste, quien estaba bastante preocupado por las consecuencias que su "conversación" con doña Elvira pudieran traerle en la sociedad de Hita. Daba por descontado el sacerdote que la juventud, inexperiencia y tozudez de don Álvaro le costarían un gran dolor de cabeza, más temprano que tarde, por lo que contribuyó con el primer pago, pero advirtiéndole que su generosidad no sería eterna, y que como caballero que era debía proveer su propio sustento. Estas palabras preocuparon a don Álvaro, pero sus expectativas inmediatas eran mucho más fuertes. Como en todos los enamorados el ya y el aquí y ahora eran lo único que importaba.

Desde el día anterior el nervioso ir y venir de las modistas, muchachas jóvenes y de buen parecer que provocaban la inquietud de Florisbelo y por lo que pudo ver de muchos más, sus risitas y miradas furtivas hacia la casa tras cuyos visillos atisbaba el caballero, le dieron indicios de que estaban en el secreto y que disfrutaban del episodio como de una aventura de esas que dan sentido a la existencia de las mujeres.

El día y la hora señalados esperó ansioso tras las ventanas hasta que vio venir a su amada, hermosa, desenvuelta, con un vestido entallado,

oscuro, que resaltaba mejor su figura y la blancura de su piel, el pelo negrísimo retenido por un broche con una rosa roja sobre una de sus orejas. El conjunto era maravilloso, y le volteaba el corazón en el pecho de sólo pensar que toda aquella belleza sería suya en momentos. Venía acompañada por una dueña, lo cual significaba una molestia adicional, pero suponía que ya habría ella imaginado la forma de sacarla del medio, lo cual confirmó cuando vio que la despedía en la puerta, y con una cesta de mimbre se dirigía obviamente a hacer las compras del día. Se dirigió a los altos de la casa y después de unos minutos que le parecieron eternos la vio emerger por una portezuela de bohardilla y salir al tejado desde donde se deslizó ágilmente a la casa de al lado para caer en los brazos de su enamorado caballero. La introdujo sin palabras en el cuarto de altos donde los invadió un olor mefítico que obligó a la mujer a cubrirse la boca con un pañuelo perfumado mientras con la otra recogía su vestido y avanzaba en puntas de pie.

- *¡Mil veces perdón señora, la única puerta que da a la terraza es la del común, sólo ayer entré a esta casa y todavía no pude disponer lo necesario! ¡Daré órdenes estrictas a mi escudero de que hoy mismo proceda a limpiar este albañal! ¡Ya debía haberlo hecho, pero se pasa los días retozando en casa de Trotaconventos y no cumple con sus obligaciones!*

Los orines y excrementos acumulados en aquel cuarto casi desmayaron a la joven, pero resistió estoicamente, atravesó la fétida estancia y salieron cerrando tras de sí.

- *¡Señora, os juro que esta ofensa...!*- pero no pudo terminar, unió ella su boca a la suya haciéndolo callar y se sintió invadido nuevamente por el fuego abrasador.

- *Calla*- le dijo ella en cuanto retiró la lengua de su boca- *y muéstrame el resto de la casa, ¡será mejor que esto, supongo!*

- *No encontraréis orines, aunque sí olor a humedad y encerramiento... no esperéis lujo, mi condición no me lo permite en éste momento, hasta que reciba unas rentas de ciertas tierras que tengo en mi patria...*

- ¡Oh, está todo bien, yo se de vuestras dificultades actuales, bien que temporales, como caballero joven y esforzado que sois... no me preocupa, dejadme acariciar vuestros cabellos!

- *¡Señora!*- exclamó él hincándose a sus pies, mientras ella hundía con placer sus dedos en la dorada cabellera. Apenas se fijó en el desvencijado camastro. Simplemente se despojó se sus vestiduras, exhibiendo otra vez el espectáculo de su babilónicas caderas, su silueta de ánfora. Creyó don Álvaro agotar todas las caricias posibles, pero igualmente se le hizo corto el encuentro. Había pasado una hora, quizás dos cuando se levantó ella como si despertara súbitamente y comenzó a vestirse.

- Debo irme... la dueña que me acompañaba ya debe estar aguardándome a la puerta. Es bizca, renga y un poco tonta, pero es incondicional de don Ximeno. ¡Y os advierto que tengas cuidado con sus hombres, tienen órdenes de acuchillar a cualquiera que se me acerque, me considera de su propiedad!

- Me siento halagado por los riesgos que corres por mí, ¡pero os advierto que son ellos los que deben tener cuidado conmigo!

-¡Nada de peleas ni bravatas!, si quieres conservar este amor debes actuar con prudencia. Volveré de aquí a cuatro días. Mi tutor tendrá audiencia con el comendador y el enviado real, estará todo el día ocupado. Hasta entonces debes tener paciencia y no cometer locuras. Y ahora, a pasar otra vez por el cuarto de altos... – concluyó con resignación empuñando nuevamente el pañuelo y llevándolo hacia la cara.

- Me declaro avergonzado, os prometo que no volverá a ocurrir...

El resto de la jornada lo pasó el caballero suspendido en una vaporosa nube de sueños, en los que ya se veía casado con Elvira y dueño de un castillo rodeado de campos cultivados en los cuales se movilizaban cuadrillas de siervos cargando sobre los carros grandes fardos de trigo que enormes bueyes normandos remolcaban luego hacia los molinos, todo ello en medio de una alegría permanente y natural que explotaría en canciones y danzas espontáneas.

Este hermoso e irreal cuadro se vio interrumpido por la llegada de Florisbelo, que le recordó la inmediatez de sus necesidades materiales.

- *¡Te arrancaré la nariz, esperpento! ¿No te ordené acaso limpiar los altos? ¡Me has hecho pasar una gran vergüenza!-* exclamó mientras lo asía amenazante del cuello del jubón.

- *¡Señor, he estado muy ocupado!*

- *¿Ocupado en qué, si en esta casa no hay más mobiliario que una cama y una mesa?*

- *¡Pues alguien debe ocuparse de conseguir la comida y de atender vuestro caballo, que de la falta de ejercicio ha perdido el brillo y la energía, y se está poniendo gordo y sobón, que más parece caballo de verdulero que de hombre de armas!*

Reflexionó don Álvaro que había olvidado esos "pequeños" detalles de la vida cotidiana y abandonó su ira, estaba demasiado contento para enojarse con su viejo amigo y escudero. No tenía pensamientos más que para Elvira.

X. Aquí se cuenta como las cosas empezaron a ponerse difíciles

Así pasaron los días, lentos, monótonos los más, alternados con intensos aunque breves y esporádicos encuentros con Elvira, mientras Florisbelo rezongaba un día sí y otro también por la inercia de su amo, que no parecía el mismo, que se había dejado sorber el seso, que no se ganaba el sustento y ya no sabía como iban a hacer para sobrevivir, etc., etc. Por suerte para él don Álvaro parecía abstraído de este mundo, y apenas empezaba su escudero con su retahíla de reproches entre dientes dejaba de prestarle atención y caía en estado de suspensión animada.

Hasta que un día se acercó a la ventana y miró hacia la calle, donde se manifestaba el abigarrado mundillo de la villa, la que vivía su momento de mayor esplendor en aquellas primeras décadas del mil trescientos. El espectáculo reclamó su atención: gentes de pueblo, campesinos que iban y venían cargados con cestos de hortalizas o pescado, otros con ristras de ajos, cebollas o puerros, perchas de las cuales pendían sandalias y cinturones, plumeros, sombreros, etc. Todos voceaban a voz en cuello sus mercaderías, los más inútilmente. También pasaban señores y señoras emperifollados, que iban seguramente hacia la Iglesia de Santa María o a la plaza donde se concentraban mercaderes de telas, artesanos, prestamistas judíos realizando sus transacciones sobre sus típicos bancos, por lo cual también se les llamaba "banqueros", moros traficantes de hermosos caballos árabes, elegantes y ágiles, ideales para andar, pero poco prácticos a la hora de la batalla, al menos para los cristianos y también algunos carros que rebotaban sin misericordia en el empedrado destruyendo la espalda y las posaderas de sus estoicos ocupantes. Todo ese cuadro contrastaba con los harapientos cubiertos de costras y moscas que a uno y otro lado de la calle extendían sus manos clamando por una moneda o una migaja de pan, mientras por el

arroyo o canalón del medio corría un insignificante hilillo de agua que transportaba o más bien extendía por la ciudad excrementos, orines y restos de toda naturaleza. Por esas callejuelas estrechas se arrastraban periódicamente las víctimas de las pestes, las hambrunas y las guerras que azotaban aquel mundo medieval.

Al caballero la escena no le hacía del todo feliz. Hubiera preferido que se extendiera antes sus ojos el camino, las verdes lejanías, los campos cultivados o mejor aún los campos de batalla o de torneos, en los cuales cifraba todas sus esperanzas de futuro y de hacer reales sus sueños.

- *¿Qué hay de comer?-* preguntó volviendo de golpe a sus necesidades más inmediatas.

- *Pan, vino y fiambre, y como siempre gracias a la despensa del Arcipreste.*

- *Este pan está duro, ¿de donde salió, del fondo del arcón de los bodigos?*

- *El pan tiene un par de días de horneado, pero a buen hambre no hay pan duro, ni vino agrio, ni fiambre de cabeza de chancho-* respondió el escudero dando dentelladas a un trozo de pan con fiambre y sorbiendo grandes tragos de vino.-... *¡y el vino no es de los peores! El que quiera mejores viandas... debe ganárselas.*

Mordió filosóficamente su emparedado el caballero y desde la ventana, ubicada a un par de metros sobre el nivel de la calle, al estilo de la época, contempló al sol hundirse entre los montes lejanos al tiempo que sentía una antigua, conocida comezón: ¿es que comenzaba a extrañar los caminos, las posadas, las aventuras de la Vía Láctea, como se denominaba a la ruta de Santiago de Compostela?

En un episodio en este camino había salvado a unos viajeros del asalto de unos bandoleros. En esa acción, de la que estaba particularmente orgulloso, había ganado gloria y a Florisbelo. Uno de los peregrinos, que resultaron ser comerciantes acomodados, perdió la vida en la acción. Ese precisamente era el amo de Florisbelo, quien perdió a su protector pero salvó su propio pellejo, y admirado y

agradecido a un tiempo se había pasado con mulas y equipaje a servir a don Álvaro, convirtiéndose desde entonces en su escudero y amigo. De lo obtenido de la venta de las mulas y el equipaje del comerciante habían vivido un buen tiempo. Suspiró, ¡aquella había sido una buena época!, no como ahora que se avergonzaba ante Elvira de sus obvias penurias económicas.

XI. Donde se cuenta como las cosas se pusieron aún más difíciles

Los días pasaban monótonos, entre los suspiros del caballero, las cada vez más esporádicas "escapadas" de Elvira y las protestas de Florisbelo que cada día debía ocuparse de proveer ante la inanidad de su amo.

Una tarde, al abandonar la casa para ir a ocuparse de las cabalgaduras de ambos, que vegetaban en un perdido corral de las afueras, Florisbelo se topó con una pareja que venía resueltamente hacia él y lo interpeló:

- *¡Oye tú!-* dijo el hombre-, *¿eres el criado de esa persona que se hace llamar Caballero de Lanz, no es así? ¡No te molestes en negarlo, que te hemos visto con él!*

- *Bueno, eso según-* respondió Florisbelo, levantando la voz para ser oído de su amo-, *en todo caso sería su escudero, que criado no lo fui de nadie en la vida... y lo sería si me pagara la soldada que me debe, y como no es así no soy de nadie y ya me voy a mis ocupaciones, con vuestro permiso...*

- *¡Pues no te irás de aquí si antes no comparece tu amo, o lo que sea, reclamamos de inmediato su presencia!-* quien tomó aquí la palabra fue la mujer, desgreñada y gritona, cerrándole el paso.

- Pues no será posible, porque el caballero no se encuentra en casa, ha ido a un lugar donde debe cobrar una importante suma, y no volverá hasta tres o cuatro días, cuando menos, así que debéis tener paciencia.

- ¡Paciencia hemos tenido y de sobra, que aún no hemos visto un real y ya va para un mes que ha entrado a la casa!

- ¡Y a mí me debe el alquiler de los muebles!- acotó la mujer.

- Señores, mi amo es hombre honorable, y encontraréis que es grande su agradecimiento. A su regreso os pagará un real sobre otro, y con intereses, os lo aseguro, que jamás ha dejado de pagar sus deudas y de satisfacer a gente honorable, como vosotros.

- ¡Pues más vale que pague, sino de aquí a tres días vendremos con el alguacil y tomaremos cuenta de la casa y nos quedaremos con todo lo que encontremos en ella y encomendaremos a él y a vos a la justicia y lo que no se cobre en dineros se cobrará de vuestro cuero, que aquí no valen títulos que nadie conoce!

Se quedó clavado Florisbelo mirando a la pareja que reclamando a voces y con grandes ademanes se alejaba por la callejuela rumbo a la plaza. Y como los males no vienen solos, de repente, saliendo de la nada, dos hombres corpulentos lo empujaron dentro de la casa y entraron cerrando tras de sí.

- ¿Qué ocurre? ¡Ayuda que me atropellan!- alcanzó a gritar Florisbelo antes que uno de los hombres lo apretara contra la pared y le pusiera una espada en el cuello.

- ¡Cállate, gañán, que te rebaño el cuello, y no vengas con que tu amo no está que hace horas que esperamos y nadie lo vio salir! ¿Donde está?

- ¡No sé, no sé, os llevaré a recorrer la casa si queréis, acá no hay donde ocultarse, pero no me hagáis daño, que sólo soy un servidor, no sé que cuenta tenéis con el caballero, pero yo soy inocente!- y gritaba esto a voz en cuello para ser oído de su amo.

- ¡Está bueno, pero ve delante y no hagas nada que no lo cuentas!

A todo esto don Álvaro había permanecido en su puesto de observación en lo alto de la escalera. Su primera reacción fue acudir

en ayuda de su escudero, pero cuando llevó la mano al costado echó en cuenta la falta de la espada y se quedó maldiciendo interiormente a su suerte y a Trotaconventos, y comenzó a buscar desesperadamente con la vista algo con que armarse, pero fue inútil, tan desnuda estaba la casa, y ya no tuvo tiempo para más, los esbirros subían la escalera llevando del cuello a Florisbelo que estaba tan pálido del susto que brillaba en la penumbra. Cuando llegaron arriba uno de ellos atontó a Florisbelo con un golpe de empuñadura en la cabeza y se lanzaron a recorrer la casa cada uno por su lado, espada en mano.

- *¡Esta casa es peor que una cárcel, ni muebles ni perchas, ni candelabros, como puede este vagabundo meterse con una dama de alcurnia!*- dijo uno.

- *¡Calla, que no es asunto nuestro, y te come la envidia, que yo he visto como miras a la dama esa, que te la comes con los ojos!*

- *¡Que no te metas tú en la mía, que yo miro a quien me da la gana, y no necesito de dama alguna que muy bien me arreglo con la mora Moriana!*

- *¡Sí, sí, tú y unos cuantos más, y ya calla y aguza la vista que en esta penumbra puede estar escondido en cualquier lado, de tan cobarde que es el tal señor de Lanz, que a todos esos caballeritos, les daría yo por el culo, que es lo que les gusta, ja, ja, ja!*

- *¡Y a ti también, a lo que parece, jo, jo, jo!*- rió el otro que había quedado picado.

- *¡Oxte puto, que se te ha torcido la boca; y te la arreglo de un planazo!*

- *¡Que no faltará la oportunidá, pero ahora a lo que vinimos, mira bien y cierra el pico, que no se escape el caballerito, que debe estar bien escondío, como le gusta a él y a los de su clase!* – y diciendo estas cosas desparramaron y despanzurraron alevosamente las escasas pertenencias del caballero y su escudero- *¿Y así vive un caballero? ¡Pues a mí déjame en lo llano, que mejor vivo yo que éste!*

- *¡Aaahhh, que jedentina tan repunante sale de este cuarto, que parece que aquí crían cerdos!*- dijo el que se había asomado a los altos, esforzó la vista en la penumbra y luego retrocedió, asqueado.

- *¿Has mirado bien?, ¡buen rezongo nos hemos de llevar si se nos escapa!*

- *¡Que no está, te digo, ya lo encontraremos otra vez, que las moscas vuelven a la torta hasta que les arreas un buen trapazo!*

- *¿Qué hacemos con el criado, que está como muerto?*

- *¡Pues ganas me vienen de darle al escudero la cuchillada que prometimos al amo, para no hacer el viaje de balde!*

Temblaba Florisbelo al escuchar estas palabras, pero mantuvo la inmovilidad mientras uno de los sujetos lo movía con el pie. Un hilo de sangre le corría por la sien abajo. Lo pinchó con la espadilla en la espalda ante lo cual el escudero sobresaltado no puedo reprimir un quejido.

- *¡Pues mira que rápido resucitó este muerto!*

- *¡Bah, déjalo, que entre el golpecito y el susto ya está más muerto que vivo! ¡Oye, palurdo, dile a tu caballerito que no se arrime nunca más a la dama de marras o le alegraremos la vida con una sonrisa de oreja a oreja, si no termina con unas cuantas puñaladas tirado en cualquier arroyo!*

- *¡Y más vale que se pierdan de una vez, que ya nadie los quiere por estos rumbos! ¡Váyanse mientras pueden, que de aquí a un par de días volveremos y no habrá lugar en Hita dónde puedan esconderse!*

El esbirro completó el efecto pasando la espada ante los ojos aterrados de Florisbelo. Luego, satisfechos, riendo y comentando alegremente el éxito de su algarada salieron por la calle abajo sin volver la vista, erguidos, orgullosos y con grandes aspavientos.

- *¡Señor, señor, dónde estás!*- preguntaba Florisbelo mientras subía medio atontado la escalera. En eso vio emerger de las sombras a don Álvaro.- *¿Estás vivo, me alegro, pero, donde estabas mientras a mi me picaban como a un fiambre?*

- ¿Y qué podía yo hacer si estoy desarmado? Estaba atento a lo que ocurría, ¡si tu vida hubiera corrido peligro habría corrido a ayudarte con mi puños, si no encontrara otra cosa!

- ¡Sí, claro!, en fin... me alegro que estés entero,¡pero hueles y no a rosas!

- ¡A ti te lo debo, que no hay fuerza ni amenaza capaz de convencerte de que limpies el común! Aunque esta vez creo que debo la vida a tu descuido y holgazanería, los secuaces de don Ximeno retrocedieron mientras yo me sumergía bajo un poyo, en el rincón más oscuro y maloliente...

-Je, je, je...- comenzó a reír por lo bajo Florisbelo, solapadamente, hasta que no pudo reprimir la risa y ja, ja, ja, franca, sonora, confianzuda- *¡disculpa señor, es difícil no reír, nos hemos salvado de una buena, y todo gracias a esas extrañas charreteras que luces en la casaca!*- y jua, jua, jua, la carcajada incontenible, y el caballero que no podía evitar reír también, aunque ya medio picado, y *"¡basta insolente, antes que te estropee los belfos así aprendes mejor a burlarte de tu amo!"* y el escudero *"perdón, que son los nervios"*, y que sería mejor que se quitara la ropa que se la iba a lavar porque no le habían dejado camisa sana y tendría que esperar a que secara la que tenía puesta.

Un rato después refunfuñaba todavía el caballero envuelto en una manta hecha jirones, mientras su criado con la cabeza vendada trajinaba con su ropa en la pila del patio, la cual revolvía mientras iba echando lejía y agua caliente.

- Amo, las cosas se están poniendo difíciles por aquí. Creo que es mejor ir levantando el campamento antes que nos caiga la desgracia...

- ¿Desgracia, desgracia dices, cuando he alcanzado la mayor fortuna que un hombre puede alcanzar?

- Entiendo las cosas del corazón, señor, que yo también las he sufrido, pero has contraído deudas que no puedes pagar, y nos siguen los esbirros de don Ximeno y las habladurías de la gente, que sois comidilla en todos lugares donde se reúnen dueñas a desollar cristianos, y la conversa pronto llegará a oídos de la justicia, ¿cuánto crees que demorará la Santa Hermandad en venir por nosotros en defensa de las buenas costumbres

y la moral de estas hipócritas gentes? Y eso sin contar las leyes, que hay edictos contra los vagabundos y la gente sin trabajo y sin vasallo...

- *¡Vagabundo yo, un hijodalgo que me gané mis blasones en el campo de batalla, caballero de la Orden del Temple...*

- *¡No lo digas en voz alta, que los caballeros que decís no son bien vistos hoy en día!*

- *... y señor de Lanz por mi padre!*

- *¿Que no eras segundón?*

- *¡Y ya verán esos malditos de que es capaz un caballero!*- y olvidando su desnudez se puso de pie y llevó la mano al costado, sólo para caer una vez más en la cuenta cuán inerme y desarmado se encontraba.

- *¡Más poder tiene hoy el dinero, señor, que los tiempos están cambiando, y no estará mal advertirlo! Además no es ante mí que tienes que defenderte y justificarte, pronto volverán los asesinos, y también vendrá la justicia, y quien sabe que más, ¡por nuestra vida, debemos hacer algo, y rápido!*

- *¡Bien, ya calla y déjame pensar, que no estamos en las carnestolendas para que te creas con derecho a decirme cualquier dislate, como hacían los criados romanos con sus amos! ¡Saldremos de ésta, como de otras, como que me llamo Álvaro de Lanz!*

Y allí se quedó el caballero, cabizbajo, pensativo. Entendía las razones de su escudero, pero una fuerza poderosa lo retenía en Hita, y al mismo tiempo no consideraba digno que un verdadero hombre de armas se viera en aquellos predicamentos.

Unos golpes en la puerta lo sacaron de su ensimismamiento. Arrimó un ojo Florisbelo a la mirilla y dijo que era la vieja.

- *¡Abre, abre-* gritó desde el piso de arriba el caballero- *sin duda trae noticias de mi amada! ¡Pasad, pasad gloriosa señora mía, vuestras palabras son bálsamo para mis heridas, que más duelen las del alma que las del cuerpo!*

Le miró con sorna Trotaconventos, a quien como se ha dicho le resbalaban las palabras y fue directo a los hechos.

- *Alguien que os quiere bien y se preocupa por vos, al tanto de algunos hechos, me encargó que os entregara esto...* – dijo, y sacó de entre sus ropas un largo objeto envuelto en tela que alcanzó al caballero. Lo desenvolvió éste presurosamente y allí estaba la espada prendada. La asió con fervor y le dio de besos, olvidando al punto la manta que cubría sus desnudeces, la que cayó a sus pies exponiéndolo al natural a los ojos de la tercera, quien lejos de desviar la mirada o afectar falso pudor soltó una carcajada al tiempo que lo miraba descaradamente.

-*¡Señora, que no conviene a vuestro decoro y al mío...!*- alcanzó a decir don Álvaro mientras trataba de recuperar la manta sin abandonar la espada.

- *¡Descuida caballero, que os puedo asegurar que ya lo he visto todo en este mundo!*- contestó ésta- *Ya veo por qué doña Elvira está tan prendada de vos, esbelto cuerpo el que tienes, y bien proporcionado, ja, ja, tiempo hace que no veía uno tan joven y gallardo, que a mis años poco puedo esperar... pero en mis años jóvenes, ah, solía enloquecer a los mozos, que yo era su tema donde quiera que iba, y muchas fiebres de mayo he provocado, de esas que solo se curan con mucha cama!*- y reía a carcajadas, muy a su gusto con la situación que enrojecía a don Álvaro y provocaba también la risa de Florisbelo, quien le decía que no se acongojara, que no era Trotaconventos mujer melindrosa, y que había regenteado el mejor prostíbulo del que se tuviera noticias en Hita, y que dondequiera que iba se la conocía y reconocía, si bien todos disimulaban.

- ¡*Es más*- dijo Trotaconventos ya lanzada-, *si entre cien mujeres voy y alguien grita "¡Puta vieja!" alegre doy vuelta la cara y respondo que por tal me tengo y me mantengo!*

- *Me doy por enterado*- dijo el caballero, ya recompuesto y cubierto a medias-, *¿y cómo podré pagaros por este bien que me haces al devolverme mi espada?*

- *Ya está pago, caballero, que si esperara por vos... me manda doña Elvira, quien no desea que te veas desarmado e indefenso ante vuestros enemigos, que creedme son muchos y poderosos, al menos aquí en Hita.*

Ella me ha pagado vuestra deuda, y con generosidad, tanto que aún queda un saldo a vuestro favor...

- ¿Doña Elvira me la envía? ¡Oh, Dios, me siento humillado, no sé si aceptarla!

- Mejor aceptas, no es la primera vez que cubre vuestros gastos...

- ¿Qué dices, deslenguada, insinúas que ella me ha estado manteniendo?

-¿Vas a esgrimir tu espada contra una mujer, y anciana por añadidura? Sólo os digo la verdad. ¿Acaso pensabas que con un par de anillos y una cadena demediada ibas a pagar los banquetes que os habéis dado y los trabajos que me he tomado? ¿De donde crees que sale el pienso y el alojamiento de tu caballo?; y ahora mismo me ha mandado saldar la cuenta con tus caseros. Y por favor ten la manta en alto, reserva el espectáculo para alguien más joven y que pueda disfrutarlo...

- ¡Tiene razón Florisbelo, esta situación debe terminar, no soy digno de ella! Pero, ¿qué puedo hacer?

- Por lo pronto quiere que os lleve a su presencia... -acotó Trotaconventos.

-¿Cuándo?

- Hoy mismo. Su tutor se ha ido a sus negocios y no volverá hasta mañana. Pero debes andar con cuidado, ha dejado a dos de sus hombres vigilando la casa, creo que son los mismos que os han hecho andar por los altos...

- ¡Ah, miserables, que con mi espada nada tengo que temer de ellos ni de nadie!

- Retened vuestro ímpetu que sólo vas a empeorar las cosas. Ella saldrá sin ser vista al patio de frutales y yo os llevaré a su presencia por una puerta lateral enrejada y disimulada entre las enredaderas de la tapia. No es posible que te encuentres con ella como quisieras porque la llave sólo la tiene don Ximeno y no se la cede a nadie, pero podrás hablarle, creo que tiene cosas importantes que decirte.

- ¡Ya mismo, llévame a ella!

En cuanto dijo esto cayó en la cuenta nuevamente de su desnudez actual. Su ropa estaba aún empapada, y los esbirros de don Ximeno no le habían dejado prenda sana, creyó que la desesperación lo enloquecería, ¡hasta las cosas más pequeñas se volvían en su contra!

- *¡Tranquilo, que debemos esperar que anochezca! Aún tienes una hora. Yo os conseguiré alguna ropa, aunque no será de caballero...*

- *¡Importa poco, que ardo en deseos de verla nuevamente! ¡Esta misma noche se definirá nuestro futuro!*

- *Así sea. Parto, y regreso en una hora con lo prometido.*

XII. Donde se cuenta como todas las cosas humanas tienen su principio y su fin

- *¡Amada mía, ya desesperaba por volver a verte, el mundo entero se ha puesto en contra nuestra!*

- *Ya lo creo, están las cosas más difíciles de lo que crees. Veo que te has disfrazado convenientemente.*

Hizo un gesto de resignación don Álvaro, quién no se había disfrazado voluntariamente, aunque se sentía ridículo en las ropas que le había conseguido Trotaconventos: unas calzas verdes muy ajustadas, que según le comentara con buen humor Florisbelo "resaltaban su hombría", unos tamangos de campesino, un jubón gastado y un sombrero, "gascón" le había dicho la vieja, que se le atornillaba extrañamente en la cabeza. Las manos unidas a través de la reja suspiraban los enamorados, aunque él creyó ver en sus ojos una chispa burlona, una risa interior, que lo escocieron un poco, aunque lo atribuyó a su descoordinada vestimenta.

- *¡Debes partir!-* continuó Elvira- *¡Tu vida corre peligro si permaneces en Hita!*

- ¡No partiré sin vos, aunque tenga que matar al mismísimo Ximeno Ximénez!

- ¡No harás tal, que me dejarás desvalida, sin protección y sin hacienda! ¡Además don Ximeno tiene amigos poderosos, el alcalde y el Comendador lo apoyan y le han dado carta blanca para que haga con vos lo que quisiere!

- ¿Cómo sin hacienda, no administra él lo que te pertenece?

- ¡Pues lo que me pertenece es nada! ¡Mis padres no me dejaron un mísero sueldo, solo deudas y una tierra sin ningún valor de tan abandonada que estaba! ¡Me aguardaba el convento, en el mejor de los casos!

- ¡Huid entonces conmigo, nos iremos lejos y nos casaremos en secreto!

Esto dijo don Álvaro mirándola fijamente, con expresión enajenada, dispuesto a todo. Lucía ella hermosa como nunca, su blanco rostro enmarcado en aquella negrísima cabellera que tanto le gustaba, resplandecía como una luna en la noche oscura. Pero una risa breve, casi sarcástica le contuvo, le sobresaltó, le devolvió a la realidad, más allá de todos sus sueños.

- ¿Por qué razón señora mía os reís, acaso os parecen graciosos mis sentimientos...?

- Es que terminas de hacerme la propuesta más disparatada que ha hecho hombre alguno... ¿cuán lejos crees que llegaríamos con los hombres del Comendador y los de don Ximeno tras de nuestros pasos? Además, sois un caballero sin fortuna y sin feudo, ¿te imaginas cargando conmigo sin recursos, escondidos, perseguidos, con la vida pendiendo de un hilo, a lo Tristán e Isolda?

- ¡Os ofrezco a cambio un amor que no conocerá pausas ni treguas!

- Ah, eso no lo dudo, que me has dado abundantes pruebas... pero recapacita, no es vida para mí, y para vos pronto sería una carga, un peso muerto que llevarías como una condena por la vida... ¡llegarías a odiarme!

- ¡Mi amor es eterno, nada podrá cambiarlo ni amatarlo!

- ¡Ah señor caballero, que poco conoces la naturaleza humana! Mira, seré honesta con vos: os amo, pero mi lugar está aquí, en esta casa, en estas tierras. Me casaré con don Ximeno, yo no tengo más pariente que él, y él no tiene más parientes que yo. ¡Un día todo cuánto posee será mío! Ese día seré libre, y rica, y si aún me amáis...

- ¡Muy largo me lo prometéis!

- Es cuánto puedo por ahora...

- Pero... ¿y vuestra vida no vale nada acaso, no viviréis con terror de que ese villano sepa que fuiste mía antes que suya?

- ¿Correr peligro mi vida? ¡Oh no, nada de eso, don Ximeno me ama más que a su vida! ¡Lo hubieras visto anoche mismo, se arrastró a mis pies ofreciéndome el oro y el moro para arrancarme una promesa! En fin, que le di palabra de matrimonio a cambio de que olvidara el pasado y os permitiera partir, pero debes hacerlo cuánto antes, no estoy segura de que cumpla, os odia demasiado, debes entenderlo, ¡has disfrutado de balde lo que a él le cuesta su honor y su hacienda!

- Señora, ¿cómo puedes hablarme así? ¡Si hasta parece que desearas mi partida! Y mi vida se queda con vos...

Sus ojos debían engañarlo, le pareció advertir un mohín en su rostro, como un gesto de fastidio.

- ¡Debo irme –dijo-, *la dueña que me acompaña es quien nos ha vendido! Está trajinando en la cocina, pero en cualquier momento extrañará mi ausencia y saldrá a buscarme. ¡Adiós caballero mío, don Álvaro, no me olvides!*

Se arrancó de sus manos, lo miró fugaz pero intensamente, después hizo un último gesto de despedida, se volvió y corrió hacia la casa. Esas fueron las imágenes que don Álvaro guardó en sus retinas para siempre: aquella última mirada: profunda, amorosa, irónica, indescifrable, luego su ondulante cabellera negra, su vestido rojo como una flama entre los árboles.

Entendió que ya nada tenía que hacer allí y desprendiéndose de la reja emprendió cabizbajo el camino de regreso.

- ¿Dónde iremos ahora, mi fiel Florisbelo?

- Me he tomado la libertad de juntar las pocas cosas que nos quedan, vuestra lanza y vuestro armadura las recuperé de casa del Arcipreste y las dejé donde nuestra cabalgaduras, debemos hacernos cuanto antes al camino, ¡hasta las piedras queman en Hita!

- Fuerza es hacerlo, pero antes debo pasar por casa del Arcipreste, que es de hombres de bien ser agradecidos...

- Ya es de noche, creo que podremos llegar sin ser vistos, para ello debemos movernos con sigilo y convenientemente embozados.

- ¡Ah, es absurdo que yo, caballero de los caminos de Santiago, miembro de la orden del Temple, señor de Lanz, defensor de humildes y afligidos, siervo confeso de Amor, deba emprender el incierto camino bajo amenaza, desairado, a escondidas, como un villano cualquiera!

- Pues el camino y el tiempo curan las heridas, que habrá otras villas y castillos donde caballeros jóvenes y de buen parecer, como vos, sean bien recibidos, y lejos del peligro de las batallas podrás medrar en torneos y en placenteros ejercicios de salón, donde los caballeros son premiados por hermosas damas. Entiendo que algo del arte poético has aprendido con el Arcipreste en las horas lentas de la huerta...

- No lo suficiente para lucirme entre trovadores de verdad.

- No olvides que fui comediante y domino las artes musicales, practicaremos por el camino y ya verás que en algún tiempo serás uno de ellos, ¡y con vuestra juventud y apariencia harás el resto!

- No te creo, pero al menos eso hará más corto el camino, amenizará las noches junto al fuego...

- ¡Así se habla! ¡Y si queremos que sea cierto, debemos partir lo antes posible!

- Antes vamos a casa del Arcipreste. Creo que esta noche voy a embriagarme y mañana partiremos temprano, antes del amanecer.

XIII. Última noche en Hita

Ya reunidos con el Arcipreste, preguntaba éste ansiosamente si alguien los había visto llegar. Las cosas no le iban nada bien. Persecuciones del Arzobispo que le recriminaba insistentemente por lo que llamaba "su desarreglada vida de seglar". Nubarrones de intolerancia y prejuicio se aproximaban. Para empeorar las cosas el "mal de Nápoles", la peste negra, llegada del Oriente, se extendía por Europa, y no pocos acusaban a la corrupción reinante en la Iglesia como causante de la misma; era el castigo que se merecían por haber convertido el sacerdocio en un ejercicio de prevaricación y lujuria. Monjes enajenados como los que ellos mismos habían visto antes, resentidos y vengativos recorrían los caminos con su corte de seguidores, acusando a unos y otros de herejía, brujería, simonía, sodomía, y ¡cuidado aquél sobre el cual depositaran su mirada y su ira, casi seguramente terminaría en la hoguera! El populacho embravecido buscaba culpables por cualquier lado, cualquier ordalía servía para prevenir males mayores.

- *¡Deben partir mientras pueden-* les dijo- *antes que les alcancen persecuciones mayores! ¡Aunque no es fácil escapar, la peste, como los tártaros en otros tiempos, nos cerca por todas partes!*

- *Lo entiendo-* respondió don Álvaro-, *partiremos antes del amanecer, he venido a despedirme de vos, y a compartir una última copa de vino. Si fuera por mí permanecería para siempre en Hita sin importar el riesgo, pero mi amada quiere que parta, y no es de caballero desoír su voluntad y mandato... ¡quizás el destino nos vuelva a unir!*

- *No contaría con eso-* dijo el Arcipreste-, *la experiencia me dice lo contrario: "fugit irreparabilis tempus".*

Sirvió abundante vino, luego tomó su laúd y entonó, tristemente:

"La salud y la vida muy pronto se van,
En un punto se pierden y ya no volverán;

Mirad que no sabéis si mañana estarán
Aquellos que os aman, o si por vos llorarán". *

Vete sin mirar atrás, "Carpe diem", como dijo el poeta latino, "atrapa el día". Si no veme aquí, entre el Arzobispo y la peste presiento que mis días están contados, pero poco importa, no desandaré mis pasos, cada momento valió la pena...

Rasgó el instrumento y volvió a cantar:

"Pobre de mí, ¿escaparé? Miedo tengo de ser muerto,
A todas partes miro y no puedo hallar puerto;
Toda mi esperanza es ahora desconcierto:
Sólo puede salvarme quien me trae penado y yerto". **

El arzobispo me condena, Amor me abandona, la muerte me cerca. En estas coplas, como Ovidio, cifro todas mis esperanzas de salvación y mi gloria futura.

Era notorio el abatimiento del Arcipreste.

- ¿Tan mal están las cosas?

- Aún peores, que a vos nada os ata, pero yo tengo aquí mis raíces, todo cuanto poseo... ¡parte, parte tú que puedes y no mires hacia atrás!

- Pero... ¿cómo podré olvidar este amor, como podré entregar resignadamente a mi amada a los brazos de ese hombre mucho mayor que ella, de ese abusador y pervertido?

- Mira caballero, hora es que dejes caer la venda de Amor, no es tan malo don Ximeno, tiene sus pecadillos, claro, pero el mayor es amar tanto a esa muchacha tan avisada e ingeniosa, que lo lleva y lo trae como a toro de las narices, que ella hace con él lo que quiere, por ella pena y muere cada día, por sus andanzas y sus engaños, y todo lo perdona a cuenta

---

* *Op.cit. vs. 532-535.*

** *Op. cit. vs. 536-539.*

de la promesa de un matrimonio que convenientemente estira ella para mantenerlo sojuzgado.

- ¿Que no es ella mujer pura y tierna de corazón me dices?, ¡pues yo la tuve virgen, y maldito sea y conmigo se bata a muerte quien afirme lo contrario!

- ¡Tranquilo, señor caballero, que soy hombre de Dios, y enemigo de peleas y juramentos! Pues mira, no hay daño que no se repare ni roto que no pueda coser Trotaconventos... – y rió tras estas palabras recuperando momentáneamente el buen humor. Las mismas resultaron en cambio misteriosas para don Álvaro quien afortunadamente para el Arcipreste no las asoció con las que éste le había dicho tiempo atrás: "*cientos de virgos ha hecho y deshecho en esta ciudad*", pero de todas formas tenía una expresión de furia que le oscurecía el rostro.

- ¡Calma, señores, calma!- interrumpió oportunamente Florisbelo- *¡son bromas del*

Arcipreste, don Álvaro, y debes aceptarlas y reír de ellas, que no hay hombre que haya perdido la cabeza por una mujer que no las haya sufrido y soportado! El Arcipreste es nuestro amigo, y el único que tenemos por estas tierras...

- No lo he olvidado- dijo el caballero-, *pronto partiré, no quiero causaros más problemas, ni a vos ni a ella, pero la altura y perfección de mi dama...*

Unos golpes en la puerta posterior de la sacristía interrumpieron esta disquisición.

- Señor Arcipreste, que soy yo, Lázaro, tengo algo importante que deciros...- dijo una voz que pretendía ser discreta.

- Es mi pregonero, Lázaro, no temas, es de confianza y me presta importantes servicios.

- Él y su mujer también- le dijo por lo bajo Florisbelo a su amo cuando el sacerdote acudía a la puerta.

- Calla, que no es de hombres agradecidos murmurar de sus benefactores.

- ¿Y no eras vos el que hace un momento casi lo toma por el cuello?

Se encogió de hombros el caballero en el momento en que el Arcipreste introducía a una persona en la habitación.

- *Éste es Lázaro, mi servidor, mis oídos y mis ojos. Escucha lo que tiene para decirte.*

Era éste aquel hombrecillo que nuestro caballero había conocido el mismo día que vio por primera vez a doña Elvira. Vestía modestamente, a la manera de los siervos, con calzas cortas y camisa parda, no demasiado limpias. Les sonrió a manera de saludo y mostró la falta de varios dientes y cicatrices antiguas en torno a la boca y en las mejillas.

- *Tengo entendido que estás enemistado con don Ximeno Ximénez, por razones que ambos sabemos, pues bien, si es así vuestra vida está en serio peligro, como que dos de sus hombres, los más rudos, os esperan en la esquina, escondidos bajo un portal. Es gente de la Corte de los Milagros, que ahora medra bajo su protección y tienen campo abierto para sus atropellos, esquilando campesinos...*

- *Esquilmando querrás decir* – corrigió Florisbelo.

- ... *bueno, eso-* continuó el siervo-, *apretando viudas y huérfanos hasta dejarlos sin recurso alguno, y dando rienda suelta a todos sus vicios y mala entraña...*

- *Por favor, termina lo que vienes a decir-* le interrumpió el Arcipreste-, *y deja el resto para otra oportunidad.*

-*:... es que si me interrumpís todo el tiempo... bueno, que los escuché hablar en la taberna, oí que mencionaron al Arcipreste y me pareció que algo sucio maginaban, así que los seguí hasta aquí y vi que se apostaban en la esquina mirando hacia esta casa, entonces entré a la mía y por los fondos, que están comunicados con la sacristía para que mi mujer y yo mejor podamos servir al amo me vine a poneros sobre aviso...*

- *¿Estás seguro?*-le apremió el Arcipreste- *me parece que llevas algunas copas de más...*

- *El vino es mi compañero desde muy niño, nunca me engaña si yo no quiero, y os puedo asegurar que oí muy bien vuestro nombre, y estaban de muy mal humor porque hace frío y quieren volver a la taberna*

y aseguran que esta vez no se escapará no sé que caballero de pacotilla. Eso decían entre trago y trago mientras prometían tantas y cuántas puñaladas y otras maldades relacionadas con una parte del cuerpo que siempre paga las culpas del resto...

- Es a mí a quien buscan, no hay duda.

- Así es señor,- respondió Lázaro*- y os aconsejo que abandones la ciudad cuánto antes.*

- ¡Tú también! ¿Y por qué debería hacerlo, si no he cometido crimen alguno?

- Perdonadme la franqueza, caballero, pero vuestro asunto con doña Elvira anda en todos los corrillos de la ciudad, ya se cantan coplas. ¿Quieres oír una?- y sin esperar respuesta entonó con su voz ronca de pregonero:

"Muy contento el caballero
Sube y baja la ventana
De un dama muy guardada
Que no le niega nada

Crecen cuernos a su tutor
Mientras ella se refocila
Con su caballero pobre
Gran señor de las pocilgas"

- ¡Basta, es suficiente pícaro, si no quieres perder los pocos dientes que te quedan!

- ¡Don Álvaro, no castigues al mensajero! -intervino el Arcipreste- *¡Así son en Castilla las cosas del honor! ¡Vox pópuli, vox Dei, por tu decoro y el de la dama es mejor que dejes el campo, ésta es una batalla que no puedes ganar, sólo puedes terminar muerto y agregar más maledicencia al nombre de tu querida!-*

- ¡Cuánta insolencia, cuanta maldad y envidia; nos iremos esta misma noche, ya lo había decidido, pero antes debo saldar una cuenta!

¡Así que señor de las pocilgas, eh, ahora verán quien es el caballero de Lanz!- y diciendo estas palabras airadamente desenvainó la espada con gran sobresalto del Arcipreste y de Lázaro. Al advertirlo don Álvaro los tranquilizó- *¡Que no es con vosotros la cosa, sino con esos esbirros que me aguardan emboscados! ¡Florisbelo, sal sin ser visto, ve por mi cabalgadura y la tuya, cárgalas y encuéntrame en el corral que está a la vuelta de esta calle!*

Esta vez su tono imperioso no admitía réplica, bien lo sabía su criado. Se volvió hacia el Arcipreste.

- Don Juan Ruiz, Arcipreste de Hita, fue un placer conoceros, os debo y me debéis, demos nuestras cuentas por saldadas. Quizás volvamos a encontrarnos...

- No lo creo, caballero. Se acercan tiempos terribles, para Hita y para mí- su voz adquirió un dejo plañidero, el caballero advirtió en su rostro y su gesto una infinita pesadumbre y malos presentimientos

- ¡Vamos, si vos siempre tan alegre y animoso ōs dejáis abatir de esa manera, pensad en mí, que ahora me voy a la aventura, dejando aquí mi único bien, el más preciado, y me voy sin nada, sin amor, sin patria, sin señor y sin soldada, sólo me aguardan el camino y quien sabe cuántas penurias hasta encontrar un lugar en el mundo para mí, si es que existe!- las palabras brotaron torrentosas, cálidas, como una expiación de la boca del caballero.

- Pues te llevas más de lo que a mí me dejas... pero aguarda un momento, tengo algo para ti...- buscó en un cajón y extrajo una bolsa que agitó a los ojos de don Álvaro haciéndola tintinear.

- ¿Y que tiene que ver esa bolsa conmigo?

- Son unos dineros que os envía doña Elvira, mujer generosa como pocas, lo hace porque os quiere bien y desea...

Retrocedió espantado el caballero poniendo los ojos en alto y una mano en el pecho, y agitó la otra rechazando enérgicamente el ofrecimiento.

- ¿Qué es esto, acaso soy un don nadie o un rufián para aceptar dinero de una mujer a la que he amado? ¿Qué significa ésta bolsa, es una

limosna, un pago por mis servicios... o algo aún peor?- y en éste punto la voz se le quebró en un sollozo.

- *¿Peor?-* preguntó el Arcipreste.

- *¡Así es, un... soborno, para que le deje el campo libre!*

- *¡Señor, don Álvaro, no lo tomes así! La dama sólo quiere vuestro bien, considéralo un préstamo, lo devolverás sin duda cuando la Fortuna toque tu puerta, lo que ocurrirá más temprano o más tarde, ¡estoy seguro!*

- *¿Qué puerta tocará Fortuna, si no tengo ninguna?* - respondió el caballero entre gemidos, y luego recomponiéndose- *No puedo aceptar la dádiva, pero venga vuestra merced acá, que deseo estrecharos en un abrazo. Si no volvemos a vernos, quiero que sepas que os considero un amigo y que nuestros pecados, aunque escandalicen al mundo, no me hacen a mí un mal caballero ni a vos un mal fraile. ¡Pocos como tú saben dar consuelo y abrigo a quienes lo necesitan, hombres o mujeres!*

- *Cada uno es como es-* dijo el Arcipreste- *y sólo Dios sabe por qué.*

- *"No escudriñarás al Señor", te lo oí decir en uno de tus sermones....*

- *Así es verdad como fue dicho.*

Se apretaron estrechamente, en silencio. Cuando se separaron el caballero se volvió hacia Lázaro:

- *Condúceme ahora por los fondos, no quiero que me vean salir de la casa del Arcipreste.*

Y el Arcipreste se quedó lamentando la triste suerte de su amigo y la suya propia mientras don Álvaro, espada en mano, se precipitaba tras de Lázaro.

Un momento después, por un callejón de tierra con olor a estiércol e iluminado por una redonda luna de sangre, el caballero salía a la calle y sigilosamente desandaba el camino hacia la sacristía. Al llegar a la esquina se mostró de golpe tras los dos hombres arrebozados que lo aguardaban semiocultos bajo las sombras de los saledizos.

- *¿Me buscaban? ¡Acá estoy, ahora sabrán lo que es el honor!*

- *¿Qué dijo éste, el honor o el olor?-* respondió uno de aquellos cuando se hubo recuperado de la sorpresa, empuñando su espada ancha y corta de rufián.

- ¿Así que vosotros malandrines invadisteis mi casa y en mi ausencia mancillasteis mi nombre y mi enseña? ¡Ahora veréis quien es el Caballero de Lanz!

- ¡Sabemos perfectamente quien eres, Señor de Malolor y Sinblanca!- respondió el otro y enarbolando sus espadas se separaron tratando de colocarse a ambos lados del caballero. Pero en lances similares se había visto éste, y para algo debían servirle ahora sus largas horas de entrenamiento en el patio de su casa paterna y con los hombres del Conde de Barcelona. Se dirigió a uno de ellos tirando un par de golpes ampulosos para alejarlo unos pasos del otro, luego giró de golpe parando la artera estocada que le dirigía el que había quedado a su espalda, con el mismo movimiento su espada describió un giro y se impulsó hacia delante hiriendo seriamente a su contrincante en mitad del pecho. Liquidado éste se volvió hacia el otro que solo no era rival, un par de tiros y la espada voló a la vez que el hombre se tomaba el brazo del cual manaba un chorro de sangre y emprendía carrera calle abajo. El caballero no quiso seguirlo.

- ¡Ahora que sabes bien quien soy que el diablo se ocupe de ti!- le gritó, e ignorando los gemidos del herido volvió sobre sus pasos, dobló la esquina y protegido por las sombras de un árbol se sentó en la puerta del corral a esperar el regreso de Florisbelo. La luna sangrienta del anochecer se iba poniendo ahora amarilla y subía lenta hacia el cenit. Así en el ánimo del caballero la efusión de la venganza iba dejando lugar a una sorda desesperación. Su mirada distraída, ensimismada, advirtió entonces unas luces rojas, como de incendio, que aparecieron sobre el horizonte y le pareció oír unas voces lastimeras que se alzaban apenas audibles desde el fondo oscuro de la noche. *"Un incendio-* pensó-, *alguna vela caída habrá provocado una tragedia".*

De estas preocupaciones le sacó la llegada de Florisbelo, quién se presentó a lomos de su mula, trayendo de la rienda al caballo de don Álvaro, con la lanza, el escudo y la coraza colgando a un costado.

- ¡Ah, mi buen amigo, volvemos a los caminos!- dijo extendiendo su mano para tomar la rienda. Cuando puso su pie en el estribo el caballo

se movió de costado evitando el contacto- *¿Qué ocurre?-* preguntó en voz alta-, *¡aaah, ya entiendo, qué fácil se acostumbran hombres y bestias a la buena vida! Pues lo siento, volvieron los tiempos difíciles...-* y diciendo esto tomó impulso y de un salto se enhorquetó sobre el lomo.

- Id haciendo camino despacio caballero, debo regresar a casa del Arcipreste a buscar algunas cosas- le advirtió su escudero-. *Espérame por favor en la encrucijada, y a propósito, ¿has decidido ya el camino que vamos a tomar?*

- Pues... pensé en dirigirme al país de los francos, pero dime, ¿no te arriesgas demasiado volviendo a casa del Arcipreste? No tardarán en ponerse tras nuestros pasos, más aún después del lance que acabo de tener...

- Tienen algo más importante en que preocuparse, me dijo el caballerizo que la peste ha llegado a Hita, por ahora está en las afueras, pero muchos juntan sus cosas y se aprestan a huir, quemando lo que dejan, pronto los caminos estarán llenos de gente que escapa de una muerte segura. Debemos tomar la ventaja, porque muchos llevarán la negra peste consigo...

- Apresúrate entonces, por ese y otros motivos debemos partir antes del amanecer. Aunque mi pensamiento vuelve hacia mi amada, con lo que me dices no sé si deba abandonarla en este momento...

-"Allea jacta est" amo, sólo empeoraras las cosas si te quedas. Don Ximeno es hombre de recursos, sin duda le procurará un refugio apropiado, lejos de la ciudad, perdona, pero es más de lo que tú puedes ofrecerle- le respondió el escudero tratando de conformarlo.

- Puede ser- refunfuño el caballero-, *¡pero recuerda que no eres mi conciencia! Ahora ve y regresa rápido, haré camino despacio hasta que me alcances, y ten cuidado, no quiero tener que regresar por ti.*

- No señor – dijo Florisbelo y partió a escape dejando la mula atada al palenque.

XIV. Epílogo

Lentamente avanzó el caballero, y al contrario de lo que aconsejaba la prudencia tomó por la calle principal con el evidente propósito de pasar frente a la casa de Elvira. Los pasos del caballo resonaban sobre la calzada de piedra en el silencio nocturno. Le pareció que alguna gente abandonaba su reposo para asomarse discretamente a las persianas. Bajo la luna redonda y amarilla el caballero andaba una vez más el camino del destierro.

"*Burgaleses e burgalesas por las finestras sone*", recordó. Eran unos versos del Poema del Mío Cid que había oído recitar a un juglar una noche lejana, en una de tantas posadas. Su destierro no prometía gloria alguna, pero al menos su figura en la noche, la lanza enhiesta en el ristre, el escudo embrazado, el casco empenachado sobre su cabeza y la gran cruz atravesada en el pecho debían provocar una fuerte impresión en las personas de pueblo, comunes, que lo veían pasar. Pensó que recuperaba su verdadera naturaleza, se sintió como el último caballero internándose en la noche tras un destino incierto. Cuando pasó bajo las ventanas de Elvira le pareció advertir un ligero estremecimiento de las cortinas, casi adivinó como tantas veces su rostro pálido en las penumbras, deseó que se asomara, pero eso nunca ocurrió. Seguramente desde otra ventana el propio don Ximeno lo observaba con odio. "*Sal, ven a defender lo tuyo*", deseó, pero sin sus esbirros no era nada, no se atrevería nunca a hacerle frente. Con un gesto de desprecio hacia el burgués se dispuso a seguir. En ese momento una sombra blanca aleteó desde la ventana y cayó a sus pies. Con la lanza enganchó la rama de la cual pendía una perfecta flor, y la atrajo hacia sí. Nada revelaba la presencia de Elvira en la ventana. Los maceteros se veían cargados de flores de todos colores. ¿Casualidad o propósito? Lo consideró una despedida, la única posible. Gentilmente inclinó la lanza y la cabeza en señal de acatamiento, colocó la flor entre el peto y

la camisa y continuó su camino. Se sentía muy triste, pero digno, ¿qué otra cosa podía hacer?

Ya en las afueras vio de más cerca el resplandor del fuego en las últimas casas de Hita, era una zona que conocía bien. Para ese lado estaba la casa de Trotaconventos, que había frecuentado en más de una oportunidad. Con el humo y la quemazón se olfateaba la desgracia en el aire. Un escalofrío le corrió por el cuerpo y apuró su caballo hacia el punto acordado con Florisbelo. No pasó mucho tiempo antes que sintiera el galope desacompasado de la mula y apareció su criado, quien extrañamente ufano para las circunstancias se ubicó a su costado. Mostró un saco que pendía de su montura.

- *¡Pan, vino, fiambres y queso, no pasaremos necesidades en el camino!*- dijo.

- *¡Pues ya vámonos*- respondió el caballero- *la noche está llena de fantasmas! ¡No quiero permanecer más tiempo en esta ciudad!*

Asintió su escudero y apuraron sus cabalgaduras rumbo a Guadalajara, alejándose de los peligros pasados, al menos eso creían. No habían avanzado un gran trecho cuando unas sombras recortadas difusamente por la luz de la luna que avanzaban tomadas de la mano como en una danza macabra y profiriendo ayes lastimeros se interpusieron en su camino.

- *¡Como vos dijiste* – exclamó el escudero espantado sofrenando la mula-, *son fantasmas, debemos ir por otro lado, rápido!*

- *¡No somos fantasmas, aunque pronto quizás lo seremos!*- dijo una de las sombras separándose del resto- *¿Es que no me reconoces Florisbelo? ¡Bien que disfrutaste de mi compañía hasta hace muy poco!*

- *¡Elisa, Elisa! ¿Eres tú, qué ha pasado, quiénes son estas gentes?*

- *La peste*- contestó la mujer tristemente-, *la peste nos ha expulsado de nuestras casas, ¡ha muerto Trotaconventos, y con ella otras personas! Entonces vinieron hombres del Comendador, nos echaron a los caminos y prendieron fuego a todo, no pudimos sacar nada ¡el barrio entero está ardiendo, ni los enfermos pudieron salir y se retuercen ahora en medio del fuego!*

- *¡La peste* –exclamó el caballero-, *es el fin del mundo: Peste, Hambre, Destrucción y Muerte, los Jinetes del Apocalipsis! ¡Nada podemos hacer por esta gente, Florisbelo, vámonos ya, la Muerte va con ellos, hasta me parece ver su guadaña!*

- *¡Apenas un momento don Álvaro! ¡Elisa, por el gran recuerdo que me llevo de vos voy a entregarte una última prenda!*

Y diciendo estas palabras el escudero metió una mano entre sus ropas, sacó una bolsa y la lanzó a los pies de la mujer.

- *¡Ten, quizás esto te ayude a sobrevivir... adiós Elisa, adiós, que te quise bien...!*

Y habiendo dicho estas palabras dieron vuelta la grupa y partieron a galope a través del campo.

Poco más adelante retomaron el camino de Guadalajara y anduvieron un buen trecho en silencio, cavilosos, cada uno en lo suyo. El caballero dejaba escapar algún quejido de tanto en tanto mientras recordaba a Elvira, y lo propio hacía Florisbelo pensando en la lujuriosa Elisa, y no era poco el temor que les infundía la peste, y volvían la cabeza de vez en cuando como si alguien los persiguiera. La del amanecer sería cuando oyeron correr agua entre las rocas.

- *Algún arroyuelo hay por aquí cerca, amo, es mejor que busquemos un lugar donde repostar y descansar un poco, que el cuerpo no aguanta más-* señaló Florisbelo.

- *Busquemos algún bosquecillo-* respondió el caballero-, *aunque sea ralo y achaparrado, que no es conveniente en estos tiempos acampar en un lugar donde desde lejos podamos ser observados.*

Asintió su criado y siguiendo el ruido del agua bajaron por una barranca al pie de la cual las primeras luces les permitieron advertir unos cuantos chopos, árboles típicos de la meseta castellana, de los que suelen crecer junto a los cursos de agua.

Luego de dar de beber a las bestias las ataron bajo los árboles, en un lugar húmedo donde crecía bastante pasto, y se dispusieron a comer.

- *¡Por suerte no nos faltará comida en el camino!*- dijo Florisbelo recuperando el buen humor, mientras metía la mano en su bolsa y extraía pan y queso.

- *Ni comida, ni de lo otro...* – respondió parsimoniosamente don Álvaro mirando fija e insidiosamente a su escudero.

- *¿A qué os referís señor?*

- *A la bolsa que has vuelto a buscar a casa del Arcipreste, y que se me ocurre no es otra que la que mandó doña Elvira, y no te atrevas a negarlo porque te conozco.*

-*Ah, eso, pues no voy a negarlo. Iba a esperar que anduviéramos una buena jornada para decírtelo, no fuera que me obligaras a devolverla. ¡La necesitamos don Álvaro, que bastantes privaciones hemos sufrido ya! ¿Pero, cuándo y cómo lo supiste?*

- *Me hizo sospechar tu intempestivo regreso, y lo confirmé cuando le entregaste a Elisa nuestras últimas monedas. Sólo la posesión de una cantidad mucho mayor te hubiera hecho actuar con tanta generosidad...*

- *Veo que vas conociendo a los hombres, en buena hora... Señor, créeme, no te lo iba a ocultar, os estimo, y nos necesitamos mutuamente.*

- *Ya lo sé. Si hubieras querido robarme te hubieras ido en dirección contraria... eres un servidor algo marrullero, pero leal, y por eso te quiero bien. Tú manejarás esos dineros, yo no pienso tocarlos, la sola idea me ofende...*

Asintió enérgicamente Florisbelo, pero al mismo tiempo pensaba: *"¡Pero bien que comerás y dormirás a resguardo gracias a estos dineros! ¡Caballeros, caballeros, que van a liberar el Santo Sepulcro y terminan saqueando tierras de cristianos!"*. Pero en el fondo no creía que Don Álvaro fuera de éstos, conocía su buen natural y su corazón gentil. Y con estas razones se quedaron dormidos.

Ya estaba el sol arriba cuando despertaron y decidieron retomar el camino. Reconfortados de alguna manera por la comida, el descanso y un sol tibio que calentaba los huesos y mitigaba los fríos nocturnos, miraron el mundo de una manera nueva, como si hubieran dejado atrás una etapa y comenzaran otra.

Ya en el camino Florisbelo se dirigió a su amo.

- Debo preguntarte nuevamente adónde vamos, ¿ya lo has decidido?

- Ya te lo dije, iremos hacia el sur, en la ruta del Cid Campeador, pero no entraremos a tierra de moros, las bordearemos en dirección al país de los francos. Esperaremos en alguna posada una caravana de mercaderes, y luego a través de los Pirineos iremos a la región de Oc, en la Provenza. El Arcipreste me habló de las Cortes de Amor, no parece mal lugar, antes bien es el sueño de cualquier caballero. Fiestas galantes, torneos, salones, ¡la buena vida Florisbelo, por fin la buena vida!

- ¡Son veinte días de viaje según me han dicho, veinte largos, agobiantes y peligrosos días, señor!

- Los haremos sin apuro y con mucho cuidado de nuestras personas. ¡Y alégrate, como yo lo hago en este momento Florisbelo, recuerda al Arcipreste, "vive cada día", que son tiempos difíciles, y hay que andar con ánimo la jornada que nos resta!

Corría el año de mil trescientos cuarenta y nueve. Mientras la peste arrasaba Europa grandes cambios se avecinaban en España y en el mundo. En Hita caía enfermo el Arcipreste y según noticias de viajeros, un año después otro sacerdote ejercía su ministerio en la Iglesia de Santa María. Y nada más se supo de él, ni de nuestro caballero ni de doña Elvira. Por esa misma época o quizás un siglo después, ¡hace tanto tiempo! un noble muerto en batalla llevaba en su pecho unos versos que decían:

¿Qué se hizo el rey Don Juan?
Los Infantes de Aragón
¿qué se hicieron?
¿Qué fue de tanto galán,
qué de tanta invención
que trajeron?

¿Fueron sino devaneos,
qué fueron sino verduras
de las eras,
las justas y los torneos,
paramentos, bordaduras
y cimeras?

¿Qué se hicieron las damas,
sus tocados y vestidos,
sus olores?
¿Qué se hicieron las llamas
de los fuegos encendidos
de amadores?

¿Qué se hizo aquel trovar,
las músicas acordadas
que tañían?
¿Qué se hizo aquel danzar,
Aquellas ropas chapadas
Que traían? •

"Fugit irreparibilis tempus"

• Jorge Manrique "Coplas a la Muerte de su Padre"

LA PLAYA DE LA CALAVERA

1. Días tranquilos en Rocha

La joven parejita tironeó de lo que parecía ser la argolla de un arcón de metal que emergía apenas entre la arena y las rocas en un escarpado sector de la costa. No lo pudieron desenterrar ni mover, así que se desentendieron del mismo, bajaron hacia la playa y volvieron contemplando el azul intenso del mar, ligeramente ondeado y aparentemente apacible, pero con corrientes profundas y traicioneras. Las gaviotas se disputaban algún resto de pescado y sobre la franja estrecha se solazaba al sol un grupo de lobos jóvenes, los que apenas levantaron la cabeza para observarlos pasar.

- No hay caso- dijo el joven-, los adolescentes molestan en todas partes... mirá estos lobos jóvenes, los más viejos los echan de la colonia de las islas, y sólo podrán volver cuando estén en condiciones de pelear por un trozo de territorio y unas cuántas hembras...

La muchacha se rió y devolvió un guiño picaresco.

- Pues, si tú hubieras tenido que pelear por mí quizás me valorarías un poco más...

- Yo sí te valoro, y mucho, lo que voy a pasar a demostrarte en este instante- y un segundo después rodaban abrazados entre gritos y risas, con escándalo de las gaviotas y la mirada sorprendida de los lobos.

El día asomaba dorado y azul. El carro pasó como pudo, trepando y bajando entre las dunas, amenazando derrumbarse de costado,

hasta dejar atrás el promontorio rocoso que invadía la playa como la empuñadura de una espada colosal hundida en el mar. Ya en la arena su conductor aguzó la vista hasta dar con el bulto que asomaba entre las rocas, a escasos metros del agua. Habían sido bastante exactas las referencias que le habían dado los muchachos: tercera o cuarta punta rocosa, en la vasta costa que se extiende entre Valizas y el Polonio, un pequeño barranco, donde comienza la desierta y escabrosa Playa de la Calavera.

El hombre descendió del carro, empuñó la pala y se puso a cavar hasta desenterrar el objeto. No era la primera vez que salía en busca de un albur, de algún cajón o bidón que la marea hubiera arrojado hacia la playa, heredero remoto, casi genético de aquellos bergantes que ante el menor indicio de naufragio salían con sus carros, munidos de cuerdas, ganchos y todo lo necesario para rescatar los restos diseminados en la playa. "Buitres" les llamaban algunos, pero aquellos tiempos ya habían pasado, ahora la expectativa era mucho más modesta, y estaba relacionada con alguna "mercadería" que los contrabandistas dejaban semihundida en el mar, señalada por alguna boya, y que luego volvían a recuperar cuando la situación lo hacía propicio. Arrastrados por las corrientes o por alguna tormenta aquellos bultos derivaban a veces hacia la playa, y constituían una módica recompensa para los habitantes permanentes de la costa. "El Canario", que así le decían al hombre, un viejo y robusto trabajador de la zona, había logrado rescatar un par de veces objetos de cierto valor, y desde entonces vivía pendiente de la posibilidad de repetir el hallazgo, aunque una y otra vez se veía frustrado porque los recipientes que llegaban a la playa solo contenían arena y una mezcla de algas y moluscos que les crecían adentro y afuera, protegidos pero a la vez condenados a derivar eternamente por los mares.

Esta vez no pudo abrir el sólido arcón de metal, cuya herrumbre había aherrojado totalmente su superficie, por lo que con bastante trabajo lo alzó y depositó en el carro, cuestionándose si valdría la pena, aunque un raro presentimiento y una inexplicable ansiedad le decían

que no debía abandonar el empeño. Mientras regresaba a Valizas el Canario lo miraba con una mezcla de aprehensión y codicia. ¿Sería ese el golpe de suerte que había esperado tanto tiempo, casi resignado a una existencia que para los demás era "pintoresca", pero para él era más bien mezquina y sin objetivos? Una vez había encontrado un bidón repleto de una sustancia venenosa, posiblemente un agro tóxico, que le había provocado un serio problema dérmico, pero estaba seguro que éste no era el caso, la forma y la antigüedad de la caja de metal le decían otra cosa. En estas cavilaciones llegó a su rancho ubicado junto al arroyo, a un par de cuadras del mar, depositó el pequeño aunque pesado arcón en la parte posterior del mismo, bajo un alero, protegido de miradas ajenas por el parrillero y las acacias, y se sentó a mirarlo, agotado. Luego de un rato se levantó, ingresó al rancho y volvió con un martillo y una cuña.

2. Un cadáver en la playa

El enorme "camello", camión con tracción en las cuatro ruedas, de los que hacen habitualmente la travesía desde la Ruta 10 hasta el Polonio por los arenales intransitables, se detuvo sobre la playa desolada, cuyo altísimo oleaje barría amenazante la orilla, cavando una profunda y peligrosa fosa que comenzaba ahí nomás, a pocos metros de la superficie visible de la arena. Como siempre, el hedor de los lobos muertos se apoderaba del aire en aquellos parajes. A un centenar de metros de la playa gaviotas, gaviotines, cormoranes y garzas se arremolinaban aprovechando la hoya mortal que el océano cavaba y llenaba de pequeños peces y crustáceos, una mesa servida para aquellos expertos pescadores de aguas revueltas. Una gaviota se elevó con un sirí colgando del pico, pero el gran cangrejo azul se revolvió y con su enorme pinza semejante al brazo de un atleta atacó el cuello de su captora, que no tuvo más remedio que soltarlo, y cayó pesadamente

hundiéndose en las aguas mientras el ave se alejaba profiriendo su agudo grito, mezcla de queja y furiosa amenaza.

El Suboficial Diago bajó del camello pensando que por una vez la lucha por la supervivencia había favorecido al más débil. Expresó una vez más sus disculpas y su molestia a modo de excusa por haber tenido que desviar el vehículo de una empresa particular al no tener la comisaría de la zona un vehículo apropiado. "Qué control bárbaro el que tenemos de estos lugares-expresó, y ya lanzado continuó- ¿Cómo controlamos ciento cincuenta kilómetros de playas, médanos y arenales sin la cantidad suficiente de vehículos adecuados? ¡Vamos a poner carteles en todas las playas solicitando a los delincuentes que tengan a bien delinquir solamente en sitios a los que tengamos acceso!". Satisfecha su necesidad de protestar Diago prestó atención a lo que le señalaba su ayudante, un pozo de no más de medio metro de profundidad en cuyo interior se encontraba el cuerpo de un hombre. Un agente con un triciclo arenero estaba parado junto al mismo y le contestó algunas preguntas, las pocas que podía contestar. "No tiene ahí más de tres o cuatro días, aunque eso lo dirá mejor el forense; le decían "el Canario", es un trabajador rural que tiene un rancho en Valizas...", "lo conozco- dijo Diago- todo el mundo conoce al Canario en Valizas, me bastó verlo para saber quién es... o era", "una lástima, un buen tipo, muy servicial y trabajador", "¿cómo lo encontraron, y de qué murió?" preguntó Diago, "como en las películas, lo encontró un perro, se puso a escarbar furiosamente, el dueño vino a ver y ahí estaba, en cuánto a cómo murió creo que tiene un balazo en la nuca". "Una ejecución- pensó Diago-, era un hombre trabajador y sin complicaciones, ¿que razón pudo haber existido para una ejecución?, si no aparece algo concreto enseguida va a ser difícil encontrar el móvil...".

Estudió minuciosamente el cuerpo, lo dio vuelta, "acá no hay mucho que ver, pensó, seguro estaban apurados, por eso lo enterraron superficialmente, este es un sitio desolado pero es lugar de tránsito para los muchachos que van caminando desde Valizas al Polonio y viceversa". El mismo había hecho ese trayecto varias veces cuando era

más joven, "dos horas subiendo y bajando médanos y rocas, y luego el largo camino de la Playa de la Calavera" recordó con un dejo nostálgico.

- ¿Le revisaron los bolsillos"- preguntó en voz alta.

- No señor, sabemos que tenemos que esperar a la técnica.

- Muy bien, así se hace- dijo Diago mientras pensaba que si el occiso tenía algo de dinero quizás ya habría cambiado de bolsillo, pero eso no era importante, a menos que fuera una suma desacostumbrada, y ese difícilmente sería el caso. Sólo encontró un peine desdentado, llaves de candados que supuso eran del rancho del finado y un par de tickets de almacén, por yerba, pilas y esas cosas. Ningún indicio de importancia. "Habrá que ver que hizo los últimos días, con quien estuvo... ¡esto no va a ser fácil!".

3. Verano en Valizas

- ¿Así que usted era amigo del occiso?

- Sí, amigo de verdad, aunque nos veíamos poco, solo en las vacaciones de verano. Era una buena persona, un criollo servicial. Recuerdo un año que llovió mucho, usted sabe como es Valizas, se inundó todo. Yo estaba acampando con mi compañera y un hijo pequeño. La carpa quedó flotando, no tenía nada seco, pues bien, él nos recibió en su rancho durante tres días, sin aceptar nada a cambio, hasta que pude volver a instalarme... el que le hizo eso es un canalla.

- De acuerdo, era una buena persona y no parece haber razones para lo que le pasó, pero usted estaba acampando en su terreno, dígame si vio algo extraordinario en los últimos días, algo fuera de lo común, cualquier cosa puede ser importante...

- Solo sé que un día salió temprano con el carro, para el lado de las dunas y volvió unas horas después, se metió en su rancho y se quedó ahí, sin darle bolilla a nadie, algo raro en él, era muy sociable, le gustaba charlar, jugar al truco... y al otro día volvió a salir, y al otro, pasaba

muchas horas afuera y volvía de noche, apenas nos hablaba, y después desapareció, casi una semana sin verlo... ¡hasta esto!

El interrogatorio de Diago no dio para mucho más, el Canario andaba en algo raro, eso le quedaba claro, pero el acampante no podía agregar nada más, por ahí no iba a ningún lado. Ya estaba oscuro cuando decidió ir a comerse un asadito a la parrillada del Melo, el "No-tanque-tan", y aprovechar para jugar una partidita de ajedrez con el mencionado, un ritual repetido cada vez que iba por Valizas. En verano hasta era posible encontrarse allí con un Gran Maestro europeo esgrimiendo los trebejos frente a un aficionado de manos surcadas por las cicatrices de las redes.

Se consideraba un jugador mediocre, entre otras cosas le faltaba práctica, y lo sufría cuando se enfrentaba a esos pescadores que pasaban largas horas de invierno sentados frente al tablero. Casi sin esperanzas inició su partida contra el Melo, quién entre jugada y jugada se levantaba a despachar un choripán, se soplaba una que otra caña y con voz afinada cantaba un tango bajito, como para no molestar. Cuando se devanaba los sesos para decidir cuál de las torres debía mover para ocupar una columna semiabierta, como había oído recomendar a un Gran Maestro sueco en ese mismo lugar años atrás, una parejita joven, de apariencia tímida, se acercó calladamente. A Diago le pareció que estaban más atentos a su persona que a la partida, pero que iban a esperar respetuosamente a que terminara la misma. Eso y sus cavilaciones sobre el crimen que investigaba lo hicieron perder el control de la posición y más que rápidamente, con dos golpes aviesos el Melo "lo pateó del tablero", cómo se dice en la jerga. "Cuando la suerte que es grela/ fallando y fallando..." entonó sarcástico el Melo cuando ya Diago, agitando las manos como quien ha tenido bastante, se volvía hacia la parejita.

- Bueno, ya pueden desembuchar... – y dándose cuenta que estaba de mal humor suavizó el tono- es broma, muchachos, ¿son ideas mías o quieren hablar conmigo, nos conocemos?

- Sabemos quien es usted- tomó la palabra el joven-; es sobre el Canario...

Las palabras mágicas, Diago no tenía ninguna pista, y estaba dispuesto a oír a cualquiera que tuviera algo para decirle.

- Vamos a otro lugar-dijo, y mientras caminaban hacia la comisaría, a unas tres cuadras por la polvorienta calle principal, esquivando autos y peatones que caminaban despreocupadamente, los invitó a hablar.

-Estamos alquilando un ranchito por la laguna, junto al del Canario, bueno, el caso es que el otro día le contamos al Canario que encontramos una especie de cofre de metal, medio enterrado, y muy pesado, tanto que no pudimos moverlo. El nos dijo que iba a ir a ver de qué se trataba al día siguiente, y creemos que eso fue lo que hizo.

Llegaron a la comisaría, entraron, el suboficial saludó y los invitó a sentarse junto a una mesa.

- No sabemos qué encontró, ni que relación tiene con su muerte... el hecho es que hace unos días nos regaló algo... muy valioso- y aquí miró el muchacho a su compañera, que con un gesto lo incitó a continuar- es esto...- y depositó sobre la mesa de la comisaría una enorme y reluciente moneda dorada.

La sorpresa de Diago fue grande, sabía poco y nada de numismática, pero al tomar la moneda y darla vuelta un par de veces supo que era muy antigua, que era de oro y que tenía mucho valor. De un lado tenía una cara, la efigie de un rey bajo la cual se leía dificultosamente "Fernando VI Rex" y del otro lado un sello, una inscripción ilegible, seguramente de la ceca o casa de la moneda y unos números romanos: "MDCCL": ¡1750! ¿Sería legítima, y si fuera así cuánto valdría una de estas raras monedas? Creyó recordar que en algún lado había leído un valor tentativo, algo así como dos mil quinientos dólares, "para muchos esa cantidad es suficiente para matar, ¿y el Canario que por únicas posesiones tenía un ranchito y un carro la regala generosamente?, me parece que por aquí anda la madre del borrego..."

- Muchachos, lo siento, pero voy a tener que quedarme con la moneda para investigar- advirtió la mirada de reproche del joven y el

gesto apesadumbrado de la muchacha quien hizo un ademán que quería decir "y que podíamos hacer, era nuestro deber", entonces rápidamente agregó - ¡Pero esto queda entre nosotros eh, les voy a hacer un recibo y cuando descubra de donde vino se la devuelvo!- el gesto de reproche se transformó en un especie de alivio esperanzado. – ¡Y ahora tienen que mostrarme donde encontraron el... cofre o lo que sea, vamos!

Mientras esperaba el vehículo que los transportaría hasta el sitio del supuesto hallazgo, lo que obtuvo tras una larga discusión telefónica con los responsables de la patrulla costera, Diago miraba en lontananza la siniestra Punta del Diablo, coronada por el Cerro de la Buena Vista y más lejos la Isla del Marco, que recortaba sus torres en el horizonte. Una naturaleza hermosa, pero artera, sitio de innumerables naufragios. Desde allí hasta el Cabo Polonio y más lejos el Cabo de Santa María se encontraba una costa erizada de rocas, bancos de arena y traicioneras corrientes que habían provocado tantos naufragios como el Triángulo de las Bermudas, con todos sus dramas y misterios. Una tarea más que interesante sería investigar si algún barco había naufragado en esa costa poco después de la fecha indicada en la moneda. Buscaría en el libro de Varese, "Naufragios en las costas de Rocha", pero eso debería esperar, lo que importaba ahora era descubrir a él o los responsables del asesinato, ¿o ese antiguo episodio sería parte de la investigación?

4. Una calavera en la playa

Un par de horas después Diago llegaba al sitio indicado. Se trataba de un trozo de costa junto al cual el mar había excavado profunda y pacientemente durante siglos, hasta provocar un desmoronamiento, que había dejado al descubierto lo que ocultaba en su seno y creado una peligrosa barranca. Allá abajo, donde el agua golpeaba y se retiraba para volver a embestir, estaba el lugar que los jóvenes marcaron sin dudar. "Habrá que apurarse, pensó Diago, antes que la marea alta lo cubra todo". No sabía

que esperaba encontrar en ese lugar. Algún indicio, ¿pero de qué? La antigua historia del tesoro enterrado revoloteaba en su mente, pero si hubo alguna vez algo valioso en aquel lugar era seguro que ya no estaba. Aún así quería relacionar lo que allí pudo haberse encontrado con el asesinato del Canario: era una pista, un comienzo, quizás fuera el motivo que andaba buscando. Sus cavilaciones fueron interrumpidas por su subalterno, quien pala en mano trataba de agrandar el hueco, que los finos hilos de agua que se escurrían entre las rocas comenzaban a llenar progresivamente.

- ¡Oficial, tiene que ver esto!- exclamó. A la vista se ofreció algo que parecía ser un hueso, o unos huesos. Ayudó a remover la arena mojada y pronto quedó al descubierto una osamenta humana, medio desperdigada y descoyuntada, seguramente por efectos del derrumbe. Se trataba de un adulto, masculino supuso, acompañado con algunos restos de metal: una hebilla, una llave antigua y un cuchillo del que sólo se conservaba la hoja herrumbrada. El resto de la vestimenta seguramente había sido corroído por la sal marina. La calavera parecía abrir desmesurada y ansiosamente sus orificios negros al cielo, después de quien sabe cuantos años de oscuridad y silencio. "¡Otro cadáver!... ¡esta playa sí que hace honor a su nombre!", pensó Diago, mientras revolvía los restos. Sin mucha sorpresa, quizás era lo que estaba buscando, ubicó un balín, un pequeño plomo redondo entre los huesos. Las circunstancias de ambas muertes empezaban a parecerse, presentía que lo que allí había estado ya había cobrado dos vidas, como mínimo. Y podía cobrar aún más si no lo encontraba pronto. Recordó el "ankus" de Mowgli en "El Libro de las Selvas Vírgenes", un objeto sin vida que resultó ser el más despiadado de los asesinos.*

* ("Ese objeto mata", le advirtió la cobra a Mowgli, quien no le creyó. ¿Cómo podía matar un objeto inanimado? Un par de días después el hombrecito de la selva lo devolvió a la custodia de la serpiente, ¡que no salga nunca más de acá, dijo, ese objeto ya mató siete veces en dos días! El objeto, "el ankus del rey" era un bastón cubierto de piedras preciosas, de incalculable valor, que se usaba en antiguas ceremonias religiosas para conducir elefantes. Episodio de "El Libro de las Selvas Vírgenes" de Rudyard Kipling).

5. La investigación se traslada a Montevideo

Un par de días después Diago ingresaba a una casa de compra-venta de monedas en la calle Rincón. Depositó sobre el mostrador una lujosa fotocopia en colores de varias monedas antiguas y dijo al vendedor que estaba interesado en adquirir monedas de esas ediciones o acuñadas en la misma época, por cuenta de compradores del extranjero.

El dependiente, traje oscuro, camisa rosa y corbata roja, puso su índice sobre la hoja y recorrió cuidadosamente cada una de las nueve monedas, retratadas de ambas caras. El corazón de Diago dio un salto cuando el dedo se detuvo un instante sobre la moneda que le habían entregado los jóvenes unos días antes, y luego continuó su recorrida. Esperó no haberse traicionado cuando el hombre levantó sus ojos inquisitivos, estudiándolo. Vestía Diago de sport, pantalón claro, camisa celeste de marca y un elegante saco italiano. Pensó que había pasado el examen.

- ¿El señor es un coleccionista?- preguntó el cambista, con amable solicitud.

- Más o menos-mintió-, en realidad soy un intermediario. Represento a clientes del exterior, casas de remates de Nueva York y Londres, principalmente.

El hombre volvió a examinar la hoja.

- Podría conseguir algunas quizás. ¿Cuántas desea adquirir?

"Por fin un pique" pensó. Estaba recorriendo casas similares desde temprano y ya lo estaba ganando el mal humor. Como un cazador se puso al momento sobre el rastro.

- ¿Cuántas puede conseguir? Se imaginará que mis clientes no me hablaron de una cantidad específica, cuántas más mejor.

- ¿Estamos hablando de Sotheby's, de Christie's?

- ¡Oh, no tan importantes, pero ampliamente reconocidos!- Diago acercó su rostro a su interlocutor por sobre el mostrador y sonrió- Usted perdonará que me reserve el nombre de los compradores

hasta que se concrete la transacción... –dijo con tono confidencial- ¡es mi negocio, no quiero que me lo soplen!

- No hay problemas, yo también actúo en representación de terceros, tendré que hacer algunas llamadas... ¿conoce el valor de estas monedas?

- Su valor de catálogo oscila entre dos mil y dos mil quinientos dólares cada una, pero eso es un precio estimativo de subasta, mis compradores están dispuestos a pagar hasta un ochenta por ciento de esa suma, según las circunstancias, claro. Pero en el medio estamos usted y yo. Creo que la mitad del precio de catálogo sería una cantidad justa.

- ¿Mil doscientos cincuenta dólares como máximo dice usted?, ¡no creo que a mis... proveedores les satisfaga esta transacción!

- Saque cuentas: mil doscientos cincuenta dólares para el vendedor, luego están su parte y la mía, y la ganancia de la casa matriz, además están los impuestos, el riesgo y el trasporte de seguridad, que es carísimo... incluso con ese precio tendrá que ser una buena cantidad de monedas para que valga la pena...- el hombre se quedó mirándolo- mi tarjeta- dijo Diago, que no quiso parecer muy ansioso- llámeme cuando tenga algo.

En el cartoncito blanco ribeteado de azul se leía: Agenor D. Romero- Agente de Importaciones/ Exportaciones- seguido de un teléfono de línea, un celular y una dirección, obviamente apócrifa, pero eso era algo que sólo él sabía. Luego saludó y se retiró. No quería parecer ansioso. Había repetido un ritual semejante en varios lugares, pero este había sido el más prometedor. El Suboficial Diago estaba pescando.

6. Un pique en la línea

Al otro día regresó a Rocha y se fue derecho a su escritorio a revisar sus mensajes. Casi saltó de alegría cuando comprobó que el pez había tirado de la línea. Diago tenía un teléfono guardado bajo llave en un armario de la comisaría, y que sólo él manejaba para sus contactos, sabía que un celular inspiraba desconfianza, con un teléfono de línea la cosa era distinta, era más serio. Allí encontró un mensaje grabado, un nombre y un número: era de la casa de cambios que había visitado el día anterior, la última, después de esa no había ido a ninguna otra. Le parecía que ése era "el" lugar, si no encontraba respuesta no veía claro cómo continuar la investigación. Esperanzado llamó:

-... así que hay un vendedor, excelente, ¿y de qué monedas estamos hablando?... Ah, de la que tiene la efigie de Fernando VI y la Ceca de Santiago, ¿y la fecha?... ¡1750!- el corazón le volteaba en el pecho al Suboficial, pero debía contenerse, tenía que dar un poco más de cuerda- ¿y que cantidad, una, dos, diez?... ¡hasta cien! Bueno, debo consultar, es una inversión muy grande... sí claro, podemos hablar del precio antes, pero debo comprobar su legitimidad, estas monedas no se cotizan sólo por el metal, sino por su valor numismático, una imitación por buena que sea vale sólo el metal del que está hecha... sí, ya sé que no tengo que repetirle eso, usted es un experto, ¡es que la transacción debe hacerse con todas las garantías para las partes!... En cuanto al precio, por un lote de cien habría que hacer un precio especial, digamos mil cada una, ¿le parece bien? Son cien mil, una linda suma, usted se cobra su comisión de esa cifra, y yo les cobro la mía a los compradores, ¿de acuerdo?- sabía que debía regatear, y parecer avaricioso, sólo así el otro creería estar ante un verdadero intermediario-... ¿Qué cómo sacaremos las monedas del país, que no quiere problemas? ¡Ah, usted no se preocupe, ese es asunto nuestro! Me las vende a mí, una operación totalmente legal, los nuevos propietarios decidirán qué hacer con ellas, usted queda excluido del asunto...

Cuando cortó la llamada le había ganado una intensa expectativa. Confirmó sus sospechas de que detrás de las monedas antiguas estaba el motivo que buscaba. No tropezaba evidentemente con delincuentes comunes, era un desafío totalmente nuevo. Apenas podía esperar.

Unos días después el S. O. Diago se hizo presente en la casa de compra-venta de acuerdo a lo arreglado con el encargado. Fuera, fumando, lo esperaba un funcionario de la División Delitos Complejos de la Jefatura, a la que había dado cuenta de su investigación. Habló un momento con el mismo dándole instrucciones y entró. El mismo hombre de antes lo reconoció al instante y lo hizo pasar al fondo. Extendió su mano y sobre un escritorio puso a su alcance un estuche de terciopelo negro. Diago lo abrió y encontró unas monedas similares a la que ya sabemos. Las contó. "Acá hay diez monedas, dijo, hablamos de cien". "Hay más de dónde vinieron esas- contestó el encargado-, éstas son para que vaya viendo que va en serio y haga sus controles. Queremos una seña, son doce mil quinientos dólares, un precio especial, y es un regalo, una ganga, valen veinticinco mil o más, pero el dueño no quiere publicidad... Lo que quiere es ver dinero, y rápido, pague estas diez y van a aparecer las demás".

Diago soltó un bufido, molesto. La entrega en cuentagotas no estaba en sus cálculos, ¿de dónde iba a sacar los dólares necesarios para seguir soltando cuerda? Era necesario cobrar la pieza, y rápido. Pero antes sacó de sus bolsillos una lupa, una balanza pequeñita y un frasco. Tomó la fotocopia y miró alternativamente con la lupa la moneda y la hoja, luego la pesó y finalmente echó un par de gotitas del frasco, de todo lo cual había sido asesorado convenientemente en Interpol unas horas antes. Se quedó satisfecho al menos en algo: no había duda de que las monedas eran legítimas. Abreviemos algunos aspectos de la conversación subsiguiente en la que Diago trató inútilmente de sonsacar al intermediario; de nada valieron promesas, sobornos, amenazas veladas, se estaba viendo con un individuo ducho en transacciones al margen o en los límites de la ley. Cuando advirtió que la aparente seguridad del hombre iba dejando lugar a la desconfianza,

decidió pasar a la acción. Sacó el carné de policía y habiendo dejado su celular prendido durante toda la conversación, reclamó la presencia de su asistente, quién ingresó sin más, trayendo consigo a un dependiente que había quedado en la parte delantera de la tienda, teniendo buen cuidado de cerrar la puerta y dar vuelta el cartel que colgaba de la misma y que pasó a decir "Cerrado". Diago confiscó rápidamente el celular del vendedor, que lo miraba con una mezcla de odio y aprehensión.

- ¿Prefiere que hablemos solos o en presencia de su empleado?

- Yo no soy el que oculta cosas acá... – dijo el hombre con rabia-pero será mejor que hablemos solos...

- Lléveselo al lado y cuide la puerta- dijo Diago a su subalterno.

- ¿Qué es lo que quiere?, ésta es una transacción absolutamente legal...

- No estoy tan seguro. ¿Usted es el dueño del local?

- ¡Ojalá lo fuera! Sólo soy un encargado, el dueño viene una vez por mes, a ver cómo van sus ganancias... siempre anda por ahí comprando o vendiendo antiguallas que él llama "objetos de arte", mientras yo estoy clavado entre estas vitrinas...

- ¿Está el propietario al tanto de este tema de las monedas?

El hombre puso una expresión preocupada...que no, que el dueño no estaba enterado, que no había por qué molestarlo hasta que el asunto estuviera concretado, y que por favor no pensara otra cosa, que podía poner en peligro su empleo si se lo malinterpretaba.

Diago esbozó una sonrisita irónica y aprovechó esta debilidad para reclamar absoluta y total colaboración a cambio de cierta discreción en el manejo de la información. Satisfecho con el giro que tomaban los acontecimientos preguntó quien era el proveedor de aquellas monedas y cómo podía localizarlo.

- No tengo una dirección- fue la desesperante contestación-, sólo un nombre, ni siquiera un apellido, y un celular.

- No juegue conmigo, recuerde que si me oculta algo tiene mucho para perder- Diago prefería no mencionar por el momento el tema del

asesinato, prefería mantener el asunto en el ámbito de una investigación sobre transacciones ilegales.

- ... una mujer, rubia teñida, ropa de cuero muy ajustada fue la que me trajo estas monedas, me dio un celular y un nombre: Jackie. No quiere papeles, sólo dinero...

- ¿Como se contactó por primera vez?

- Simplemente vino, me tiró la moneda sobre el mostrador y dijo "¿interesa?". Me bastó mirarla para darme cuenta que era un auténtico doblón español. Le pregunté de dónde la había sacado, y me dijo que no era asunto mío, pero como no quería suspicacias me iba a contestar, era de un coleccionista amigo suyo que quería vender algunas porque andaba necesitado de dinero. Si le conseguía un comprador "silencioso" me haría un buen precio. Y eso fue todo, ¡hasta que apareció usted! - dicho esto se quedó viéndolo con expresión cejijunta, rencorosa, había creído que era una oportunidad dorada, y se encontraba con esto...

- ¡Ahora ya está metido en una operación de contrabando y evasión de impuestos- contestó Diago-, tendrá que colaborar si no quiere terminar procesado y que le cerremos la tienda, y por si fuera poco el dueño se enteraría de que anda haciendo negocios por su cuenta! ¡Se sale una palabra del libreto y está perdido!

- ¿¡Qué libreto!?

- Ahora voy a pensarlo...

Se quedó sentado unos minutos, concentrado.

- ¡Déme el celular de esa mujer y su nombre- reclamó repentinamente- y abra la ventana!

Tomó el teléfono de línea y apretó los botones. Quería que el número registrado por el destinatario fuera el de la propia tienda. Del otro lado le respondió una voz ronca de mujer, aunque por el timbre calculó que no era nada vieja, un tono sensual, invitador: "una voz de noche, cigarrillo, alcohol, y quién sabe qué más" pensó.

- Jackie, ¿quién habla?

Desde la calle llegaba un ruido ensordecedor de voces y vehículos, que obligaba a hablar muy fuerte para ser oído del otro lado.

- ¡Compraventa Universal- casi gritó-, tengo la plata, y necesito el resto de las monedas!

Confiaba en que la mujer no recordara bien el timbre de voz del encargado, que por otra parte no tenía nada de particular, y que la "suciedad" de la línea hiciera el resto.

- Ah, eso...- dijo del otro lado la mujer, adoptando ahora un tono más impersonal, aunque no hostil – muy bien, me alegro, yo lo llamaré para concretar.

- Bien, pero en adelante nos comunicaremos por celular, es más seguro. Anote... - le dio un número, el suyo, y agregó- Pero le advierto algo, mis clientes no son de los que esperan mucho tiempo, por razones que usted comprenderá. ¡Si no se hace rápido, se van a otro lugar!

Del otro lado hubo un breve, casi imperceptible titubeo.

- Yo lo llamaré- repitió la voz ronca.

- ¿Cuándo?

Clic.

"Cherchez la femme", se quedó pensando Diago. ¿Qué pito tocaría aquella mujer? ¿Una cómplice, una intermediaria, una asesina despiadada quizás? ¡Y aquella voz que parecía venir del pecado mismo! Valdría la pena seguramente conocer a esa mujer... pero al instante recordó que debía agilizar las investigaciones: un desliz, un error y los pájaros volarían. Un crimen reciente y uno antiguo, un asunto posiblemente relacionado con un tesoro y una mujer misteriosa. ¿Qué más podía pedir? ¡Era un caso único, irrepetible quizás! De repente recordó que había tenido con su trabajo de investigador policíaco una relación bastante ambigua, había comenzado siendo una forma de ganarse la vida mientras buscaba otra cosa, y ahora se repetía algo que había descubierto tiempo atrás: que casi sin querer había descubierto su vocación.

Llamó al encargado.

- No puedo estar aquí todo el día. Me olvidaré de usted y de las "operaciones" que realiza si sigue colaborando, es más, diré en mi informe que es un honrado ciudadano...

-¿Qué desea que haga ahora?- respondió el aludido, con expresión apesadumbrada-. Me bastaría con que cumpliera la primera parte de lo que dijo, que se olvidara que existo.

- ¡Ya está en el baile amigo, y le conviene seguir el compás! ¡Desaparezca por unos días!, ¿puede hacerlo?, tómese una licencia, le conviene... Y déme sus datos completos, por unos días yo seré usted, ¿le gusta la idea? ¡Y no se le ocurra traicionarme, todos los teléfonos están intervenidos, terminaría preso!- esto último no era cierto, sería una operación demasiado compleja, no tenía los medios ni el tiempo, pero pensó que con la amenaza bastaría.

Esa misma tarde, ya de regreso hacia Rocha, el S.O. Diago recibió la llamada que esperaba.

- Hola, soy Jackie- dijo simplemente la ronca voz femenina-, tengo el pedido.

- ¡Excelente! ¿Cuántas son esta vez?

- Cien, y el precio se mantiene. Mil doscientos cincuenta cada una, menos su comisión del diez por ciento.

- Trataré de obtener esa cifra- mintió- pero esta gente quiere regatear, me dijeron que por esa cantidad de monedas debía bajar el precio en un veinte o treinta por ciento... –Diago sabía que cuanto más discutiera las cifras más parecería un "honrado" comerciante y menos sospechas despertaría.

- Un momento... –del otro lado hubo un cuchicheo, creyó oír una voz masculina, y luego la mujer agregó- está bien, que regateen todo lo que quieran, pero recuerde que su comisión dependerá de lo que paguen, y en ningún caso aceptaremos menos de cien líquidos, ¡si no olvídese del negocio!

"También están regateando- pensó Diago-, están en el lazo".

- Muy bien, cien y lo damos por hecho. Falta un detalle, ¿dónde y cuándo?

- Le avisaremos, y lleve la plata.

- ¡Mire, ni por un momento piense que voy a andar con tanto dinero por ahí!

- ¡Si no es al contado no hay negocio!

- No es eso- se apresuró a decir Diago-, no debemos correr riesgos, ni ustedes ni yo. Vamos a un banco, veo la mercadería, allí mismo hacemos el intercambio y yo deposito las monedas en una caja de seguridad. ¿Les parece?

Otro silencio en línea mientras del otro lado se desarrollaba una agitada conversación.

- Pásenos el nombre del banco y el número de cuenta y nosotros le decimos cuándo.

Diago le dio el nombre de una conocida casa cambiaria, de las que cierra bastante tarde. Necesitaba tiempo.

- Mañana a las siete- dijo-, pero llámeme antes para confirmar. Tengo que pedir un giro.

- Okey.

Diago había hecho trámites febriles para obtener el nombre de la propietaria del celular. Por suerte era un teléfono con contrato. Tuvo que obtener una orden judicial, pero para fines de esa tarde ya tenía el nombre que deseaba: Lorena Jacqueline Corral. "Jackie", dedujo Diago. También obtuvo una dirección. Rápidamente se dirigió a ese lugar. Resultó ser un bar de dudosa catadura cerca del Parque Rodó, una "whiskería" donde pese a la temprana hora, entre tarde y noche, ya había un par de alternadoras. Al costado había una puerta sobre la cual colgaba un cartel que decía "Pensión Familiar", y agregaba más abajo "Habitaciones con baño- Por día o permanente". Diago sospechó en seguida que era una especie de complemento del bar, en cuyos altos estaba ubicada. Incluso tenían el mismo número de calle, diferenciados únicamente por un "bis". Diago empezó a dudar adonde se dirigiría primero. Quería ubicar a la mujer para poder hacerle un seguimiento, aunque sabía que no sería fácil y que debía andar con pies de plomo. Se decidió por la whiskería, con la esperanza de oír el nombre sin necesidad de formular preguntas.

Después de pagar un par de copas, y charlar animadamente con las chicas que se llamaban "Adabella" y "Maya", que supuso eran nombres de batalla, y que tenían unas voces chillonas que para nada le recordaban la que había oído en el teléfono, se decidió a avanzar un pasito. Preguntó como al descuido si Jackie seguía concurriendo al bar:

- Estuve con ella la última vez- mintió-, una chica muy sensual, je, je, me gustaría verla de nuevo y quizás hacer un trío para variar, y miró con picardía, prometedoramente, a la muchacha que lo acompañaba, la que decía llamarse Maya, ya que Adabella se había ido a atender a otro cliente tempranero.

- ¿Así que te gusta que te atiendan de a dos eh?... ¡qué pícaro resultaste!, ¿y te gusta mirar el espectáculo, no, que se ocupen entre ellas y después contigo? ¡Mirá que eso cuesta más caro!

- No es problema, conseguime a Jackie y les pago lo que pidan.

- Pues lo siento cariño, hace tiempo que no veo a Jackie, ni siquiera creo que siga viviendo acá al lado, tendrás que conformarte con nosotras-había cierto despecho en la expresión de la joven, una morochita opulenta de no más de veintidós o veintitrés años-, ¡pero mirá que somos muy buenas, no te vas a arrepentir!

Diago se sentía contrariado: de manera que Jackie ya no frecuentaba ese boliche ni vivía en la pensión o lo que fuera del piso de arriba, eso era un contratiempo, pero ya había supuesto que podía pasar algo así. Trató de sacarle algo más a la muchacha, pero ésta no parecía saber nada y además si había algo que no le interesaba era hablar de "esa tal Jackie", "¿qué, te sorbió los sesos?", dijo mientras le metía la mano por adentro del pantalón y trataba de convencerlo de que la sacara "a dar una vueltita". Diago pagó, le dio una buena propina a la muchacha para no escuchar reproches, salió y subió las escaleras.

Una vez arriba preguntó por el encargado, que resultó ser una encargada con pinta de madama de prostíbulo: vieja, gorda y teñida. Le preguntó por Jacqueline Corral, "Jackie", "me dio esta dirección para que pasara a buscarla cuando viniera a Montevideo", dijo. "Acá casi todas se llaman Jackie- contestó la madama-, ¿cómo es esa Jackie

que busca?", "alta, rubia, aunque no lo juraría por sus raíces, voz ronca, muy sensual" (así se la había descripto el encargado de la tienda de antigüedades), "ah, sí, me acuerdo, y me alegro que ya no viva acá, tenía muy mal genio", "pero tenía otras virtudes", acotó Diago con una risita que quiso ser cómplice, la mujer lo miró con curiosidad, un poco más distendida, "usted sabrá –dijo–, lo que me contó cuando se fue es que se iba a trabajar a una whiskería de Castillos, en Rocha, ¿conoce?, que la habían contratado como atracción principal y que estaba muy contenta, que quería progresar y que se iba a alejar un poco de su familia y de su marido, que ya no lo quería ver ni pintado", "nunca me habló de su familia", dijo Diago, "sí, su marido y un hijo chico que le cuida la madre, la tenían loca pidiéndole plata... por eso siempre andaba de mal humor, ahora está mejor, supongo, más liberada", "¿y por casualidad sabe el nombre de la whiskería?" inquirió Diago, pero ya era demasiado "no tengo idea, pero en Castillos no debe haber muchas, ¿por qué, va a ir a buscarla?", "claro que no, pero está de paso para el Chuy, ¿quién no va al Chuy a traer un bagallito de vez en cuando?" dijo, dio las gracias, saludó y bajó las escaleras.

7. Un baile tentador

Diago se subió a su auto y esa misma noche regresó a Rocha, pero no se detuvo en la ciudad, siguió de largo hacia Castillos. Si quería tener éxito en su investigación debía andar rápido, antes que saltara alguna incongruencia en su plan y los sospechosos, quienes quiera que fueran se hicieran humo. Llegó a Castillos a medianoche. Se jugó por entero a la whiskería que estaba a la entrada de la pequeña ciudad, que era la única por otra parte que podía merecer tal nombre, después había un prostíbulo y un par de boliches nocturnos de mala muerte. La whiskería era un rancho grande, de madera, ubicado sobre la ruta nueve.

El aire estaba impregnado de humo, unos pocos parroquianos desparramados por el salón no prestaban atención alguna a los carteles que prohibían fumar en espacios cerrados. No se acercó a nadie, no habló con nadie, eligió un sitio discreto, en penumbras y se sentó a observar. Cuando se le acercó el mozo pidió una copa, luego vinieron un par de chicas pero las despidió, ninguna respondía a las señas. Siguió mirando alrededor, y presenció distraídamente el show en el cual las mujeres una a una iban subiendo al pequeño escenario y allí se desvestían lentamente mientras realizaban una danza erótica, incluido una especie de baile del caño, con mucha más buena voluntad que agilidad y destreza. Contrariado, ya pensaba que estaba perdiendo el tiempo cuando subió al tabladillo una rubia teñida, alta, buen cuerpo, con el rostro impregnado de una sensualidad dura, feroz. El corazón le dio un salto, al punto tuvo la intuición de que era la mujer que buscaba, intuición que se vio inmediatamente confirmada cuando el presentador, un sujeto aindiado y robusto, con el pelo atado atrás en una ridícula colita, la presentó como "Jackie, la atracción de la casa", e inmediatamente agregó que era "una tigresa", "una devoradora", y que no se hicieran ilusiones "ella es quien manda y elige", remató. La mujer comenzó su lento streaptease moviéndose de una manera por demás sensual que contrastaba con su rostro duro, impasible. Fue aumentando su ritmo hasta quedar casi desnuda al compás de una música frenética. Entonces comenzó a subir y bajar por el caño, deslizándose como una serpiente con su cuerpo pintado, brillante, y mostrando una ductilidad que excedía largamente a quienes la habían precedido. Diago se fue dejando ganar de a poco por la sensualidad del espectáculo, y sintió como su "masculinidad" se iba despertando involuntariamente. La muchacha terminó su número, recibió con indiferencia los aplausos, se colocó un bata corta, reveladora, y bajó la escalerilla para alternar. Rió y jugueteó con los pocos clientes, una noche de entre semana, todos conocidos. Se mostró más audaz, casi agresiva con los retraídos y tímidos, más esquiva y burlona con los atrevidos y babosos, hasta que llegó a la mesa de Diago. En el escenario una pareja de mulatos de

cuerpo brillante y trabajado desarrollaban una danza explícitamente erótica al ritmo de un samba. La mujer lo miró, curiosa.

- Vaya- dijo-, ¿qué tenemos aquí?

Diago reconoció la voz ronca y sensual del teléfono.

- Un tipo raro-continuó "Jackie"-, no parecés de los que frecuentan whiskerías...

- ¿Por qué, qué tipo hay que tener para frecuentar una whiskería?- Diago, sorprendido, trató de afectar un tono lo más neutro posible, sintiendo pulsaciones en el vientre y la sangre golpeándole las sienes. Y mientras la mujer se inclinaba hacia él, examinándolo y exhibiendo generosamente sus senos redondos, brillantes y desnudos bajo la bata entreabierta, en un gesto que Diago supuso estudiado, preparado, que ella juzgaba y con razón difícil de resistir, alcanzó a decir- ¿Qué me hace diferente de esos otros?

- Estás muy serio, y estuviste muy serio durante toda la mi actuación, ¿o te creíste que no me iba a dar cuenta? Acá fichamos a todos los que entran, los clasificamos, los repartimos. Vi cómo despachabas a mis compañeras, y me dije, "¡ése, déjenmelo a mí!".- rió por primera vez, exhibiendo unos dientes grandes y naturales que brillaron en la luz mortecina del salón.- ¿De dónde sos?, no te he visto por acá...

- De Rocha- dijo, y no mentía- ¿y tú?, no creo que seas de Castillos, me parece que sos un tanto... cosmopolita.

- ¿Cosmopolita, y eso qué es? ¿De todos lados, no? Y, puede ser, ¡soy de todos y de ninguno, como dice el presentador, ja, ja, ja! - rió con ganas por el juego de palabras- ¿Sabés que es la primera vez que me dicen "cosmopolita"?, ¡debo estar volviéndome fina, y no me di cuenta!

- Me refiero a que pareces una mujer con mucho mundo, no creo que en Castillos haya una academia que enseñe lo que haces sobre el escenario...

- ¡Ah, eso! ¿Te gustó?- acercó una silla y se sentó casi pegada a él, provocativa- ¿Me invitas con una copa?, el baile me dio sed... contame de vos, la gente viene acá a charlar, a contarle a las chicas sus problemas, ¿cuáles son los tuyos?

- Pide lo que quieras- dijo Diago, mientras se preguntaba si la muchacha estaba haciendo su show de seducción o estaba tratando de sonsacarlo, pero no, no podía ser, no tenía ni idea de quien era él. En ningún momento le pasó por la cabeza que la atención especial podía deberse a su propia persona, que contrastaba un tanto con los tipos de las otras mesas, algunos rudos y vulgares trabajadores de la zona, otros vejetes mal conservados, aunque se adivinaban de "mucha pasta" y un par de tipos vestidos de manera llamativa y cara de mafiosos, chulos seguramente.

- No tengo ningún problema, soy inspector de bromatología- improvisó. Era una tarea que conocía porque había acompañado en alguna oportunidad a los verdaderos inspectores en sus recorridas por el departamento, y al advertir que la mujer enarcaba una ceja, preocupada, corrigió rápidamente- pero no te preocupes, ya terminé mi trabajo por hoy, sólo estoy tratando de tomar una cerveza tranquilo... y ya debo irme.

- ¿Así nomás? Habías resultado esquivo, ¿sos tímido o te espera tu mujer?

- No, estoy separado hace años, aunque algo hay por ahí- dijo y sonrió, amistoso. No quiso salirse con la vieja historia de que no era de los que pagaba por sexo- Además estoy cansado, debo regresar a Rocha y dormir unas horas, mañana tengo que trabajar.

- ¿Vas a volver por acá?

- Claro- dijo, pagó y se fue.

Mientras salía se preguntaba si no hubiera sido mejor intentar "sacarla", era lo lógico y habría podido averiguar algo más quizás, o quizás no. La mujer lo había tentado, pero era mejor no "ensuciar" la misión, si las cosas no salían bien alguno podría decir que estaba más preocupado por levantar una mina que por hacer su trabajo.

8. Diago reflexiona y se limita a observar

El Sub Oficial Mayor Diago era un policía singular. Al terminar el bachillerato había ingresado al cuerpo por necesidad. Provenía de una familia humilde que no podía pagarle estudios terciarios. Pero era un lector ávido y le interesaban mucho los temas antropológicos, acorde con una zona rica en tradición histórica e incluso prehistórica. No era un puritano, pero tampoco le gustaba la promiscuidad, había que sentir algo por una mujer para estar con ella, aunque fuera una cierta empatía, algún entendimiento previo, una mutua aceptación. Eso no disminuía su convicción, emanada de sus lecturas, pero que se reflejaba en su vida personal, de que el hombre era un animal polígamo, y que sólo las imposiciones culturales, religiosas y necesidades histórico-sociales lo habían llevado al ejercicio de una monogamia que era contraria a su instinto y naturaleza, como lo demostraban las civilizaciones antiguas, las costumbres tribales e incluso el comportamiento de los primates. Sin embargo reconocía que un hombre puede tener trescientas mujeres, como David, y ambicionar a una que no le pertenece, como en el caso de Betsabé. ¿Por qué? Porque siempre hay una que es única, es especial, esa necesidad de afecto, de cariño, de compartir cosas no se puede distribuir entre varias, eso se deposita en una sola. Se decía eso y otras cosas mientras se preguntaba si esa inquietud, esa sangre galopando en sus entrañas, sensaciones que le había provocado la mujer, una "bailarina exótica", de vida seguramente promiscua, era un indicador de algo más que una simple y momentánea excitación. Rumiando estos pensamientos que reconocía le eran impuestos por la fuerte sensualidad que emanaba de la mujer, estacionó su auto en una calle lateral, una oscura calle de tierra, desde la cual se veía la salida de la whiskería, y se dispuso a esperar, masticando pastillas de menta y extrañando un cigarrito, no porque le gustara, había dejado de fumar unos años antes y ahora hasta el olor le molestaba, pero en un momento así le hubiera ayudado a matar el tiempo. También pensaba que hubiera

sido más fácil preguntarle la dirección de Jackie a ella misma o a algún empleado del club, pero la mujer ya lo había fichado y no quería llamar más la atención, debía averiguarlo todo por sí mismo.

Una hora y media más tarde, después de un par de falsas alarmas, parejas que salían riendo y manoseándose pregustando el placer o la ganancia, apareció la figura inconfundible de Jackie, alta y furiosamente rubia. La acompañaban otra joven, más baja y robusta, morocha, y un hombre bajito y canoso. Subieron a un auto novísimo, gris acerado, que arrancó levantando tierra.

Diago se hundió en el asiento cuando el coche subió zumbando la pendiente hasta doblar para tomar la calle principal de Castillos. Los siguió a unos doscientos metros. El auto iba ahora más despacio, cuidándose de pozos y lomadas. Diago iba atento, cuidando no llamar la atención ni perderlos. No tuvo que andar mucho, a unas cuatro cuadras del cruce el coche se detuvo. Diago optó entonces por doblar a la derecha. Paró inmediatamente y regresó a la esquina. Desde allí, protegido por la oscuridad que proyectaba una cornisa observó la escena. Jackie se había bajado y tras un intercambio de palabras con el conductor, unas risas y gestos con la mano que a lo lejos le pareció que querían decir algo así como "¡no, no, hoy no!", extrajo unas llaves e ingresó a una casa sobre la cual la luz mortecina del alumbrado público permitía leer un cartel que decía "Hotel". Bien, esa noche no habría contacto, Diago se alegró porque necesitaba descansar. El encuentro para la próxima entrega de monedas había sido fijado para las diecinueve horas del día siguiente, y supuso que la mujer no se movería antes del mediodía. Se dirigió a la comisaría local donde era conocido y pidió para dormir un rato en una celda. Le trajeron un colchón pasable, no como el jergón de los presos. Una brisa agradable ingresaba por el ventanuco de la celda. Las noches de la costa oceánica tienen eso, pensó, un viento fresco sopla siempre desde el mar y permite dormir olvidando un poco el calor soporífero de los días de verano. Se desnudó completamente y colgó sus prendas interiores en el ventanuco para que se airearan, algo que había aprendido de los propios presos. En la

cabeza le bullían los pormenores de la investigación, pero también el bailecito inquietante de la falsa rubia. De todas formas el cansancio pudo más y muy pronto roncaba sonoramente.

Habría dormido unas cuatro horas cuando lo despertaron, como había pedido. Se duchó lamentando no tener ropa limpia para cambiarse, luego se dirigió a un boliche situado como a media cuadra del hotel de la rubia, se sentó junto a la ventana que daba a la calle principal, pidió un desayuno y se dispuso a esperar. Hizo una llamada a la comisaría de Rocha, explicándole al Comisario que estaba sobre la pista pero necesitaba apoyo, que le enviara a su ayudante habitual, el Cabo Ravaioli, en una patrulla que debía estar a disposición al menos durante el resto del día, para poder actuar rápido y con el apoyo necesario, y que además le llevara un par de mudas de ropa limpia, porque como dijo al teléfono "estamos en verano, ¡ya no me aguanto más!". "¿Usted se piensa que nos sobran las patrullas- había dicho airadamente el Comisario- y que tenemos un lavadero con entrega a domicilio?" "De eso se encarga el cabo, tiene la llave de mi casa, ¿y usted, quiere resolver o no el crimen del Canario?" contestó Diago, agregando que estaba convencido de que había algo grande detrás, que el crimen era como la punta de un iceberg. Finalmente llegaron a una transacción: "¡Tendrá la patrulla pero sólo hasta las siete de la tarde, si a esa hora no tiene nada concreto deberá regresar para el cambio de turno y vigilancia nocturna!", "de acuerdo" contestó y luego se dijo que si a esa hora no tenía nada se iría a descansar en una buena cama.

Compró un diario de Montevideo y fue directamente a la página de policiales, ya no había ni una línea siquiera sobre el asesinato del Canario, ocurrido unos pocos días antes. Eso le agradó, cuanto más olvidado pareciera el caso mejor, más confiados se sentirían lo criminales, ¿a quién le iba a importar un gaucho viejo, sin familia, que apareció muerto en una playa remota?

Casi no había comido el día anterior, sorbió con fruición el café, untó una tostada con manteca y mermelada de frutilla y disfrutó cada bocado, cada trago caliente. La mañana fresca y el sabor del café

le devolvían a sus sentidos antiguas sensaciones, el sabor de otras mañanas, le tendían un puente hacia el mundo de magia y afectos de su niñez, una ceremonia repetida cada día y que se le hacía absolutamente necesaria si quería empezar bien la jornada. Reconfortado se quedó mirando hacia la calle por la cual transitaban los autos de los turistas que subían por el camino polvoriento que venía de la Ruta 9 y luego descendían por la calle principal para cargar combustible en alguna de las estaciones. Autos nuevecitos de origen argentino que parecían clonados, casi todos de color gris metalizado y vidrios opacos, y viejos autos montevideanos cargados hasta el techo de niños, bolsos, bultos, sillas playeras, mesas plegables y muchos rostros bronceados y felices. "Rocha es una verdadera tierra de promisión", pensó, mientras distraídamente volvía su mirada hacia la puerta del hotel desde donde esperaba que más temprano que tarde apareciera "la rubia", como ya la había bautizado, por más teñida que fuera. Se preguntó que tan implicada estaría en el caso. ¿Estaría al tanto del crimen, sería cómplice, encubridora? Por alguna razón estas posibilidades lo molestaban, pero debía apartar del caso toda consideración personal, toda subjetividad. Por lo pronto ella era la única pista, si como pensaba el crimen estaba ligado a la moneda que le entregara la parejita de la playa y a la venta de un lote de las mismas en una casa de antigüedades de la Ciudad Vieja.

9. Diago recibe "refuerzos" y actúa con prudencia

De estos pensamientos le sacó la llegada del Cabo Ravaioli. Miró su reloj, ya habían pasado dos horas desde el momento que se sentara en aquella mesa del café. El cabo Ravaioli era su ayudante personal, siempre dispuesto a sacarle el cuerpo a las guardias pero bastante despierto y leal. "¡Anduvo rápido- pensó-, estará por pedir una licencia extraordinaria!".

- Siéntese ahí- le dijo-, y no haga aspavientos, estoy vigilando el hotelito ese de mitad de cuadra y no debemos llamar la atención, ¿me trajo todo?

- Caro que sí, en esta mochila está todo.

- Bien, voy a cambiarme, usted vigile y dígame si de ese hotel ve salir una rubia alta y llamativa, con un cuerpo de vedette, ¿me entiende?

Ravaioli enarcó una ceja.

- ¿Una vedette?, humm esto es más interesante de lo que pensaba.

Poco después, ya cambiado y refrescado Diago salía del baño y recuperaba su sitio junto a la ventana.

- Nada aún, jefe; pedí algo para disimular, la comisaría paga, ¿no?, estamos en misión- dijo esto y se metió en la boca un trozo de queso y otro de salame.

Diago miró con sorna el vasito de grappa y la picada.

- ¿Misión eh, y no sabe que no se puede tomar estando en servicio?

- Vamos jefe, una grapita, no sabe las corridas que me mandé para venir enseguida, ¡y es una hora de carretera! Por suerte había un móvil disponible, que si no...

- Está bien, yo lo cubro, después vemos si una grappa con picada entra dentro de los viáticos...

- Dos grappas- subrayó el Cabo- y un paquete de cigarrillos, para matizar la espera, ¿vio?

El Sub Oficial no tuvo tiempo de responder esta vez, miró hacia la puerta del hotel y allí estaba ella. Camisa azul holgada, un pañuelo

sobre la cabeza, hubiera pasado desapercibida de no ser por los ajustados pantalones negros que revelaban unas piernas largas, espectaculares, algo así como el sello de su personalidad. "Si quiere verse discreta lo primero que debería disimular son esas piernas inconfundibles- pensó Diago-, pero ciertas mujeres no renuncian nunca a exhibir sus principales atributos", y se acordó de una novia que por más frío que hiciera jamás se ponía nada que bajara de las caderas, "cada una sabe donde está su punto fuerte", se dijo. Puso un billete sobre la mesa y advirtió al Cabo Ravaioli que estuviera pronto para moverse. Poco después apareció un Lancia blanco al cual ascendió la mujer y partió rápidamente hacia arriba, tomando el ramal que va hacia la ruta 10. Diago se llevó a rastras al Cabo que de apuro se metió en la boca lo que quedaba en los platillos, subieron al viejo Chevette y arrancaron tras el rastro, esperando no perderlos en el camino. Por suerte el entronque a Aguas Dulces con sus subidas y bajadas tiene muy buena visibilidad. Perdía terreno a ojos vistas ante una maquina superior, pero agradecía la perspectiva que en algunos tramos le permitía ver, allá adelante, al automóvil blanco que se desplazaba a gran velocidad entre las palmeras. Lo vio doblar al llegar a la ruta y deslizarse raudamente hacia el Oeste, para el lado del arroyo, a unos dos kilómetros delante de él. Se sintió feliz cuando dobló otra vez tomando el polvoriento camino de tierra que lleva a Valizas , ubicable allá lejos por las altas dunas de sesenta o setenta metros de altura que le dan al pintoresco pueblo de pescadores su entorno tan especial.

10. Un día común en Valizas

En Valizas había vivido el Canario, cuando no estaba haciendo una changa en alguna estancia de la zona. Sacudió la cabeza recordando que se lo habían descripto como "un buen tipo, un criollo servicial". Lo suficiente para saber que era un típico rochense cuya vida transcurría entre la playa y el campo, un poco conservador, campechano y generoso, pero al mismo tiempo meditaba que quizás se había metido en algo muy grande, que no había podido manejar. Se propuso descubrir a cualquier costo a su asesino y se reafirmó en la idea de que estaba en la pista correcta. Detrás de todo estaban las monedas, ¿cuántas?, ese era el tema, seguro que eran muchas, las suficientes para matar y armar una trama que por lo visto incluía a varios personajes.

Entró despacio por la principal, un poco para localizar al auto blanco, otro poco porque no tenía más remedio. A esa hora cercana al mediodía transitaba mucha gente por el medio de la estrecha calle sobre la cual se situaban los tres o cuatro mercaditos en los cuales se aprovisionaba casi todo el pueblo. Lo habitual, gente despreocupada que no quería saber nada con apuros y que se fastidiaba cuando tenía que hacerse a un lado para dejar pasar un auto. "¡Acá hay que caminar, esto no es Punta del Este!" le gritó un barbudo de pelo largo, bandana y caravanas que no se hizo a un lado hasta que casi le pasó por arriba. Lo miró con fastidio pero no contestó nada, concentrado en su búsqueda. Cuando llegaba casi al extremo de la calle, frente al arenal que conduce al mar, vio finalmente el Lancia blanco apostado a un costado de la plazoleta "Leopoldina Rosa". Diago recorrió los boliches de la zona; por la hora- el ruido de su estómago se lo indicaba claramente- lo más posible era que los encontrara instalados para almorzar en alguno de los característicos negocios de comida. Pasó por el "MacYiye", el "Comiraje" y "lo de Charly" con la gorra encasquetada hasta las orejas y mirando de reojo, pero sin suerte, decidió doblar por una lateral y al pasar asomó la cabeza en "Punto G", una pintoresca y tambaleante

construcción de madera con techo de paja que le recordaba el rancho de los tres cochinitos, "soplaré, soplaré, soplaré y tu casa derribaré", amenazaba el lobo, y con el viento que hay en Valizas a Diago no le extrañaría que pronto corriera la misma suerte. Y ahí estaba ella: con pañuelo a la cabeza y lentes negros era el cliché de una conspiradora. Prudentemente se retiró, era imposible entrar sin ser visto. "Buena elección, un sitio discreto y un baurú de novela"- pensó, mientras se acariciaba el vientre y se relamía.

Llamó al Cabo Ravaioli quien se acercó solícito.

- Entre ahí y con mucha discreción, oyó, con mucho di-si-mu-lo- le dijo remarcando las palabras- fíjese con quién está la mujer de lentes negros y pañuelo en la cabeza, me pareció que estaba acompañada por dos tipos, vea si puede pescar alguna palabra de la conversación y compre un par de baurús y un agua mineral de litro bien fría, ¡y no demore!- remachó impulsado por el hambre. Diago conocía a Ravaioli lo suficiente para saber que pese a su naturaleza quejosa y algo haragana era un policía eficiente y sabía como comportarse en una misión. Sin embargo no había sido fácil "adiestrarlo", al principio era un poco desubicado, para él un sombrero con una pluma y una máquina de fotos colgando al cuello era "estar de particular", "¡Acaso piensa que es un turista- le había espetado Diago-, no puede llevar nada que llame la atención, debe ser como un árbol en el bosque, entendió!". Y sí, le costó pero con el tiempo entendió, y era leal y subordinado como pocos.

Se fue a buscar el Chevette marrón y blanco – "el tubiano" como lo llamaba- y lo estacionó en la esquina, lo más arrimado que pudo a una acacia que le daba algo de sombra. Diez minutos después apareció el cabo con los baurús que devoraron con fruición, acompañándose con unos tragos largos de agua mineral bien helada.

- Son dos tipos- dijo Ravaioli limpiándose la mayonesa con el dorso de la mano-, uno parece un bacán, y el otro es un tipo curtido, como un marinero. El marinero estaba interesado en levantarse a la rubia, o ya lo había hecho porque la chamuyaba pegadito a ella y meta mano todo el tiempo, y la mina le daba cuerda, ¡ta fuerte la loca esa!,

¿eh?- y Diago molesto, que se concretara a lo que había visto y oído, sin comentarios fuera de lugar, ¿que había podido escuchar que fuera de interés para ellos?

- Bueno- continuó Ravaioli-, el jueguito duró hasta que la mina se enojó, parece que discutían por un negocio, porque escuché algo de no se cuánto por ciento, y también mencionaban a Montevideo, y que sí que no, y la tipa se calentó y levantó la voz y le pidieron que se bajara del caballo y broma va broma viene para calmarla, ¡resultó calentona eh!, hasta que el marinero se enojó y se miraron feo, y en eso me entregaron los baurús y tuve que pagar y salir para no llamar la atención... ¿y ya puede decirme de qué se trata?, estamos investigando la muerte del Canario, ¿no?, ¿y esa gente que tiene que ver con ese asunto?

- A su tiempo- dijo Diago-, ahora abra bien los ojos que voy a descabezar un sueñito...

Un sacudón y las palabras "¡jefe, jefe!" lo despertaron, vio a la mujer salir con un bolso que no recordaba que llevara al entrar y remontar la calle de tierra hacia la principal. ¿Qué hacer, seguir a la rubia o quedarse esperando a los tipos? La vio doblar hacia la plazoleta y le dijo al cabo:

- La patrulla está esperando en la comisaría, vaya con ellos e intercepten el auto de la rubia antes de llegar a Rocha, y sobre todo busque la manera de que no puedan usar los celulares, ¿oyó?, eso es fundamental, debemos seguir contando con el factor sorpresa. Yo me quedo con esos dos- concluyó señalando con un gesto el pintoresco restaurante.

Cuando el cabo se hubo marchado Diago bajó del auto, el calor dentro del mismo era insoportable. Se sentó bajo unos transparentes, se metió la gorra hasta los ojos y se quedó medio amodorrado, esforzándose por no dormirse del todo. No tuvo que esperar mucho, dos tipos que respondían a la descripción del cabo salieron del boliche y subieron a una camioneta cuatro por cuatro con matrícula de Punta del Este que estaba estacionada a unos veinte metros de la puerta, casi enfrente adonde Diago se hacía el dormido, algo que en Valizas no llamaba la

atención. A la hora de la siesta era imposible permanecer dentro de las carpas ardiendo bajo los rayos del sol, así que muchachos y muchachas se tendían a descansar en cualquier lugar público donde hubiera un poco de sombra. Con los ojos entrecerrados los estudió cuidadosamente. Uno era alto, fibroso y vestía una sencilla remera blanca con la que destacaba su bronceado natural, ese era el que Ravaioli había descripto como un marinero; el otro era de mediana estatura, bronceado de cama solar, pelo aclarado, algo ventrudo sin ser gordo, Usaba una elegante remera Lacoste y se sentó al volante de la camioneta. "Ese es el bacán", se dijo Diago dándole la razón al cabo. Sorpresivamente tomaron el camino de las dunas, atravesando la desembocadura del arroyo por un sitio que no tenía más de medio metro de agua y se perdieron rápidamente para el lado del Polonio. Estaba prohibido transitar con vehículos por ese lado, pero la prohibición era virtual, no real, ya que no había vigilancia que lo impidiera. Se quedó maldiciendo pero al mismo tiempo se dijo que no tenía elementos suficientes para actuar contra ellos, primero debía averiguar quienes eran.

11. La investigación va tomando color

El siguiente paso fue llamar a Maldonado, de dónde provenía la costosa camioneta, y solicitar todos los datos posibles sobre su dueño, sus vinculaciones y sus negocios. Luego subió a su viejo coche y emprendió el camino de regreso. No pasó mucho antes que recibiera la llamada del Cabo Ravaioli.

- Jefe, los tipos entraron a Castillos, la mina se fue para el hotel y el auto se quedó esperando afuera, ¿qué hacemos?

- No van a demorar en salir, tienen que estar en Montevideo antes de las siete. Aprovechen para adelantarse y espérenlos a la altura de la Inspección de Bromatología, ahí tienen que pasar despacio y una patrulla al costado de la ruta no va a llamar la atención, es normal.

Revise bien, es posible que transporten un cargamento de monedas antiguas de mucho valor, y recuerde, ¡que no usen sus celulares, y usted se comunica de inmediato conmigo para informarme!

Mientras traqueteaba por la ruta diez, la hermana pobre de la ruta nueve, pero con un paisaje incomparablemente superior, el Sub Oficial meditaba melancólicamente sobre la conveniencia de hacer ese curso para Oficial... necesitaba un coche más nuevo, entre otras cosas, y además sacarse de encima la supervisión molesta de algún superior con cara de niño, recién egresado de la Escuela de Policía. Cuando iba por La Pedrera, el balneario de las altas barrancas y vista sin igual recibió la llamada que esperaba.

- Misión cumplida- dijo orgullosamente el cabo-, detuvimos el auto, no les dimos tiempo a nada, ¡y sorpresa, en la mochila de la rubia encontramos una bolsa de lona que contenía una cantidad de monedas antiguas, todavía no las contamos, pero hay un montón, deben valer una fortuna! ¿Eso era lo que esperaba encontrar jefe? ¿Y ahora que hacemos?

Diago no podía en sí de la satisfacción que le produjeron estas palabras. El rastro era cada vez más firme, ahora había que actuar con rapidez y precisión.

- Llévenlos a la comisaría, que no se comuniquen con nadie hasta que yo llegue... Sí, ya sé que tiene derecho a hacer una llamada, un abogado y todo eso, pero usted ha visto mucha televisión, ¡que no hablen con nadie hasta que yo pueda interrogarlos, sobre todo la rubia!... ¿Los oficiales?, dígales de parte mía que voy para ahí, estoy a media hora de camino, cuando llegue les explico todo lo que sé...

12. Donde se cobra la primera pieza... y la más codiciada

Pasó La Paloma y dobló por la veinte hacia Rocha. Los oficiales... él hacía todo el trabajo y ellos ponían la cara en televisión, eso no le importaba, pero hubiera querido tener más independencia para moverse. Ahora sólo le preocupaban dos cosas: que no le arruinaran la investigación y reclamar los vales de combustible que le estaban debiendo por usar su propio auto, ¡y eso sin contar el desgaste que implicaba andar por caminos de polvo y pasto!

Llegó a la comisaría un cuarto de hora después que la patrulla que conducía a los detenidos. Diago pasó lo más rápidamente que pudo a la sala de interrogatorios, donde ya se encontraba la rubia con una expresión que revelaba ira y frustración. Cuando entró Diago se transformó en una mezcla de sorpresa y desprecio.

- Así que habías resultado tira- le dijo-... ¡qué tristeza!

- Si de oficios tristes hablamos...- contestó Diago.

La mujer hizo un gesto despectivo y miró hacia un lado.

- Vamos a hablar claro- dijo Diago-, no tenemos mucho tiempo. Estás involucrada en cosas muy graves: tráfico ilegal, defraudación... y sobre todo asesinato.

- ¡Yo no sé nada de eso- explotó la mujer, asustada-, sólo ayudaba a un amigo a transportar un paquete, mi obligación era entregarlo y listo, me aseguré que no fuera un asunto de drogas ni nada por el estilo, apenas unas inofensivas monedas antiguas que ni sé de donde salieron!

- En eso estamos- Diago extrajo unas fotos de un cuerpo semienterrado en una playa, primero de espalda, luego boca arriba sobre la arena. Era un hombre aparentemente grande, de tamaño y de edad. Los cabellos canos, el cuerpo que había sido fibroso pero ahora mostraba señales de vejez y descomposición, un cuajarón de sangre

le cubría parte del rostro y la cabeza. La mujer dio vuelta la cara con aprehensión.

- ¿Y ése quién es?- inquirió desconfiada.

- Le decían "el Canario", tenía un rancho en Valizas, aunque pasaba la mayor parte de su tiempo en el campo, ¿no te dicen nada esos datos?

- No, para nada, no lo conozco, creo, es difícil verle el rostro...

- Pues fue ejecutado con un tiro en la cabeza, y su asesinato está relacionado con esas monedas que transportabas, así que cuéntame todo lo que sabes, si no quieres terminar con una condena de muchos años, cuando salgas vas a tener que dedicarte a otra cosa- dijo Diago, mirándola de arriba abajo.

- "Cuéntame lo que sabes "- remedó la mujer-, que raro que hablan acá... ya te dije que no sé nada... ¿y no tendría que tener un abogado?

- Mira que esto no es una serie de televisión ni cosa que se le parezca, acá no tienes derecho a un abogado hasta que a nosotros nos dé la gana, te podemos tener horas sentada ahí sin comer ni beber ni dormir, y peor para ti, porque me parece que tu participación en este asunto es muy periférica, ¡pero si no colaboras vas a salir con una acusación de encubrimiento de asesinato!

- ¡Pero es que yo no sé nada, te lo juro! Mirá, salí un par de veces con el tipo ese que le dicen "el Porteño", uno alto y musculoso, si me estuviste siguiendo ya sabés a quien me refiero, Marcelo me dijo que se llamaba, y un buen día me buscó en la whiskería y me ofreció viajar a Montevideo a vender unas monedas antiguas, me habló de cantidades pequeñas, me dijo que las había sacado del mar y que el estado se iba a quedar con casi todo, así que prefería venderlas bajo la mesa, y me ofreció una comisión muy tentadora. ¡En una sola venta iba a sacar más de lo que gano aquí en un mes! Me dio una lista de direcciones a las cuales dirigirme y un número de celular para contactarlo cuando saliera algo, ¡eso es todo lo que sé!!

- ¿Marcelo qué- preguntó Diago- y donde vive?

- Sin nombres, me dijo, es mejor para los dos, si te agarran con las monedas te las sacan y eso es todo, a vos no te pasa nada...

- Pero estuviste con él, ¿adónde te llevó, qué te contó?, en esos momentos los hombres se van de la lengua... ¡en más de un sentido!- dijo Diago y volvió a mirarla de una manera inconfundible- sería una lástima que perdieras lo mejor de tu vida en la cárcel...

- ¿Y esto qué es, "Intrusos"? Bueno, si querés saber... me llevó a un hotel en Aguas Dulces, ahí estuvimos un par de noches, ¡y te puedo asegurar que no perdimos el tiempo hablando!

- Necesito más, todo lo que te acuerdes, ¿a qué se dedica?

- Tiene un barco, una especie de yate, me invitó a pasear pero ese día nunca llegó... se dedica al buceo, saca cosas del mar, eso es lo que me dijo. Dice que sacó las monedas del mar pero que eran muy pocas para compartirlas con el gobierno, necesitaba venderlas para pagar el barco y otras deudas...

-¿Quiénes son los otros dos, el tipo que andaba con "el Porteño" en Valizas, el de la cuatro por cuatro y el otro, el chofer del auto que te transportaba?

- El de la cuatro por cuatro es uruguayo, un chico bien, "Pacho" me dijo que se llamaba, pero no estoy segura, quizás es un sobrenombre tan falso como él. A lo que parece es socio en el asunto de las monedas, y bastante arrogante, pasó todo el tiempo quejándose, que Valizas parece un cantegril, que está lleno de hippies mugrientos, que los caminos son un desastre y no se cuántas cosas más. El chofer es guardia de seguridad, trabaja como guardaespaldas. Es contratado, igual que el auto, su única misión era transportarme y cuidar de mí, no sabe nada... ¡ni siquiera sabía de las monedas, creía que era la amante de uno de ellos, o de los dos!

- ¿Acaso no es así?- Diago la miró, interesado en la respuesta.

- No. "Business" – respondió la muchacha-, sólo eso, "business", ¿se dice así no?... ¿Te importa acaso?

- Claro- dijo Diago, desviando la mirada-, hay que determinar tu grado de participación, si sos cómplice o simplemente una "mula".

- ¡Yo no soy mula de nadie!

- Pues eso es lo que estabas haciendo...

- ¡Te juro que no sé nada, quería ganar unos pesos extras, tengo un hijo en Montevideo!

- La eterna historia... ¿cuántos viajes hiciste?

- Tres con éste. ¿De qué me vas a acusar, te darás cuenta de que estoy colaborando?

- Si me dijiste la verdad y no tienes nada que ver con el crimen no formularé cargos graves, en el informe diré que fuiste contratada para entregar las monedas y que ignorabas su origen, ahora lo que te va a costar es convencer al juez de que no sabías que era una operación ilegal, ¿tienes antecedentes?, tú sabes a que me refiero...

- Nunca participé en ningún delito, ahora... por trabajar donde trabajo me ficharon y me obligaron a hacerme el carné de salud, vos sabés como es eso...

- Sí- contestó lacónicamente Diago, y luego dirigiéndose a la puerta- vas a tener que esperar acá.

- ¿Y ese abogado?

- Más tarde, cuando haya atado algunos cabos...

Un rato más tarde Diago completó la información necesaria. El propietario de la poderosa Thunder resultó ser el hijo de un conocido empresario de Punta del Este. Pero a Diago no le alcanzaba con eso. Hizo una llamada personal a un compañero de sus comienzos en la policía, pero que había hecho todos los cursos habidos y por haber, y ahora revistaba como Oficial en la jefatura de Maldonado. Le pidió que le pasara algunos datos "off-the-record" para no levantar la perdiz sobre el dueño de la camioneta, sus negocios y sus amistades, y le pidió muy especialmente reserva y presteza "si no queremos que borroneen el rastro" le había dicho.

Comenzó a redactar el informe que le pedían sus superiores mientras meditaba sobre el caso. Los dos cadáveres de la Playa de la Calavera, las monedas, la rubia, el empresario, el marino, eran como piezas sueltas, pero pronto, estaba seguro, todo tomaría una forma clara y definitiva.

13. Sobre marineros, financistas y mujeres fatales

Poco después recibió la llamada que esperaba. Era su colega de Maldonado que tenía información jugosa sobre los dos tipos misteriosos. "El bacán" pertenecía a una familia adinerada, su padre era un empresario conocido, pero el hijo le había salido un tiro al aire. En el ambiente se decía que estaba vinculado al mundo de las drogas, pero no de cualquiera, sino "de las buenas", y por esa razón había caído en alguna redada, pero sólo le habían podido comprobar "consumo". Eso y sus influencias habían logrado mantenerlo fuera de la cárcel. Su aburrimiento lo llevaba a participar en empresas audaces, y tenía algunos amigos aventureros y poco recomendables. "Últimamente- le dijo- se le ha visto mucho en compañía de un argentino que tiene una empresa de buzos", "¿Qué cosa, una textil?" bromeó Diago, quien confirmó con estas palabras la información que le había proporcionado Jackie, aunque prefirió aparentar cierta ignorancia "no, no, de hombres ranas, tiene un yatecito, una lancha en realidad y realizan trabajos bajo el agua, reparaciones, rescates, esas cosas", "ajá, ¿y cómo se llama ese argentino?" "Fabián algo, o "el porteño" mi informante no tiene todos los datos, te puedo averiguar. En el puerto debe estar registrado, dame veinticuatro horas", y acá Diago que no, que no tenía tanto tiempo, pero que siguiera averiguando lo que pudiera, si últimamente había movido valores, dinero, lo que fuera, dónde estaba su barco, quienes eran sus hombres y todo lo que pudiera ser útil para la investigación.

- ¿Vos sabés el trabajo que nos estás dando? Decime, ¿qué está pasando, y qué sacamos nosotros de todo esto?- inquirió el fernandino.

- Algo grande, aunque todavía no tengo todos los datos, tráfico de monedas antiguas por lo menos, y quizás un asesinato, pero por favor, actúen con discreción, las pistas del crimen son muy difusas y si levantamos la perdiz, los perdemos. Cuando tenga las pruebas, te prometo que compartiremos todo... incluso los créditos.

Volvió Diago adonde estaba la mujer.

- Necesito que colabores.

- ¿Más todavía? No tratarás de ponerme un micrófono o algo por el estilo, ¡eso no lo haré jamás!- Jackie se puso en guardia.

- No, necesito que hagas una llamada, luego desapareces...

- *¡Luego desapareces, luego desapareces!-* la mujer, resentida, se burló una vez más del acento rochense de Diago- ¿acaso no sabés que no tengo adónde ir?, ¿querés que me peguen un tiro en la cabeza?, esa es la suerte de los ortibas.

- Necesito ganar tiempo, ellos no saben todavía que te tenemos, ni tienen por qué pensar que los entregaste, en realidad ya sabemos quienes son, y lo que nos interesa es descubrir su responsabilidad en el crimen del Canario. Si no tienes nada que ver con eso es mejor que colabores, de lo contrario te acusarán de encubrimiento, pasarás años en la cárcel y cuando salgas... ¿conoces el tango?: "*vieja, fané y descangayada...*", canturreó Diago.

- Bueno, lo pensaré. ¿Y qué garantía tengo?

- Tendrás que aceptar mi palabra, es mejor que nada. Y ahora mismo no hay tiempo, debes decidirte, estás con nosotros o estás con ellos y sos una encubridora. Dí que sí y estoy dispuesto a informar que participaste engañada, que no sabías nada- Diago pensaba que era fácil prometer, que la verdad completa sólo iba a salir cuando tuviera las declaraciones de todos los implicados.

- "¡Dí que sí, dí que sí- parodió una vez más la rubia- como si fuera tan fácil!", pero unos minutos después hacía la llamada: que había hecho la entrega, que estaba todo bien. "Voy para ahí y llevo la plata- agregó- ¿dónde nos vemos?".

Un instante después cortó la conversación y miró a Diago, siempre con resentimiento.

- Me esperan esta noche a las diez, que agarre la ruta a Punta del Este y media hora antes llamarán para decirme el lugar exacto. ¡Por supuesto no pienso ir-dijo la mujer-, por nada del mundo!

- No será necesario, yo puedo reconocerlos. Además tu chofer ya cantó todo lo que sabe, que no es mucho, pero ayuda. ¿Sabías que trabaja para el padre del socio del porteño, el que te dijo que se llamaba Pacho? Es un guardia de seguridad, todo va encajando.

- Veo que te especializás en sacarle información a la gente...

Diago se acordó del pelirrojo fascista de "CSI Miami", se puso de costado, "that... is my job" dijo con énfasis cinematográfico y se fue sin mirarla.

14. Un crimen antiguo

La llamada llegó puntual, el sitio de encuentro fue fijado en "Las Tablitas", una pintoresca cantina situada en la rambla costanera, entre La Barra y Manantiales. La operación fue relampagueante y exitosa. El Mitsubishi blanco fue estacionado en una calle lateral, a unos metros de la esquina, a modo de señuelo. Cuando los dos hombres ingresaron al local buscaron con la vista a la intermediaria de sus operaciones, pero no la encontraron, en lugar de eso vieron a Diago, que comía plácidamente una milanesa al pan, entre otros clientes. Eligieron una mesa y se sentaron, desconfiados, mirando hacia todos lados. En ese momento Diago hizo una señal y cuatro hombres estratégicamente distribuidos saltaron sobre ambos, los redujeron sin darles tiempo a pestañear y se los llevaron ante la atención estupefacta de una veintena de clientes.

Poco después el Sub Oficial coordinaba el resto de la operación, que incluía la detención de algunas personas y la captura del barco de "el Porteño".

Sus sospechas se vieron confirmadas al poco rato, cuando le comunicaron que en la lancha que el Porteño llamaba ampulosamente "mi yate", tras un panel oculto se había encontrado un arca con

monedas antiguas de oro y que se había detenido a un marinero de a bordo, también buzo, como su jefe.

- ¿¡Me querés decir de donde puta salieron esas monedas!?- le había espetado por teléfono su amigo de la Jefatura de Maldonado, que se había encargado de organizar el operativo.

- Estaban enterradas en la playa- dijo Diago-, es lo único que sé sobre ellas...

Dos hombres subieron los remos y empujaron la barca hasta la orilla con el agua chicoteándoles las altas botas marinas. Arrojaron un ancla sobre la arena y luego, con dificultad, bajaron unos cofres de metal y los depositaron en la playa.

- ¿Qué hacemos ahora?

- Tranquilo, ahí arriba hay una cruz donde enterraron a algunos marineros del Polonio, una barcaza que se hundió acá cerca hace unos años. La usaremos como referencia para enterrar los cofres hasta que podamos volver por ellos.

- Polonio, Polloni, ¿qué casualidad, no? Nada me extrañaría que este lugar se llamara Polonio algún día- dijo el hombre y rio exhibiendo una dentadura amarilla y de dientes espaciados como almenas, lamentablemente típica en los hombres de mar.

Al Capitán Polloni nunca le había gustado el Piloto Mayor de Arturo, encontraba su risa mordaz, despectiva, además sospechaba de un torvo pasado. Claro, él mismo no era mucho mejor en esas circunstancias. Muchos años jugándose la vida, capeando temporales, atravesando mares infestados de piratas, cumpliendo a rajatabla su deber, ¿y todo para qué?: para que se enriquecieran otros que no movían su trasero de los mullidos sillones de sus palacios de Madrid, Sevilla o Barcelona. Por razones similares se habían hecho piratas marinos de gran renombre como el Capitán Kidd o el Capitán Bowen. Años y años lejos de su familia, apenas había tenido el tiempo para hacer hijos, pero no para verlos crecer. Eran años que habían erosionado su amor al mar y a la profesión. Hubiera querido retirarse, pero después de transportar tantos tesoros que

había defendido con riesgo de su vida, no tenía nada ni derecho a nada. Debía seguir y seguir hasta dejar sus huesos y su memoria en alguno de los remotos mares de oriente o de occidente. Así es que decidió apresurar su retiro, pero para ello necesitaba fabricarse un golpe de suerte, un golpe que le permitiera retirarse con su familia a una linda finca en la campiña de Toscana, donde había transcurrido su infancia. La carga secreta del Nuestra Señora del Rosario era la oportunidad que había estado esperando, más de ochocientos mil pesos en monedas de la ceca de Santiago. Era frecuente que se cargaran estos tesoros bajo el más estricto secreto, en algunas ocasiones sólo el capitán estaba al tanto de estos cargamentos. Era la forma de evitar que la noticia trascendiera y de repente todos los piratas de los mares estuvieran tras el rastro de la nave. Pero necesitaba alguien que lo secundara, y no le costó encontrarlo. El Piloto Mayor de Arturo era hombre ducho en marinería, pero el capitán Polloni pensaba que ocultaba muchas cosas de su pasado. Se basaba para ello en su conocimiento de los hombres, en su convicción de que la fisonomía de una persona era casi siempre una ventana abierta a su espíritu. Su mirada huidiza, su risa cínica, aquellas viejas cicatrices que le cruzaban la espalda y resaltaban especialmente cuando con el poderoso torso desnudo y cubierto de sudor timoneaba la nave bajo el ardiente sol revelaban su verdadera naturaleza. Entonces el sudor se canalizaba trazando el mapa de su oscuro pasado. En esos momentos el Capitán Joseph Polloni había podido leer en los antiguos surcos un pasado de castigos atroces, en los cuales atado al mástil principal había pagado quien sabe que delitos con los latigazos terribles del contramaestre. Adivinó el resentimiento acumulado, el odio, el ansia de revancha, y no se equivocó.

- Tomaremos esta cruz como referencia-le repitió Polloni-, mire allí, al pie de esas rocas aisladas, unos cien pasos al norte, parece un lugar ideal... allí enterraremos las arcas hasta que podamos volver por ellas...

Mientras uno empuñaba la pala y cavaba en la mezcla de arena, tierra y grava menuda, el otro vigilaba, una preocupación casi ociosa, era imposible que alguien llegara hasta ese apartado lugar, una trampa de arena y agua entre extensos medanales y corrientes embravecidas

sobre cuyo horizonte, como una barrera natural se veían a los lados dos prominentes cabos rocosos y al fondo dos grupos de islas, islotes mejor dicho, sin ningún aprovechamiento salvo para los lobos marinos y las gaviotas que establecían en ellos sus colonias de reproducción. Varios barcos se habían perdido ya en esos canales sembrados de escollos y restingas y muchos más se perderían andando el tiempo. No entraba en ese grupo el Nuestra Señora del Rosario, también llamado Fredisburg, nombre clave que le asignaban quienes transportaban cargamentos escondidos en sus bodegas. El "Fredisburg" no se había perdido por causas naturales o por acción de los elementos, sino que todo había sido decidido entre el capitán y el piloto. El plan era sencillo y se había cumplido a la perfección. El capitán le señaló al piloto un banco cercano a la costa en el cual había que encallar el barco en un día tranquilo y soleado, cosa de no perder ni el cargamento ni a ninguno de los hombres de a bordo. Era la condición principal que había impuesto el capitán Polloni, quien no quería llevar en su conciencia ninguna víctima inocente de su ambición y resentimiento. Como estaba previsto el barco se depositó suavemente sobre la restinga en el canal entre el islote y la costa. No fue difícil rescatar a la tripulación que llegó a playa en varios viajes de los escasos botes que había a bordo, también fue posible rescatar las provisiones y hasta algunas lonas y muebles que permitieron improvisar un campamento mientras algunos osados se dirigían caminando al Maldonado, atravesando inhóspitas tierras de indios, para solicitar el auxilio que tardó en llegar varios días. Luego vinieron los carros que fueron transportando a Montevideo a los pasajeros, con sus equipajes, el cargamento y todas las cosas de valor que pudieron rescatar del barco y que iban a remate, como era usual en esos casos, para resarcir en parte a los armadores e inversionistas. Todo fue trasladado a Montevideo, todo menos la carga secreta de la cual sólo sabían el Capitán Polloni y el Piloto Mayor de Arturo. Cuando ya quedaba muy poco que rescatar y el Nuestra Señora, alias el Fredisburg, se escoraba irremediablemente desplazándose hacia el borde del banco de arena, una noche de luna llena semioculta por las nubes típicas del país, las que tiempo después inspirarían a tantos paisajistas, una barca

con dos hombres a bordo abandonó sigilosamente la costa y se dirigió a la abandonada nave. Allí, en un compartimiento secreto en el camarote del capitán aguardaban ochocientos mil pesos en monedas no declaradas que provenían de Santiago, y en las cuales el Capitán Polloni cifraba sus esperanzas y su futuro. Desmontaron unas tablas con la ayuda de una uña de hierro y un martillo y obtenida la recompensa por la cual habían jugado sus carreras y sus vidas la transportaron al bote y de allí a la orilla. No podían llevar los cofres consigo en los carros, ni dejarlos en el barco que a la primera tormenta se deslizaría inevitablemente hacia el fondo arenoso del estuario donde quedaría sepultado para siempre.

Y así fue como se vieron cavando un pozo, en un lugar que ambos recordarían mientras les quedara vida. Cuando juzgaron que era suficientemente hondo colocaron un piso de piedras y luego depositaron los cofres. ¿Cuántos cofres eran? Aquí es difícil precisar los datos, los suficientes para contener ochocientos mil pesos. ¿Pudo finalmente el Capitán volver por alguno de ellos, y cumplir sus sueños, los encontró alguien más o quizás se hundieron irremediablemente con el Nuestra Señora? Lo cierto es que tenemos noticias de uno sólo, lo demás será quizás, para siempre, parte del misterio de esas costas inextricables. Lo cierto es que De Arturo aún paleaba cuando el sol se elevó sobre el horizonte. Polloni se distrajo contemplando el espectáculo siempre idéntico y siempre nuevo del amanecer, los dedos rosados de la aurora extendiéndose mágicamente hasta donde alcanzaba la vista, cuando algo casi imperceptible, una vibración del aire, una sombra, una respiración alterada apenas audible entre el ronco crepitar de las olas, le impulsaron a echarse a un lado al tiempo que metía la mano bajo el ancho cinturón y amartillaba una pistola corta, de dos caños que traía oculta a la vista. El movimiento evitó que la pala, descargada con una fuerza descomunal le partiera la cabeza, en vez de ello golpeó sobre su hombro izquierdo y se deslizó por su cuerpo. Sobreponiéndose a una terrible puntada el Capitán Polloni alzó el arma y disparó, una vez, y como el otro hombre hiciera todavía un esfuerzo por enarbolar la pala volvió a disparar. De Arturo soltó finalmente su improvisada arma, se llevó las manos al pecho tratando de contener una

fuente de sangre y cayó, quedando a medias apoyado sobre el montículo de arena a un costado del pozo. Miraba aún al capitán con una expresión mezcla de odio e incredulidad.

- ¿Por qué?- preguntó Polloni- ¿por qué?, ¡ambos podíamos ser inmensamente ricos!

- No fue ambición- contestó dificultosamente De Arturo- temía que me traicionaras, y no estaba equivocado... tenías un arma oculta...ibas a asesinarme...

- ¡No, no iba a hacerlo, no confiaba en vos, simplemente, pero nunca os hubiera matado si no me hubieras obligado!

- ¡Maldito seas, - alcanzó a barbotar entre vómitos de sangre el piloto De Arturo- no os creo!- y con una sonrisa escéptica dibujada en la boca sus ojos adquirieron la absoluta fijeza de la muerte.

Polloni reaccionó lentamente. Haciendo un gran esfuerzo pudo controlar el dolor de la clavícula rota y empujó a De Arturo arrojándolo dentro del pozo semi cubierto. Luego, valiéndose de un solo brazo terminó de tapar el hueco. Al menos el dolor le ayudaba a apartar de su mente lo ocurrido: la muerte de ese hombre que hasta un rato antes había sido su compañero y su compinche. Casi sin querer recordó una antigua fábula que le había contado su padre, la del escorpión y la rana. De Arturo no podía evitar actuar como lo hizo, Polloni siempre lo había sabido. Incluso lamentó el momento de distracción en el cual le había dado la oportunidad al torvo piloto mayor y le había obligado a matarlo. Pero ya estaba hecho, ahora sólo le quedaba completar el trabajo. Como pudo acarreó algunas plantas de las que se extienden como enredaderas entre las rocas disimulando lo mejor posible el lugar del enterramiento.

El sol alto indicaba ya el mediodía cuando volvió al bote. Como pudo, gimiendo todavía por el dolor, subió a bordo de la frágil embarcación que se sacudía a impulsos del sempiterno oleaje de aquellos parajes, y luego con un cuchillo hizo lo único posible, cortó la soga y dejó que derivara hacia el mar. Luego de reposar un rato en el fondo de la embarcación, los ojos vueltos a las alturas, rogando que no se despedazase contra alguna roca, pudo erguirse y tomando un remo trató de dirigirse hacia la

ensenada de Castillos. Bajo el azul caliginoso del cielo se recortaban ahora la Punta del Diablo coronada por el Cerro de la Buena Vista y la Isla del Marco. Lo acompañaban el ronco estruendo del mar en aquel laberinto de rocas y el graznido lúgubre de las gaviotas. De tanto en tanto algún lobo solitario sacaba la cabeza fuera del agua para respirar, y tras echar una mirada indiferente volvía a sumergirse en busca de las centollas, los grandes cangrejos rojos que constituían su casi exclusivo alimento, testigo indiferente de su pequeña e increíble odisea.

Polloni meditaba mientras tanto en la historia que debía contar de regreso al campamento: que habían ido al barco a ver que podían salvar aún, ya que su hundimiento parecía inminente, y que había ocurrido un accidente, el Nuestra Señora se había escorado de golpe sepultando al piloto de Arturo, mientras que él mismo se había salvado de milagro tras recibir un terrible golpe. La clavícula fracturada, o por lo menos fisurada, era la prueba que aventaría cualquier sospecha. Por otra parte el Capitán Joseph Polloni era un marino intachable, su palabra era tomada siempre como verdad sagrada. En cuanto al resto, a la recuperación del tesoro, ya volvería por él cuando todo hubiera pasado, cuando se disipara cualquier sospecha y estuviera en condiciones de hacerlo. Se llevaría lo que pudiera y algún día volvería por el resto. Esperaba que no pasara demasiado tiempo, la verde y umbrosa campiña toscana lo reclamaba cada vez con más intensidad. Si pudo hacerlo o no...es otra historia. Mientras tanto el esqueleto del Piloto Mayor De Arturo, siniestro guardián, cuidaría el tesoro y esperaría pacientemente, por toda la eternidad si era necesario. Antes de superar el cabo fácilmente reconocible por su cerro coronado de piedras, dirigió una última mirada al desierto paisaje, y se estremeció pensando en cuántas vidas y bienes cobraría todavía aquella costa erizada de rocas, restingas y corrientes traicioneras...

15. Seleccionando el pescado en el espinel

- ¡Yo no tengo nada que ver con ningún asesinato!- bramaba el hombre, un treintañero, mientras se mesaba con desesperación la cabellera rala, casi naranja- ¡yo sólo aporté dinero, fui el capitalista en una empresa que me pareció atractiva, aventurera, el rescate de un tesoro hundido en el mar!

Diago insistió con sus punzantes preguntas, sin convencerse del todo, pero al mismo tiempo iba reformulando sus hipótesis. El hosco mutismo del autodenominado "Capitán Robledo", también conocido como "Marcelo", "Fabián" o "el Porteño", dueño de la empresa de rescate marino y buzo principal, le obligaron a hilar concienzudamente los hechos.

Todas las monedas encontradas a bordo de la nave resultaron ser de la misma partida, todas iguales a las que transportaba la rubia y a la que el Canario había obsequiado a la joven pareja en Valizas. Todas eran vasos comunicantes. Diago no dudaba que el crimen del Canario estaba relacionado con el tesoro que había llegado casualmente a sus manos. No había sabido guardar el secreto, o se había arrimado a quién no debía... el asunto estaba ahí... faltaban los detalles y el autor material del crimen.

Separar a todos los implicados, agotarlos, apretarlos uno por uno con una mezcla de promesas y amenazas era la estrategia habitual en estos casos, y no falló tampoco esta vez. El "puzzle" se fue armando con cierta facilidad. Sólo faltaban la confesión, y si era posible el arma. El buzo capturado a bordo fue el primero en aflojar: "...le pidió la camioneta prestada al coso ese de Punta del Este-dijo-, después me hizo acompañarlo a buscar al tal Canario, nos encontramos en Valizas supuestamente para hacer un negocio, el tipo tenía unas monedas para vender, ni siquiera sabía su valor, lo subimos a la camioneta y lo llevamos a la Playa de la Calavera. Yo no sabía que "el Porteño" iba a matarlo, tomamos unos tragos que le aflojaron la lengua, el Porteño

estuvo muy convincente, y el Canario cantó como nunca. Después, aprovechando que estaba borracho lo llevó a pasear por la playa. Yo me quedé en el auto. En resumidas cuentas el Porteño volvió solo. Me dio una pala y me ordenó que fuera a enterrar el cuerpo que estaba sobre la arena, que no demorara, que ya estaba amaneciendo y no tardarían en empezar a pasar caminantes por la playa, esos que se mueven entre Valizas y el Polonio. No pude sino hacer lo que me decía. Yo estaba impactado, me hizo cómplice, pero no podía decir nada, un poco por lealtad y otro poco porque le tenía miedo. Después de un rato me dijo que me consideraba un amigo, que me iba a recompensar muy bien, que no había forma que nos conectaran con ese crimen, y un montón de cosas más. Hablaba y hablaba, creo que estaba conmovido, ni siquiera estoy seguro de que lo hubiera planeado antes. Volvimos a Valizas y estacionamos a un costado de la principal. Era de noche todavía. El Porteño fue hasta el rancho del Canario y volvió con una bolsa que contenía algo muy pesado, no hice preguntas, no quería saber nada". "¿Y el arma?", inquirió Diago. "No sé, quizás la tiró por ahí, o quizás no, era un arma alemana, de la segunda guerra mundial. Siempre la mostraba con orgullo, la quería mucho, creo que fue de su padre..." "¿Ah sí?-pensó Diago-, ya aparecerá entonces, estos tipos se encariñan con un arma como si fuera un mina, dudo que la haya tirado al fondo del mar, sería como una traición".

Finalmente le tocó el turno a Robledo, Diago simplemente se sentó frente al marino y reconstruyó minuciosamente los hechos, estaba seguro que no le erraba casi en ningún punto. El Porteño estaba visiblemente abatido, negó todo, hosco.

- Tengo tres declaraciones que te incriminan- le espetó el Sub Oficial-, estás frito, y más vale que me digas donde está el arma, si no querés que desmantelemos tu barco...

- Es asunto suyo, yo no le voy a decir nada, no sé nada de ese crimen, están buscando un chivo expiatorio...

- ¿De dónde sacaste las monedas?

- Las encontré, soy un buscador de tesoros.

-Puede ser, pero me parece que este tesoro ya lo había encontrado alguien antes que tú... está bien, no necesito tu confesión, tengo todas las piezas del rompecabezas, sólo me falta encontrar el arma, estoy seguro que no te deshiciste de ella, una pieza de colección según me contaron, es cuestión de tiempo encontrarla... Yo me voy a terminar el informe y a dormir un rato, mañana nos espera el juez. ¡Que disfrutes el calabozo!

Al otro día Diago se presentó triunfante en la celda del Porteño. Traía en sus manos un bulto cuidadosamente envuelto en varias bolsas impermeables y meticulosamente encintadas.

- ¡Adivina qué tengo acá!- le dijo rebosante de satisfacción. Luego abrió cuidadosamente el paquete hasta que quedó a la vista una pistola negra, de largo caño, esmeradamente bruñida y engrasada- ¿Esta es tu pistola verdad?, no te criticaré por haberla conservado, es una verdadera reliquia, ¿proviene de algún marino del Graff Spee quizás?, bueno, no importa, supuse que un submarinista como tú ocultaría las cosas bajo el agua, y no me equivoqué. Envié un buzo de la prefectura y ahí estaba, ¡pegadita al casco de la embarcación, donde tú la dejaste! ¡Y no te molestes en negarlo, ya la procesamos, y tiene tus huellas! Y ahora quizás puedas contarme el resto, ¿por qué lo hiciste? ¿Era necesario matar al Canario, valían la pena unas cuantas monedas?

- ¡¿Si valían la pena- explotó Robledo-, si valían la pena!?- sacudió la cabeza y su mirada se oscureció, como si mirara "para adentro". Comenzó una especie de monólogo, que Diago se cuidó de no interrumpir.

- Una vieja historia de piratas, con todos los ingredientes: naufragios, tesoros enterrados, crímenes antiguos... toda mi vida estuve detrás de algo así, años y años buscando, arriesgando mi vida bajo estas aguas oscuras y traicioneras, arrastrándome en las oficinas de algún ricachón para obtener financiación o ante algún burócrata para conseguir un permiso, ¿y todo para qué?, para sacar unos cuantos trastos cascados de loza o de porcelana, unos candelabros de bronce y

un par de cañones herrumbrados... y de repente aparece ese viejo, ese don nadie que nunca oyó hablar del Polonio, ni del Nuestra Señora del Rosario, ni del Fredisburg, ni de nada, preguntando si alguien sabía del valor de una moneda que había encontrado... cuando vi la fecha y la efigie de Fernando VI me vino inmediatamente a la memoria lo que había leído sobre el naufragio del Fredisburg, la fecha coincidía, ¡nunca había visto una moneda igual! No fue difícil emborracharlo y sacarle todos los datos. Después... la suerte estaba echada... ¡y no fue por el dinero, nunca fue por el dinero, siempre fue por la aventura! ¡Qué saben ustedes de la exaltación de la búsqueda, la expectativa, la ilusión del hallazgo soñado durante tantos años y que nunca llegó! ...- eso dijo, y allí quedó cabizbajo, ensimismado, derrotado.

¿Para qué agregar nada? Diago volvió a su oficina. Caso cerrado. ¿A quién pertenecía ahora el tesoro? ¿Al Estado, a la familia del Canario si es que tenía alguna, habría quizás algún reclamo ancestral? No le correspondía a él determinarlo. Las monedas fueron depositadas en el Banco de la República a la espera de que el juez competente decidiera a quién pertenecían. Tenía la esperanza de que fueran a remate y sirvieran para construir más escuelas, siempre necesarias. En su informe detalló con precisión la participación de cada uno, pero en lo que respecta a Jackie sólo estipuló, y ratificó después ante el juez, que había sido contratada para las entregas de monedas, una intermediaria que ignoraba el crimen, el robo, la estafa, en fin, una víctima más de la miserias de este mundo. Por supuesto fue procesada, pero poco después quedó libre aunque emplazada, "por falta de méritos".

16. Epílogo en la whiskería de Castillos

Apenas salió Jackie se fue a Montevideo a visitar a su hijo y a los pocos días estaba otra vez trabajando en la whiskería. Cuando hizo su número en el pequeño escenario le pareció ver una figura conocida en un ángulo penumbroso. La esfera de luces giraba arrojando sobre su cuerpo firme y bronceado una catarata de colores mientras echaba atrás la cabeza y sacudía sus cabellos rubios, colgada boca abajo en la barra vertical. Terminó su acto, se envolvió como siempre en la sugestiva mantilla semitransparente, sin vacilar caminó hacia la mesa del fondo y se desplomó sobre una silla.

- No sé que hacés acá-dijo-, sos un poco audaz, después de que me tuvieron una semana detenida por tu culpa.

- Por mi culpa estás ahora acá- respondió Diago-, tú sabías más de lo que contaste, y yo fingí creerte... ¡cumplí mi palabra!

- Quizás, ¿pero qué saqué yo de todo esto? Sólo perdí mi tiempo y me llevé flor de susto...

- Mira, tu hijo no tiene que ir a visitarte a la cárcel, eso ya es importante, me parece. Además no estoy tan seguro de que no hayas sacado nada. Algo deben haberte adelantado, y quería advertirte que tuvieras cuidado con las monedas que guardaste "como recuerdo"...

La mujer se paró de golpe. Iba a gritar, a insultarlo, pero se dio cuenta de que no le convenía.

- ¿De qué estás hablando?- preguntó con su voz ronca, la mirada encendida en ira.

- De las que le dejaste escondidas en algún lado, posiblemente en el hotel, ¿o se las diste a alguien para que te las guardara? El porteño declaró que te entregó ciento veinte monedas, pero aparecieron sólo cien. ¿Era tu comisión, no, o vos mismo decidiste que era lo que te correspondía? Creo que extravié esa parte de la declaración, o puse solo cien, no me acuerdo, había cosas más importantes que andar buscando veinte monedas extraviadas...

La mujer fue hasta el mostrador, pidió un cigarro al cantinero, lo encendió y volvió a sentarse frente a Diago. Lo envolvió con una gran bocanada de humo y se quedó quieta, mirándolo.

- No sé de que estás hablando... ni cual es tu interés, ¿andás buscando una parte?

- No te preocupes, no busco nada, es que no me gusta que me tomen por un pelotudo. Sólo quiero advertirte que andes con pie de plomo, esas monedas valen una pequeña fortuna, pero es peligroso moverlas ahora. Ten cuidado con quien hablas, mira lo que le pasó al Canario. ¿Sabes qué?, creo que ésta es la oportunidad de tu vida, y no quiero arruinarla, todo el mundo se merece una segunda oportunidad. Si sigues en esto... vas a terminar en algún burdel barato... todas terminan así...

- ¡Eso no va a ocurrir conmigo!- contestó exaltada la mujer.

- Me alegraría mucho que así fuera... debo confesar que me gustas, y creo que tienes madera para otra cosa.

- ¿Y si me gustara esta vida?- preguntó Jackie y se quedó mirándolo, desafiante.

- Eso me temo, que te gusta esta vida, va con tu carácter... pero siempre es mejor estar del otro lado del mostrador ¿no?, explotar que ser explotada. Con unos treinta o quizás cuarenta mil dólares puedes empezar tu propio negocio... - Diago se llevó el vaso a la boca y bebió un trago largo, mirándola de reojo. Sacó un billete, lo depositó sobre la mesa y puso el vaso encima. Después se levantó, despacio. Hubo una pausa, un instante de silencio, de esos que son quebrados a veces por una palabra o un gesto que pueden cambiar el curso de muchas cosas.

La mano de la mujer se extendió para tomarlo del brazo, reteniéndolo.

- No te vayas todavía, quiero hablar contigo. Hago una ronda entre las mesas, me cambio y salgo, ¿me esperás?

- Claro que sí... en realidad no quería que nuestra conversación terminara tan pronto. Estaré afuera.

La brisa nocturna le hizo bien, lo sofocaba la humareda del local. Sonreía en la oscuridad, satisfecho. Se recostó a un árbol y miró el cielo estrellado. "He trabajado mucho últimamente- se dijo-, creo que merezco un par de días de descanso...". Entonces, previsoramente, llevó la mano al bolsillo y apagó el celular.

LA LIGA

La noche cayó sobre el baldío, medio enterrado entre desechos de reciclaje. Allá abajo, en un pozo cuadrado de un centenar de metros por lado, sobresalían todavía unos viejos postes irregulares pero aún enhiestos, que resistían el avance del tiempo en medio de la desolación y la basura. Un poco más lejos se extendía el asentamiento, oscuro, ominoso, aletargado. Apenas algunas lucecitas acá y allá que flameaban ligeramente apuntando la existencia de vidas ligeras, casi inexistentes. Desde la ventana del segundo piso de un edificio de apartamentos ubicado en el límite del asentamiento, me asomaba como tantas noches a aquel mundo a la vez cercano y distante, me ensimismaba en la contemplación de aquel universo oscuro, irrisorio, tan amenazante e incompresible. Las estrellas perforaban el fondo sombrío del cielo cuando me levanté de mi silla y me dirigí a la cocina a preparar una bebida. Apenas había saboreado un par de tragos y me disponía a situarme ante la televisión cuando sentí unos gritos y vivas que provenían del predio del frente, cruzando la ancha calle de canteros que funcionaba como divisoria de ambos mundos. Extrañado volví a mi lugar de observación y allí, bajo una luna redonda y blanca que inundaba el paisaje con una luz lechosa y brillante, juro que vi claramente dos filas de hombres oscuros que se dirigían al centro de un campo de fútbol irregularmente marcado, con su arcos, sus banderines, y a un grupo de personas apostados a los costados que agitaban banderas y vivaban a los equipos, que eso eran: dos equipos de fútbol que se dirigían al centro de la cancha a realizar los rituales previos al comienzo de un partido. Uno vestía una camiseta roja y negra, el otro blanca. No podía

dar crédito a mis ojos, si hasta un rato atrás eso era un descampado, un agujero infame de la ciudad semi tapado por basura. No era posible una transformación tan radical en cuestión de momentos. Miré desconfiado al vaso, ¿qué estaba tomando? Pero era lo mismo de todas las noches, un güisqui suave, escocés legítimo, no de los más caros pero bastante bueno. Bebí un trago largo pensando, "bueno, ahora van a desaparecer, no están ahí, eso es un espejismo, una alucinación, ¿o estaré al borde del "delirium tremens"? Pero no, yo no me consideraba un bebedor empedernido, un alcohólico crónico digamos, siempre había respetado mi límite, ni siquiera recordaba haber tenido una verdadera borrachera desde los lejanos días de la adolescencia. No, no podía ser eso, y ya los gritos inequívocos perforaban la noche, vivas, reclamos, alaridos que expresaban aprobación, recriminación o decepción, y ya corrían los jugadores tras una pelota blanca, inmaculada, que saltaba y rebotaba e iba de acá para allá recortándose en el fondo oscuro de la noche, y ya me atrapaba con esa seducción empática, irracional, que una pelota ejerce sobre todos o casi todos los hombres, grupo en el cual me incluyo con entusiasmo.

Súbitamente me invadió una decisión desconocida para mí, acostumbrado a balconear los acontecimientos desde lejos, espectador confeso e irredimible del espectáculo del mundo. Algo me atraía con fuerza desconocida. Un trago largo, hasta el fondo, me calcé las zapatillas, dejé la billetera sobre un estante - nunca se sabe-, salí y bajé presuroso las escaleras- no tenemos ascensor, por otra parte, dominado como estaba por la ansiedad yo no hubiera podido esperar- y salí a la calle, dispuesto a cruzar el ancho bulevar para develar el misterio. Pero para mi sorpresa me aguardaba la más absoluta oscuridad del otro lado de la calle. Nada, sombras y silencio, apenas el ladrido famélico de algún perro y el traquetear de un viejo auto que subía roncando por el bulevar.

Desconcertado permanecí todavía un momento en la acera, mirando atónito hacia el otro lado de la calzada. Convencido de que no había nada allí, confundido, asustado por la irracionalidad de mis

sentidos, subí caviloso las escaleras. Me asomé al ventanal entre ansioso y amilanado. Toda la excitación, el espectáculo y hasta aquella luz fantasmagórica habían desaparecido. La palidez lunar apenas permitía vislumbrar la desolación habitual de aquel lugar. No quise preguntarme demasiado sobre lo que, estaba seguro, había visto claramente unos minutos antes. Temía por mi solidez mental, nunca puesta a prueba pero que me daba indicios de resquebrajarse un tanto en los últimos tiempos, atrapado como Don Quijote en una vida monótona y degradada que me llevaba a caer cada vez más a menudo en estados de ensoñación. Cierto que mi condición de espectador crónico dejaba a veces paso a cierta interacción, al menos dentro de la fantasía, que me reconfortaba, pero no siempre era suficiente. Por suerte el remedio estaba a mi alcance: bastante hielo, alcohol hasta el borde, eso era lo que necesitaba para enfrentar una noche que amenazaba ponerse difícil, con demasiados demonios en el aire. Siempre tuve eso de bueno: un par de güisquis bien servidos me hacen caer dormido impidiéndome llegar a la intoxicación. Debo levantarme temprano para ir a trabajar, y no podría soportar una resaca diaria, y mis superiores menos. Por suerte esa noche no fue la excepción, aunque no descansé como acostumbraba: mi sueño fue un tanto inquieto.

Durante varios días volví ansioso a mi casa, ocupando entre expectante y temeroso mi lugar de observación, repitiendo un ritual cotidiano, uno de los tantos hábitos en los cuales siempre he buscado afirmar mi existencia. Pero nada pasó durante un tiempo. Después de varios días de frustración apenas permanecía ya en el balcón enrejado, antes de arrellanarme frente a la televisión, donde transcurría la mayor parte de mi vigilia, entretenido, abotagado, acompañado por una bandeja de sándwiches y mi sempiterno vaso. Reitero que se trata de una avenida muy poco transitada, ubicada en los límites del suburbio. Algún bocinazo lejano, las herraduras de algún caballo que pasa tironeando de un carro cargado con bolsas de indescriptible contenido, lento, perezoso, aletargados bestia y amo tras su larga y penosa jornada. De repente unos gritos que rasgan la noche, otra

vez las vivas, los petardos entreverados con algún silbatazo lejano. El corazón atragantado en la garganta me precipito hacia el balcón inundado por una extraña luminosidad. Y allí estaban formados los dos equipos, prontos a iniciar el partido. Las hinchadas, un puñado de personas, ubicadas a cada lado de la cancha, agitando banderas, gritando, viviendo la natural expectativa que provoca siempre un partido de fútbol. Esta vez no traté de entender ni de comprobar nada, temía que volvieran a desaparecer. Arrimé mi viejo y confortable sillón hasta el balcón y me dispuse a presenciar el espectáculo. El equipo de casaquilla blanca enfrentaba ahora a uno que vestía de naranja. Me pareció reconocer a alguno de los jugadores que había visto la otra noche, sobre todo un morocho grandote que jugaba de cinco, cuya estampa era inconfundible, por lo que entendí que se trataba del mismo cuadro. Pero el rival era otro, así que supuse que el blanco era el locatario, por lo que inmediatamente me predispuse a su favor. Vi a los jugadores correr, patear vigorosamente la pelota y a veces a algún rival, mientras uno o dos trataban de ponerla contra el suelo, driblar y entregarla al pie de un compañero. Inmediatamente simpaticé con un flaquito desgarbado que parecía jugar "de diez" y que tenía una habilidad innata para eludir los guadañazos de los contrincantes. También había un punterito rápido que jugaba por derecha y que iba siempre por afuera. Me hicieron acordar al Pepe Schiaffino y a Alcides Ghiggia, a quienes yo nunca había visto jugar, pero de los cuales había oído hablar bastante, y el morocho que jugaba de cinco obviamente era una especie de "Negro Jefe", un Obdulio Varela reencarnado y barrial. Otro motivo más para simpatizar con los blancos. Corrieron, lucharon, jugaron cuando pudieron y sobre la hora convirtieron el gol de la victoria, para la alegría de su hinchada que invadió la cancha para abrazar a los jugadores, lo cual promovió un pequeño conato con algunos jugadores y parciales del equipo rival. Finalmente ganaron los blancos 2 a 1, y festejaron ruidosamente en la mitad del campo. Una de las últimas imágenes que guardo de aquella noche fue un nombre que me pareció vislumbrar sobre el fondo blanco de una bandera agitada

por unas manos vigorosas: El Fantasma. Aquel cuadro se llamaba El Fantasma, un nombre muy apropiado, dadas las circunstancias, y acorde a sus colores, o mejor dicho a la carencia de ellos. Rápidamente se retiran unos y otros después de algunos apretones de manos apresurados y conciliadores, la luz mortecina que parece provenir de unos postes precarios ubicados sobre las cuatro esquinas de la cancha se apaga de golpe, y todo se desvanece en cuestión de pocos minutos, de segundos quizás. La tranquilidad volvió al arrabal, yo desperté de un estado mental indescriptible, una especie de somnolencia lúcida, y me sentí extrañamente contento. Me pregunté a que se debía ese estado de felicidad, y después de un rato me di cuenta el por qué: yo era hincha del Fantasma, y sentía la misma, extraña e inexplicable felicidad que cualquier aficionado luego de una victoria del club que por distintos motivos, muchas veces irracionales, ha elegido para compartir alegrías y desdichas. Era una sensación nueva, pero confortante. Me acosté y me dormí enseguida. Esa noche soñé con los pases del flaquito, las corridas del punterito y los trancazos del centrojás.

Los días siguientes fueron de tensa expectativa. Cada noche esperé las señales de una nueva confrontación y repetí cada paso del ritual como quien practica una invocación: el sillón, el vaso, la bandeja de sándwiches. Ya casi no miraba televisión, como antes, sólo me sentaba frente al pozo oscuro de la noche, y esperaba. Hasta dejé a mano, dobladita, una sábana blanca que ya no usaba. Cuando el fútbol volviera yo estaría allí para colocarla sobre el balcón de rejas y agitarla alentando al Fantasma, cuya suerte compartía ahora fervorosamente.

Y el Fantasma volvía periódicamente, cada tanto tiempo se encendían las luces y salían a la cancha los once defensores de la gallarda camiseta blanca, y yo agitaba mi sábana y gritaba el nombre que escuchaba corear a la distancia: Fan-tas-ma, Fan-tas-ma, y acompañaba al coro que entonaba los estribillos de siempre:

"¡A pesar de los años/ yo te sigo queriendo/ yo te sigo apoyando/ Fantasma queridoooo!". Una que otra vez me pareció que algún espectador, algún jugador, miraba con sorpresa en mi dirección, y

hasta me pareció advertir gestos de complicidad o desafío, según el cuadro al que pertenecieran. Me confortó bastante esa especie de reconocimiento de mi existencia. Yo estaba allí, ellos estaban del otro lado, yo lo sabía y ellos también. Era suficiente para mí.

Descubrí que los partidos tenían cierta periodicidad: se repetían casi siempre los viernes, cada dos semanas. Razoné que "mi cuadro", como cualquiera, jugaba una fecha de locatario y otra de visitante, un partido cada catorce días. A veces tenía un premio especial, algún partido entre semana, o se repetían dos viernes consecutivos, pero no era común. Así que organicé mi vida para que un viernes cada dos nada, absolutamente nada me distrajera. Ningún compromiso, ninguna obligación, ni una llamada telefónica podían interrumpirme, mi concentración debía ser total. Me iba al balcón con lo de siempre, pero agregué un cuaderno y una birome, y allí iba anotando todo: los resultados, los nombre de los jugadores que creía escuchar a través del aliento de la hinchada: el Tito, Punto y Coma (que rengueaba un poquito, un apodo ingenioso, aunque cruel), el Pepe, la Lora, Pedreira (el único apellido que pude identificar, ¿o sería también un sobrenombre?), el Dulce de Leche, el Abrelatas (supuse que tenía un solo diente), y algunos más.

En cuanto a los rivales fui desentrañando algunos nombres de clubes, fui descubriendo de a poco quienes conformaban aquella Liga que surgía de las sombras para poblar la noche de gritos y colores. Los fui anotando en mi cuaderno y allí se leía el Misterio, el San Borja, el Expreso, Cooper, Soriano, Vanguardia, el Huracán Palermo, el Yacumenza, el Lito, en fin, entremezclados aparecían equipos que provenían de distintas ligas, ya desaparecidas: la Extra, Palermo, Guruyú, y que yo recordaba vagamente de un pasado de pantalones cortos, en el cual leía los resultados de los partidos de todas las divisiones en la sección de deportes de El Diario los domingos a la noche. Eran recuerdos que venían entreverados con el café con leche y medialunas de la merienda y las trasmisiones de fútbol de Solé que yo escuchaba junto a mi padre y mi hermano, además de mi madre, que no

prestaba ninguna atención pero permanecía mateando solidariamente junto a nosotros bajo la claraboya de colores, en el amplio patio embaldosado. Luego los partidos terminaban y yo corría al puesto de la esquina a esperar que llegara la edición dominical de El Diario, donde recuerdo que había un relato escrito de cada partido, minuto a minuto, que yo ingenuamente suponía que eran la vida misma: "24' Fernández toma la pelota y se la da a Perdomo quien se saca un rival de encima y remata violentamente de izquierda, pasando la pelota a centímetros del travesaño"... un relato oral, pero escrito, que a la distancia me hace acordar aquel relato que desde el balcón del diario El Día realizaba un periodista oficioso para una muchedumbre ansiosa: "Ataca Argentina... ¡gol uruguayo!". Cualquier parecido con la realidad... depende de su confianza en la prensa.

Pero volviendo al presente, a mi presente, el viernes era un día diferente, de algún modo era mi día. Tanto me abstraía que me olvidaba completamente del entorno. Un sábado de mañana, tras un partido particularmente intenso de la víspera, que me había dejado agotado pero satisfecho, ya que el Fantasma había levantado un resultado que parecía imposible ante su clásico rival, el Misterio, bajé todavía ojeroso y con algo de resaca a hacer mis compras semanales en el auto servicio de la esquina. El baldío estaba como siempre, callado y semi cubierto por la basura que cada tanto levantaba una pala mecánica de la intendencia. Sonreí para mis adentros, sólo yo sabía la vida que cobraba los viernes a la noche. En el "Mini-super-market" (!) descubrí que tenía la voz rasposa, gastada por los excesos de la víspera, pero era un detalle menor, sin importancia. Entre las estanterías me crucé con la vecina del apartamento de abajo acompañada por sus dos hijas pequeñas. Una escena que me hizo enternecer: dos caperucitas corriendo de acá para allá y amontonando cosas innecesarias en el carrito que empujaba su mamá, posesionadas por la fiebre y el éxtasis de la compra compulsiva, cosas que la mamá cargaba alegremente en un tarjeta que luego su pobre marido se volvería puto para poder pagar. Les sonreí, enternecido como dije antes, y levanté los ojos para saludar

a su mamá, algo que rara vez hacía. Entonces la vi abrazar a sus hijas con gesto protector a la vez que las alejaba de mi proximidad y saludaba medio para adentro, como con susto.

"¡Qué diablos!- pensé-, ¿se volvió loca esta mujer?, ¡pobres niñas...!". Me encogí de hombros, no era asunto mío, y seguí acumulando yo también cosas en el carrito. Cuando llegué a la caja me encontré con otro vecino, con el cual había cambiado algunas palabras de vez en cuando.

Me sentí súbitamente inclinado a la camaradería y la política de buena vecindad, quizás porque quería compartir el buen humor de la noche anterior.

- ¿Qué tal vecino, lindo día, no?- en estos casos siempre trato de ser de lo más convencional- ¿La familia bien? Un sábado como hoy, es ideal para echar un paseíto a la rambla, ¿nocierto?

El tipo me dirigió una mirada como de sospecha

- Sí, sí, claro- me contestó, y se metió apurado en otra fila.

- ¿Pero que cuernos le pasa a la gente? ¡Una vez que trato de ser amistoso! ¡Ma sí, mejor me meto en mis asuntos!- me dije, y silbando bajito el himno de guerra del Fantasma me puse a esperar mi turno.

En la fila de al lado la mujer de las niñas y el vecino esquivo se habían encontrado y aunque bajaron la voz para hablar entre ellos me llegaron algunas palabras que intuí más que escuché:

- ... gritos, saltos... altas horas...- decía la mujer con su vocecita aguda.

- ... como una cabra... borracho... para internar...- me pareció que musitaba el hombre con voz ronca, casi inaudible.

- ¿Pero qué diablos...?- y de repente capté el sentido de aquellos mensajes gestuales que me trasmitían mis vecinos: estaban dudando de mi salud mental. La noche anterior, y otras previas, yo había gritado, saltado, agitado frenéticamente la sábana en el balcón y mis vecinos me habían oído y sufrido estoicamente. ¡Claro, a un tipo que da muestras de demencia, alcohólico crónico y quien sabe cuántas cosas más, no se le anda pidiendo cuentas, quién sabe de qué es capaz! Más valía

aguantarlo- aguantarme-, y tener un loco en el edificio, pintoresco pero presumiblemente inofensivo, aunque hay que tener cuidado, ya se sabe, con los locos... y mucho tema de conversación.

Cómo que de entrada me molestó, pero luego entendí su punto de vista, y me prometí considerar un poco más a la gente común, que vuelve a sus casas anestesiadas, sin más expectativa que ver algún programa argentino, de esos que son puro chisme y conventillo. Y bueno, ahora tenían otro tema para el chismorreo: el Loco del Balcón, apodo que orgullosamente me adjudiqué. ¡Qué sabían ellos! Me compuse un poco, y me dirigí a la caja, resuelto a no dar bola a la gilada, pero consciente de que debía cuidar un poco más mi imagen, si no quería terminar enchalecado. Por no dar lugar a más comentarios abandoné en un estante la botella de güisqui que había recogido, uno nacional añejado, de nivel similar a los escoceses baratos, prometiéndome comprar otro a la salida del trabajo, lejos del barrio. En su lugar coloqué un bidoncito de jugo de naranja, pasé por la caja y con una expresión distante e indiferente a las miradas volví a mi apartamento silbando un tango, bajito.

Al otro día en el trabajo estaba un poco ensimismado calculando las posibilidades del Fantasma. Por los resultados y el crecimiento de la euforia entre los hinchas presumí que las cosas iban muy bien. En cuatro meses ganamos ocho partidos, empatamos tres y perdimos sólo uno, una injusticia, al punterito lo tiraron cuatro veces contra el alambrado y el juez nones, nada de comprometerse porque la hinchada rival se veía que era brava y estaba muerto de miedo. Y eso que antes de terminar el primer tiempo dejamos bien sentado quién era el locatario y le llenamos la cara de dedos a más de cuatro para que se ubicaran un poco y dejaran en paz a nuestro golerito, que le gritaban cualquier cosa porque vieron que era un pibe y pensaban que se iba a apichonar. En el entretiempo vi que una columna de los nuestros se dirigía a la vieja casona que oficiaba de vestuario y le dieron su apoyo al juez gritando y pateando un poco la puerta. Pero se ve que el tipo estaba amenazado, o quizás le habían calentado un poco la mano, porque salió decidido

a perjudicarnos. De entrada no nos cobró un penal cuando revolearon del pescuezo a nuestro centrodelantero en un corner, y después echó a nuestro back izquierdo porque se creyó con derecho a hacerle lo mismo a un morenito provocador que se la pasó todo el partido tirando rabonas y taquitos y jopeadas, y eso en la cancha del Fantasma no se puede hacer, no sabe con quién se metió la reputísima madre que lo parió a él y al juez, que después se tuvo que ir escoltado por dos botones. Claro que no le hubiera servido de nada si no fuera porque el presidente de nuestro cuadro lo protegió de oficio como quien dice para que no nos suspendieran la cancha, lo cual le agradecí mucho porque quien sabe adónde habríamos tenido que ir a jugar y yo me hubiera perdido los partidos de local.

- ¡Vos estás cada día más pajeado!- escuché que decía uno a mi lado mientras me mostraba unos papeles, que al instante pasó a refregarme por la nariz, porque supuestamente se me habían pasado unos errores de facturación, y eso comprometía todo el trabajo de la sección. ¡Cómo si yo tuviera la culpa de todo lo que pasaba en esa oficina! Me defendí airado sin tener ni idea de que estaba hablando, tomé los papeles y enérgicamente le dije que yo no me hacía cargo de los errores de nadie, pero que lo iba a solucionar para que vieran mi buena voluntad y cuánto me necesitaban. Tras un rápido repaso advertí que era cierto, había un error, no había calculado con atención algunas variantes y eso hubiera comprometido el resultado de una licitación en la cual estaba involucrada la empresa. Rápidamente lo solucioné, no era difícil, pero una lucecita roja se prendió en algún lugar de mi cerebro, esas desatenciones podían hacerme perder el empleo del cual dependía, entre otras cosas para seguir pagando el préstamo que había hecho para comprar aquel apartamento de mala muerte en los arrabales.

Amoscado por el incidente volví a mi casa, pero no tuve tiempo para preocuparme. Al poco rato llegó a mis oídos el coro que entonaba las queridas palabras: "¡A pesar de los años... Fantasma queridooo!" En ese momento tuve la intuición. Ese canto estaba muy repetido, muy gastado, lo había escuchado en boca de muchas hinchadas, incluso del

exterior. El Fantasma se merecía algo mejor, un himno de verdad, ¡y yo iba a escribirlo!

Yo me había comprado un largavista para ver mejor los encuentros, uno barato porque mi economía no daba para mucho esos días, pero que mejoraba bastante la visión del campo. Uno de mis objetivos era el pizarrón que aparecía siempre amurado a la casona, y que seguramente ofrecía los datos de los partidos. Y no me equivoqué. Esa noche decía, en una letra tan irregular como voluntariosa:

HOY 21.30
EL FANTASMA- ORIENTAL
ESTAMOS A UN PASO DEL ASCENSO
CONCURRA A ALENTAR

¡Entonces mis previsiones eran ciertas, nuestro equipo peleaba el campeonato! ¡Más que nunca se merecía ese himno que yo le iba a escribir!

Del partido de esa noche diré que estuvo durísimo, pero nuestro centrodelantero acertó un par de cabezazos y ganamos 2 a 0 al Oriental, un cuadro muy aguerrido como correspondía a su camiseta celeste, pero que debió doblar la cerviz como tantos otros ante la férrea determinación de nuestros gladiadores.

Esa semana me dediqué a masticar palabras para crear aquel poema que me había prometido. Estaba profundamente ensimismado, casi no pensaba en otra cosa. Llevaba a todos lados unos papelitos en los que iba anotando ideas, algún verso, alguna metáfora que iba tomando forma de a poco- ¿metáforas se llamaban, no?, apenas me acuerdo de mis lejanos días del liceo cuando nuestra profesora de literatura trataba de hacernos entender la poesía, ¡si hubiera sabido que algún día iba a necesitar esos conocimientos!-.

Empezaban a formarse en mi cabeza algunas imágenes que rápidamente trasladaba al papel, donde quiera que me encontrara, y que luego trataba de integrar en algo con forma de himno, ya en

la tranquilidad de mi casa. Recuerdo que en un momento estaba examinando unas cajas con insumos que habíamos recibido del exterior, y en pleno control me vino aquella figura poética a la mente, y no pude soportar, temí olvidarla, así que tire la tablilla y comuniqué a quién me oyera que tenía que ir urgente al baño, y salí corriendo mientras iba manoteando los papeles y la birome que guardaba en un bolsillo. Allí, sentado en el retrete escribí de un tirón la primera estrofa:

"El aire se calienta y agita
De golpe se rompe la calma
Atruenan la noche los gritos
¡Y brota de la nada El Fantasma!"

Me quedé contento, aunque estaba claro que los versos no eran muy parejos - ¿métrica se llamaba eso, no?- pero no me acordaba de las reglas y para empezar me pareció suficiente. Las demás estrofas fueron creciendo solas:

"El baldío se ilumina
Estallan cohetes, salvas,
Clamor de roncas gargantas,
¡Ya está en la cancha El Fantasma!"

"Ya salta la pelota
Como una luna blanca,
Los corazones se estremecen,
¡Ya juega El Fantasma!"

"En el fondo oscuro de la noche
Once camisetas blancas
Corren, arremeten, dibujan,
¡Y llega el gol del Fantasma!"

"Tiembla la hinchada contraria
Sus jugadores se espantan,
Nada puede detenernos,
¡Es la hora del Fantasma!"

Quedé muy satisfecho con estas estrofas. Quizás le faltaba "gancho" popular, pero no se me ocurrió nada mejor. Les encontraba cierto aliento épico, así que decidí compartirlas. Al día siguiente, temprano, antes de ir a trabajar crucé al baldío, me llegué a la pared de la vieja tapera derruida de lo que había sido alguna vez un vestuario, y ahora era residencia de marginales, y ante la vista asombrada de un viejo que trajinaba con un fueguito tratando de calentar una lata con agua para el mate, escribí con un pincel y una lata de pintura blanca las estrofas del poema sobre la pared lateral, la más erguida, que miraba hacia la calle. Era viernes, es seguro que esa noche la iban a ver los protagonistas del partido nocturno y los iba a enorgullecer el homenaje, señal de reconocimiento y de resistencia al olvido.

Mi jornada de trabajo transcurrió plácidamente, un poco distraído quizás, algo que no podía evitar últimamente. Pero cerca de la hora de salida se precipitó un acontecimiento que temía, que veía venir pero que iba tirando para adelante, haciendo la del avestruz.

- Lo llama el Gerente- me dijo fríamente mi supervisor-, preséntese en su oficina antes de retirarse-.

Eso fueron sus palabras, suficientes para despertarme. "¡Maldición, justo hoy, espero que no me retenga mucho rato!" pensé mientras arrojaba nerviosa y desordenadamente mis cosas en los cajones del escritorio. Me dirigí a la Oficina del "Gerente- Manager" como rezaba la puerta bilingüe, disponiéndome a afrontar una reprimenda. Pero la cosa estaba peor de lo que yo suponía.

- Usted ha disminuido su rendimiento, el supervisor le ha advertido varias veces sin obtener resultados positivos, ¿le ocurre algo Gutiérrez, tiene algún problema personal o con la empresa, algún reclamo?- me espetó el gerente sin más trámite y se quedó mirándome.

Yo iba preparado para oír, no para hablar, así que empecé a balbucear, tratando de improvisar algo: que no, que como podía decir eso, que mi adhesión a la empresa estaba fuera de toda duda, que se acordara de aquella vez que, y aquella otra, y si había tenido algún mal momento se debía a problemas personales, usted sabe, acompañado por un gesto vago que simbolizaba todas las desgracias del mundo. Pero nada de eso conmovió en absoluto a mi interpelante.

- Mire Gutiérrez, a usted le pasa algo, seguro, pero lo que sea está afectando su trabajo. Ya ha sido observado - el alcahuete ése del supervisor, la puta que lo parió, ojalá se caiga por el agujero del ascensor, pensaba yo mientras el gerente seguía con su discurso- pero sin efecto alguno. Hasta se corre la voz de que, disculpe que me meta en su vida, pero se dice que tiene problemas con el alcohol, en fin, le recomiendo que vea un médico, un especialista, usted me entiende...

¿Un psiquiatra, y porque no lo dice directamente, se piensa que estoy delirante este cretino hipócrita?

- Señor gerente, le aseguro que...

- No diga nada Gutiérrez. Hemos estudiado el asunto y llegamos a la conclusión -¿por qué diablos habla en plural, no le da el cuero para decirme lo que decidió sin escudarse en un "nosotros"?- de que no se pueden permitir los malos ejemplos. Está suspendido por dos semanas, si usted prefiere puede tomarlos de los días que le quedan de licencia., así no se le practican los descuentos correspondientes – yo mudo: ¿así que me obligaban a tomarme la licencia anual?, los muy amarretes...- Tómelos como lo que son, unas vacaciones adelantadas. Vaya, vea un médico, recupérese, pero asegúrese de volver cuando esté bien, la compañía no puede correr riesgos – esto último con expresión severa, admonitoria, y luego, con un tono paternal-, entiéndanos, si una pieza del engranaje falla, toda la maquinaria se descompone, pero queremos su bien, créalo. Vaya, pase por secretaría para notificarse...

Y ya me iba palmeando la espalda y sacándome de su oficina que se cerró ominosamente apenas tuve los pies afuera.

La calle me recibió con una brisa fresca. Me subí el cuello de la campera hasta arriba y con el rostro medio escondido me deslicé entre la masa oscura de empleados que emprendían el regreso. Me preocupaba mi futuro, un poco, no mucho. Iba pensando en qué actitud debía tomar cuando volviera a trabajar. Debía preservar el puesto del cual dependía mi supervivencia, eso era seguro, pero tampoco estaba dispuesto a agachar la cabeza y comportarme como un cornudo, después de todo yo le había brindado años de vida a la empresa, tenía derechos, podía tener otras cosas en la cabeza. Sentí que mi irritación iba creciendo, y casi sin ver me di contra una figura femenina que de golpe se me puso adelante. Ya me aprestaba a lanzar un improperio cuando una voz y un rostro conocido me detuvieron. Era Tina, la morocha que trabajaba en expedición y atención al público, aunque algo cambiada. Su cabellera negra había adquirido algunos mechones de un furioso tono rojo, muy a la moda. Me miró de una manera triste que me sorprendió.

- Supe lo que pasó- me dijo-, que injusticia, con todo lo que vos le diste a la empresa, los días feriados que te pasaste trabajando para sacar materiales... si no estás bien, bueno, todos tenemos derecho a pasar por momentos malos...

El plural "todos tenemos" terminó de sacarme de mi ensimismamiento. Saqué cuentas: expresión triste, momentos malos compartidos, que me dirigiera la palabra a mí, un funcionario de segunda, ella que desde su ingreso había puesto a todos los jefes a babearse, que me buscara -¿me estaba esperando o me pareció a mí?- eran indicios que me daban a entender que estaba pasando por las consecuencias de algún fracaso amoroso- ¿qué otra cosa podía ser?-. Me acordé del rumor que corría de que andaba con un ejecutivo, que se la veía radiante y llena de expectativas. Y de repente esa expresión de sufrimiento, esa tristeza y desencanto reflejados en su deliciosa cara. Era evidente: el desengaño, el fracaso...¡Habría pensado que el tipo iba a dejar a su esposa y sus hijos, y que iba a poner en riesgo su status, sus alianzas familiares, su cuenta bancaria, su casa en Carrasco, su auto lujoso y quien sabe cuantas cosas más! Pobre ilusa... la realidad

la golpeó muy fuerte, así que decidió bajar durante un tiempo su nivel de aspiraciones y conformarse con un plebeyo solitario y desgraciado como ella hasta que se sintiera con fuerzas para intentar de nuevo la escalada. Juro que todo eso pasó por mi cabeza en un instante, instante en el que vi toda la película: Yo no podría pasar nunca de un papel secundario, pero tenía mi momento y mi escena; era ésa, y había que aprovecharla. ¡Cuántos desastres amorosos habían llevado a Tina, con quien tantas veces había concebido fantasías, a ese lugar y a ese momento en que por fin se dignó mirarme!

- Una injusticia, te juro, una injusticia. En fin... sí, todos tenemos malos momentos. ¿Y vos como andás? Son ideas mías o te noto algo decaída...

- Bueno, de eso mejor no hablar... ¿refrescó un poco, no? Me vendría bien tomar algo fuerte, y por más de una razón... – dijo, y me miró inquisitiva, casi con ternura, con una expresión que parecía decir, bueno, ya te di el pie, ahora te toca, es tu turno.

Me subió un calor frío, si se puede decir algo así. Es que de golpe recordé que esa era una noche muy especial, era viernes, no sólo había partido, sino que era muy importante, decisivo. Me atacó una súbita ronquera, balbuceé, intenté improvisar algo con sentido, y atiné a decirle que tenía un familiar enfermo, que esa noche me tocaba cuidarlo, que con mucho gusto la invitaría a tomar algo otra noche, cuando ella quisiera.

Vi una expresión de infinito desencanto en su agraciado rostro, seguida inmediatamente por una contracción de labios, un gesto en el cual adiviné el desprecio, el resentimiento. Había tenido mi oportunidad y la había dejado ir, quizás para siempre. Un segundo después su guardia estaba otra vez en alto, el puente roto, insalvable.

- No, gracias- me contestó con frialdad, restablecida la distancia infinita entre aquella mujer con la cual se ratoneaba toda la empresa y el pobre mensú que era yo- Lo que quería decir es que necesito llegar cuánto antes a mi casa.

Dio media vuelta y se alejó. La miré irse, bamboleando aquellas caderas soberbias, la cabellera negra y roja, espléndida, sacudiéndose sobre los hombros, agitada, arrepentida seguramente de aquel momento de debilidad.

¿Qué podía yo hacer?, ¡que alguien me diga por favor que podía yo hacer! El destino se ensañaba otra vez conmigo. Sacudiendo la cabeza le di la espalda a aquella oportunidad que se alejaba irremediablemente en sentido contrario, y remoloneando me dirigí a mi casa. Muchas cosas se agolpaban en mi mente, las dudas, las frustraciones, los deseos insatisfechos me atenazaban, haciendo mis pasos más pesados. Pero cuando empecé a subir la escalera recobré ánimos y fuerzas, ya sentía el viejo aliento, la emoción, la algarabía, una expectativa sin parámetros posibles. Tomé la bandera, la botella: un coñac añejado que había guardado especialmente para la ocasión, empujé el sillón hacia el barandal y me dispuse a la lucha, expectante!

¡Esta noche juega El Fantasma... y nos va la vida!

ÍNDICE

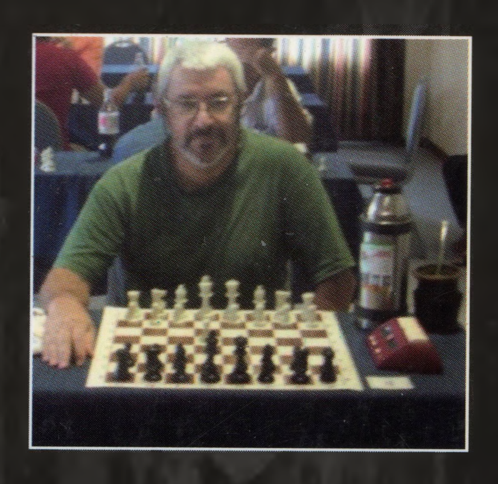
EL CABALLERO, LA DAMA Y EL ARCIPRESTE 9

LA PLAYA DE LA CALAVERA 97

LA LIGA 151



Abril 2010. Depósito Legal Nº. 352.727/10
w w w . t r a d i n c o . c o m . u y



Mauro Barboza es director de liceo, escritor, ajedrecista. Es autor de Las Trampas del Tiempo, cuentos, publicado por esta misma editorial en 2007 y varios ensayos, sobre temas que van del Quijote a la ciencia-ficción. El libro antes mencionado se destacaba por la variedad de los temas y la fluidez de los relatos, ocho en total. En esta obra se mantienen estos rasgos. Es evidente el gusto por contar, la amplia información y la soltura y agilidad del lenguaje, que no es nunca recargado.

Consta de tres relatos, los dos primeros de cierta extensión, próximos a la *nouvelle*.

El Caballero, la Dama y el Arcipreste está ubicado en la Edad Media española, y de él ha dicho en el prólogo el crítico y académico Juan Francisco Costa que "*La evocación de aquella realidad de caballeros y rufianes, damas y meretrices, burgueses ricos y criados menesterosos se realiza con jocunda vitalidad*".

El segundo relato, *La Playa de la Calavera*, convoca en el tiempo y el espacio dos crímenes ocurridos en las costas de Rocha, entre Valizas y el Polonio. Uno muy antiguo, ubicado en una época de aventureros y piratas, y el otro en nuestro tiempo, con implicancias policíacas. "*Un plano de la acción es réplica perfecta del otro, en el que también se verifica una realidad de codicia, de crimen y de traición*". A la distancia es posible advertir la sombra inspiradora de Robert Louis Stevenson y Edgar Allan Poe, maestros del género.

El tercero, *La Liga*, es el más breve. Es un homenaje a los futboleros de barrio, a través de un pequeño y gris antihéroe moderno que recrea con nostalgia y fantasía la modesta épica de clubes chicos ya desaparecidos, pero que perduran tercamente en la memoria de muchos.

